Takuya Asakura

LA LIBRERÍA MÁGICA DE LOS CEREZOS EN FLOR



Cuando cae el último pétalo,
se cierra también la última página...

HarperCollins
Narrativa

Portadilla

Takuya Asakura

LA LIBRERÍA MÁGICA DE LOS CEREZOS EN FLOR

HarperCollins

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www. harpercollinsiberica.com

La librería mágica de los cerezos en flor
Título original: *Sakura matsu, ano hon'ya de*
© Takuya Asakura, 2025
© 2026 para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.
Publicado por primera vez en japonés por HarperCollins Japan, 2025
© De la traducción, Yuka Maeno (TranNet KK) e Isabel Murillo Fort

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Ltd, 1 London Bridge Street, London SE1 9GF.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

Diseño de cubierta: Lucy Bennett
©HarperCollinsPublishersLtd 2025
Ilustración de: © Banzisu
Imágenes de interior: Shutterstock.com

I.S.B.N.: 9788410645233

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Playlist
Prólogo
Uno
Interludio
Dos
Interludio
Tres
Interludio
Cuatro
Epílogo
Nota de la traductora del japonés
Preguntas para Club de lectura

Playlist

Playlist



Cherry Blossons – Claudio Constantini
Magic Mountain – Japanese Breakfast
Hana – Fiji Kaze
ゆめうつつ – Lamp
Dawn in the Adan – Ichiko Aoba
emulation (mode:totonee) – stargaze shelter
信じてほしい – Chippoke Ohashi
3 % – Sato
frozen ship – Kana Wakareno
eau – yukata hirasaka
flower – paniyolo, Akio Watanabe
ある喫茶 – mei ehara
tricolore – mamerico
踊り子 – Vaundy
ふたり基地 – Haku.
Prism Heart – Yogee New Waves
独り言 – Asagaya Romantics
グライド – Lily Chou-Chou
Nostalgia – Joe Hisaishi
Waterfall – RICEWINE
Cheers – Lucid Green
killer tune kills me – KIRINJI, YonYon
Cherry Blossom – Joshua Bassett
surf. – wave to earth
SAKURA – Ikimonogakari

Prólogo



La tienda estaba escondida en un lugar inconcebible.

Una niebla espesa, ni blanca ni gris, flotaba con pesadez en el aire. Pero, curiosamente, el espacio que rodeaba la tienda, delimitado por setos muy bien podados, se mantenía transparente como el cristal. Era casi como si la niebla se disipase por alguna razón, como si no le quedara más remedio que guardar las distancias.

En el centro del recinto se alzaba un viejo edificio de madera de escasa altura. En lo alto de su tejado verde de forma triangular, el gallo de una veleta de bronce se erguía orgulloso inflando el pecho. Abría el pico hacia el cielo, pero su canto, destinado a anunciar la hora, jamás llegaría a oírse.

En el jardín, que se extendía frente a la entrada de la tienda, había un cerezo llorón. Su gran altura constataba su antigüedad. Las ramas se elevaban por encima de la cumbrera, colgaban sobre la veleta y se arqueaban hasta rozar el suelo. En plena floración, el árbol estaba espléndido. Lo que lo hacía excepcional eran las curiosas tonalidades de las flores. Cuanto más próximas estaban a las puntas de las ramas, más oscuro era su color, y presentaban una transición gradual que iba desde el blanco y los matices claros de un *somei-yoshino,* o cerezo de Yoshino, hasta los vibrantes matices de un cerezo de campanilla. Parecía como si aquel árbol estuviera pintado con todas las tonalidades imaginables del rosa y el rojo.

De vez en cuando, una ráfaga de viento sacudía las ramas y creaba en el suelo remolinos en blanco, escarlata y coral cuyo

aspecto recordaba el veteado del mármol.

De pronto sonó una campanilla y se abrió la puerta del local, alborotando la montaña de pétalos que se había acumulado junto a la entrada. En el umbral apareció una chica. Con un vestido tipo delantal de color granate sobre una blusa blanca almidonada, plantó un cartel en el exterior. El letrero, rotulado en línea doble en tiza roja y blanca, era sencillo y solo mostraba el nombre de la tienda: 咲良. *Sakura.*

Sakura. ¿Respondería el nombre del establecimiento al cerezo en flor del jardín? ¿O estaría quizá relacionado con una persona con dicho nombre? Tal vez la chica se llamase Sakura, aunque no parecía tener la edad suficiente como para ser la propietaria o la encargada de la tienda.

Cuando acabó de instalar el letrero, la chica se desperezó un momento, entró de nuevo en la tienda y reapareció con una escoba y un recogedor. Empezó a barrer con cuidado los pétalos que cubrían el camino de acceso, entre el cartel y los setos. Entonces, de repente, tres ramitas rebosantes de flores aterrizaron silenciosamente delante de ella.

Sorprendida, la chica miró el árbol y dijo:

—¿Tres? Veo que hoy te sientes generoso.

El cerezo no respondió, claro está. Pero ella esbozó una sonrisa de complicidad, sujetó la escoba bajo el brazo y recogió las ramas. Volvió al interior.

El aroma a café flotaba en el ambiente y la joven fue directa a la cocina. Con unas tijeras de podar, recortó rápidamente las ramas antes de envolver cada uno de los extremos con una tela empapada en agua y una fina hoja de papel, sujetándolas con una goma elástica. Después, una por una, las colocó en tres jarrones distintos.

—Hecho —dijo en voz alta.

Salió de la cocina y miró a su alrededor, como si buscara un buen lugar para colocar las ramas de cerezo en flor. Como cabría esperar desde el exterior, los elementos básicos de la tienda estaban construidos en madera. El característico veteado de las paredes y las mesas proporcionaba al espacio esa sensación acogedora que solo se puede encontrar en una cafetería tradicional. Con la ayuda de una

escalera de mano, la chica empezó a colocar las ramas a lo largo de las paredes y encima de un pilar. Más ramas de cerezo adornaban el local con toques de color rosa. Decorar la tienda con flores de cerezo era, al parecer, una parte esencial de la rutina diaria.

Satisfecha con su labor, bajó de la escalera y recogió los pétalos que habían caído al suelo. A continuación, con un trapo húmedo, lo limpió todo. Parecía que se estaba preparando para abrir la tienda. Después de trabajar un rato, la chica hizo un breve receso. Apoyó una mano en la cadera y se frotó la frente con la muñeca de la otra.

—¿Sabes? En este momento me vendrían muy bien un par de manos más —murmuró, dirigiendo la mirada hacia la mesa que tenía justo al lado.

Sobre ella había un gato tricolor. A diferencia de los típicos gatos japoneses, este era de pelo largo. El felino, que había estado sentado cómodamente en lo que se conoce como la postura de la hogaza, miró soñoliento a la chica. Impulsó hacia el frente sus patas delanteras, levantó el trasero y estiró todo el cuerpo antes de hacer descender el hombro izquierdo y rodar sobre su espalda. Y, como queriendo decir «¿Es esto a lo que te refieres?», el gato extendió las patas hacia la chica.

—Kobako, no me refiero a eso, ni mucho menos —dijo ella con desdén.

El gato mantuvo su posición un instante, pero enseguida se incorporó y recuperó la postura original. En la chapa de identificación que llevaba cosida a su collar de cuero se podía leer una palabra escrita en caracteres *kanji:* 香箱, «Kobako», que significa «incensario».

La joven apartó la mirada del gato y se encaminó hacia la pared donde había unos altavoces y un tocadiscos. Incluso el equipo de música tenía el armazón de madera. Alguien había dejado un disco puesto en el plato; la etiqueta roja del centro destacaba sobre el negro del vinilo. La chica se agachó, conectó el amplificador y se oyó un débil siseo eléctrico.

Señalando con un dedo, la chica comprobó que el dial del tocadiscos estuviera en la posición correcta antes de pulsar con delicadeza el botón para ponerlo en marcha. El disco empezó a girar

y el brazo se elevó automáticamente. El vinilo crujió unos instantes antes de que comenzara a sonar el ritmo distante e hipnótico de una caja de percusión. El insólito tamborileo —un compás ternario de tres por cuatro— fue cobrando intensidad poco a poco, como si el instrumento se estuviera aproximando.

Poco después se incorporó una flauta a la primera melodía, sumando una sensación de fina elegancia y exotismo al característico ritmo. El *Bolero* de Ravel. Una composición de estructura sencilla con dos melodías que se repiten y son interpretadas por distintos instrumentos, marcada por el ritmo regular e incesante de la percusión que la empuja gradualmente hacia su clímax.

La chica, que había escuchado complacida el primer solo de flauta con las manos apoyadas en las caderas, se apartó de pronto del tocadiscos y empezó a dar vueltas por la tienda como si estuviera bailando al ritmo de la música. El gato, en cambio, no movió siquiera un pelo de su bigote.

Aparte de la zona de la cocina, todas las paredes estaban cubiertas con estanterías. Las había incluso montadas encima de algunas mesas. Y aunque variaban en términos de ancho y alto, todas presentaban el mismo patrón de veteado, similar al de las mesas y la estructura del equipo de música. A pesar de ello, gracias a su ecléctica colección de libros, el espacio carecía de coherencia.

La joven se detuvo por fin delante de una de las estanterías. Y sirviéndose del dedo índice como guía, aunque con cuidado de no tocar los libros, examinó los lomos uno a uno, de derecha a izquierda primero y después de izquierda a derecha: *La historia interminable; En el bosque, bajo los cerezos en flor; Rashomon; El zoo de cristal; Las dos Carlotas; Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy; El ruido y la furia; Diez noches de sueños.*

Eran todas obras de ficción, aunque eso era lo único que tenían en común. Había ejemplares de tamaños diversos y parecía que hubiese libros para todas las edades; había incluso algún que otro libro ilustrado con imágenes en gran formato.

De pronto, los labios de la chica empezaron a moverse:

Con más intensidad que el instrumento de viento del mediodía,
cuando se vierten vestigios de ámbar,
la amargura de la ira, la tristeza de la ira.

Murmuró las palabras —al parecer, versos de algún poema que había memorizado— de un modo casi hipnótico, como si no fuera consciente de que las estaba recitando.

Ahora era un trombón el que interpretaba la melodía del *Bolero.* En el exterior, los rayos blanquecinos del sol se reflejaban en los pétalos de las flores del cerezo, haciéndolas danzar en silencio.

—¿Qué te parece, Kobako? ¿Cuál elijo hoy?

De vez en cuando, la chica detenía la mano, señalaba uno de los lomos y se volvía hacia su compañero. Pero el gato, a todas luces indiferente, permanecía inmóvil. El intercambio se prolongó un rato hasta que ella, dándose aparentemente por vencida, pasó a la siguiente estantería, y luego a la otra.

Y entonces, justo cuando el dedo se deslizaba por el lomo de uno de los libros de mayor tamaño, el gato abrió un ojo y emitió un leve maullido.

—¿Este?

La joven se volvió para descubrir que el animal había alzado la cabeza, los ojos muy abiertos. Sus pupilas doradas estaban dilatadas, como si quisiera decir: «Ese».

La chica retiró el libro de la estantería, lo colocó a la altura de sus ojos y lo abrió con inmenso respeto.

—Ejem —dijo con exageración, fingiendo que se aclaraba la garganta antes de hablar.

El libro era *El Principito.* Con un tono ligeramente afectado, comenzó a leer y su voz reverberó por toda la tienda.

—«Mi estrella será para ti una de ellas, cualquiera. Te gustará entonces mirarlas todas. Y todas serán tus amigas…».

Mientras leía, la chica y el gato tricolor —que había recuperado la postura de la hogaza— se iban mirando. Cada vez que ella pasaba una página, el gato agitaba los bigotes y parpadeaba despacio, como si asintiera. En el exterior, enmarcados por la ventana más grande, los pétalos continuaban con su elegante danza. Y el *Bolero*

seguía sonando, repitiendo su melodía con otros instrumentos, una y otra vez.

Uno



«Lo esencial es invisible para los ojos».

La ceremonia de cremación terminó en un abrir y cerrar de ojos.

Menos de dos horas después de que se cerrara la compuerta del horno crematorio, sesenta y siete años de la vida de su madre habían quedado reducidos a huesos y cenizas.

Mio cargó con la urna durante todo el trayecto después de salir del crematorio. A pesar de que estaba metida en una caja, envuelta en una tela gruesa y un *furoshiki,* percibía el calor en su regazo. Era como si su madre estuviera intentando decirle que seguía allí.

Cuando llegó al lugar donde había vivido su madre, Mio descubrió que se trataba de un decrépito edificio de dos plantas con estructura de madera. El estudio estaba situado en la esquina norte del primer piso. La ventana daba a la orilla de un río. Contemplando la pulcra hilera de árboles desnudos de hojas por el invierno, Mio se sintió abrumada por el sentimiento de culpa, por haber permitido que muriera sola en semejante lugar. «Debería haber hecho más por ella», pensó.

Mio jamás había puesto un pie en aquel piso. Dos años antes, su madre les había comunicado repentinamente a ella y a su hermano menor que pensaba abandonar el que había sido hasta entonces el hogar familiar. Aunque Mio se había visto obligada a reconocer que nadie tenía buenos recuerdos de aquel lugar, se sintió desolada al pensar que la casa de su infancia iría a parar a manos de un desconocido. Por una vez, su hermano se había mostrado de acuerdo con ella. Ambos se habían aliado para intentar disuadir a su madre, pero ella les había dicho que era un asunto zanjado y que no había más que hablar. «No se puede decir precisamente que os paséis muy a menudo por aquí», les había dicho. «Haz lo que te venga en gana», había pensado Mio. Y después de que su madre se mudara al piso nuevo, Mio había utilizado la carga de trabajo como

excusa para no ir a visitarla. Algo de lo que ahora se arrepentía profundamente.

El piso estaba amueblado con modestia, apenas con lo esencial. Aunque Mio sabía que la casa familiar se había vendido por una suma de dinero más que decente, allí no había ni siquiera televisor; jamás se habría imaginado que su madre hubiera vivido con semejante austeridad. Daba la impresión de que el futón que habían retirado de allí junto con el cuerpo era el único juego de ropa de cama que tenía. Y cuando pensó que no le quedaría otro remedio que alojarse en el hotel de negocios que había enfrente, Mio se preguntó si sería correcto dejar las cenizas de su madre solas en el piso.

El suelo estaba cubierto con una moqueta de color verde claro. Aunque estaba desgastada, parecía bastante limpia. Había una mesita redonda que debía de haber hecho las veces de mesa de comedor. Mio dejó allí la urna, creando de este modo un altar improvisado. Y entonces, sorprendida por una repentina oleada de agotamiento, se dejó caer en el suelo. Pero necesitaba poner al día a su hermano, así que hizo acopio de toda su energía para sacar el teléfono del bolso. Después de comprobar que en su zona horaria era primera hora de la mañana, pulsó la tecla de llamada. Su hermano respondió al segundo tono.

—Hola, Yoshihiro —dijo Mio—. Solo llamo para informarte de que la cremación ha ido bien.

Se produjo una pausa incómoda antes de que su hermano respondiera con un «gracias». Curiosamente, su voz sonaba como si estuviera duplicada. Mio no sabía si era porque la línea estaba inestable o porque era ella la que lo estaba.

—Siento mucho que todo esto te haya caído encima solo a ti, hermanita.

—Tranquilo, tú no tienes ninguna culpa. No estaba enferma ni nada; era imposible que estuviéramos preparados para esto, ni emocional ni logísticamente.

Yoshihiro, que trabajaba en una importante compañía de productos electrónicos, se había trasladado hacía un año a Sudáfrica para encargarse de la puesta en marcha y gestión de una nueva

planta que se había construido allí. Hacía bastante que Mio no veía a su hermano, ya que él apenas disponía de tiempo para viajar a Japón. Su madre se encontraba bien. Ninguno de los dos había ido a visitarla.

—Ya lo sé, hermanita. ¿Dónde estás ahora?

—En casa de mamá. Acabo de llegar con sus cenizas. Quería informarte de que todo el asunto del funeral ya está cerrado. Todavía queda pendiente mucho papeleo, pero me las apañaré.

Yoshihiro volvió a disculparse. A ella le pareció que debería haber más de que hablar, pero no sabía qué decir. Estaba casi segura de que su hermano estaba pensando lo mismo.

—Sigo sin entender por qué vendió la casa —dijo Mio.

—Yo tampoco lo entiendo.

—¿Habías visto el piso de mamá?

Yoshihiro le dijo a su hermana que nunca había estado allí.

—Me lo imaginaba. Es la primera vez que vengo. Parece un lugar muy vacío.

Se produjo otro silencio incómodo. Luego, Mio dijo:

—Hemos sido muy malos hijos, ¿no crees? Nos crio ella sola y la hemos dejado morir sin compañía de nadie en un lugar como este.

Mio no había pensado que hubiera necesidad de preocuparse por ese tema, al menos a corto o medio plazo.

—Sí… Yo ni siquiera he asistido al funeral.

—Ya te he dicho que no es culpa tuya. Tienes tu trabajo y una familia a la que atender. Mamá nunca habría querido que, en un orden de prioridades, la pusieras a ella por encima de tu propia vida… Es decir, no creo que lo hubiera querido.

En cuanto pronunció esas palabras, Mio notó una fuerte presión en el pecho. Ahora ya no había forma de saberlo. De repente, se enfrentó a la cruda realidad de que nunca más volvería a hablar con su madre.

Su hermano no replicó nada y se quedaron en silencio unos segundos.

Finalmente, consiguieron cambiar de tema de conversación y repasaron la lista de asuntos pendientes. Acordaron que Mio se encargaría de las tareas más apremiantes, como cancelar el seguro

médico de su madre y los pagos del plan de pensiones. Todo lo demás, incluyendo la clasificación de sus pertenencias, lo harían cuando Yoshihiro confirmara su viaje a Japón. Mio le dijo a su hermano que quería conservar el piso hasta el día después del tradicional funeral del día cuarenta y nueve. Y a pesar de que ella ya se había hecho a la idea de pagar el alquiler durante ese periodo, él insistió en que lo mínimo que podía hacer era contribuir económicamente y, en consecuencia, decidieron que se repartirían los gastos.

Cuando colgó, Mio dirigió la vista hacia la urna que contenía las cenizas de su madre. Se había enterado de que la tela que cubría el receptáculo recibía el nombre de *kotsu-ooi,* un envoltorio para los huesos. Jamás había oído aquella palabra. Era una tela gruesa de color blanco adornada con un estampado tejido en hilo brillante del mismo color. El estampado, que recordaba unas campanillas, era tan complejo que no se percibía a primera vista. «Me gustaría dibujar algo similar —pensó de repente Mio—. Me pasaría un día entero, quizá incluso dos, dibujándolo meticulosamente a plumilla».

«¿Por qué pienso ahora en esto? —se preguntó, aun sabiendo la respuesta—. Porque no soporto enfrentarme a la idea de que mamá ya no está».

Mio se había enterado de la noticia en el trabajo. Desde el momento en que había respondido a esa llamada se había sentido alejada de la realidad, como si estuviera viviendo en una burbuja. Había incluso momentos en los que se sentía desconectada de su mente y de sus actos.

Cuando sus pensamientos volvieron a las cenizas de su madre, recordó con retraso que debería prender un poco de incienso. Hecho esto, unió las manos e inclinó la cabeza para murmurar una oración. Y mientras lo hacía se sorprendió preguntándose: «¿Por qué hago esto, y para quién?».

Todo había empezado cuatro días antes, por la tarde, cuando, de forma inesperada, había sonado el teléfono de la oficina. Le había parecido inusual, ya que rara vez la llamaban al fijo últimamente.

Pensándolo en retrospectiva, el modo en que aquel tono anticuado había resonado en el despacho había resultado inquietante.

En el momento de la llamada, Mio estaba hablando por el móvil con su editora sobre un asunto peliagudo: un artista de manga aficionado la había acusado en las redes sociales de plagiar la composición de su obra. Mio tenía una serie en una revista de manga y la ilustración en cuestión había aparecido en un capítulo publicado dos números atrás. El rumor se había ido extendiendo en internet y había escalado hasta el punto de que su editora había empezado a recibir quejas. Desde la perspectiva de Mio, sin embargo, no era más que una acusación falsa.

—La única parte similar es la calle en pendiente que serpentea por una zona residencial y baja hacia el mar. Es una composición sencilla. ¿Por qué tendría yo que calcar el trabajo de otro?

—No puedo estar más de acuerdo contigo, Kisanuki-sensei. Es solo que… eeh… demostrar este tipo de cosas no… no es fácil, la verdad.

La editora de Mio, que le había sido asignada recientemente, tenía cierta dificultad para expresar sus ideas. Más joven que ella, daba la impresión de que todavía estaba aprendiendo los entresijos del negocio.

Mio se esforzó por controlar su tono de voz y siguió hablando:

—Te percatarás de la diferencia enseguida si colocas mi ilustración encima de la suya y haces coincidir la línea del horizonte. Verás que la posición de la vía del tren y de los personajes no encaja. Además, y ojalá no tuviera que decir esto, la perspectiva de su dibujo está mal.

—Dicen que cambiaste ligeramente la posición a propósito, que lo copiaste a pesar de ser una profesional y que has intentado encubrirlo.

—Eso es ridículo.

«Pero ¿adónde vamos a llegar?», se dijo Mio.

—Por supuesto. Pero el caso es que el denunciante está ganando cada vez más apoyos en las redes. La gente empieza a detectar más similitudes, como el chico con uniforme escolar que empuja una

bicicleta y la chica con atuendo de marinerita que sostiene la mochila delante de su cuerpo.

—Es una ilustración de la vida diaria de los estudiantes de secundaria. Hay pocas maneras de representar eso.

Mientras hablaba, Mio comparó las dos ilustraciones en la pantalla del ordenador. Después de haberlas examinado en profundidad, era imposible negar el hecho de que existían similitudes, pero probablemente se debieran a que ambos intentaban representar lo mismo.

Y para ella no era el mar, tampoco las casas; no era el atuendo de los dos estudiantes de secundaria, ni el muñequito de peluche que colgaba de la mochila de la chica. Lo que Mio había querido expresar no era visible. Cuando había dibujado la escena cotidiana de dos adolescentes caminando hacia la escuela, había tratado de capturar ese algo intangible, esa calidez que flotaba entre ellos. Y eso era algo que recordaba con claridad.

—Bueno, el caso es que estoy discutiendo con los de arriba cómo gestionar este asunto. Y, si quieres que te diga la verdad, en el departamento hemos sido incapaces de llegar a un consenso. Unos dicen que no es necesario hacer nada, y otros, que hay que emitir algún tipo de disculpa, cuanto antes mejor.

—¿Una disculpa? —dijo Mio interrumpiéndola.

¿Quién pretendían que se disculpara exactamente, y por haber hecho qué?

—Lo que quiero decir es que hay gente que se ha sentido herida por todo este incidente. Si reconocemos la responsabilidad de la editorial en el tema, aunque sea de forma muy laxa, resultaría menos perjudicial…

—No estarás hablando en serio…

Fue justo en aquel momento cuando sonó el teléfono fijo. Mientras todos los demás guardaban silencio, una de las asistentes se levantó de su silla para ir a atenderlo. Articuló una serie de respuestas que no revelaron nada, algún que otro «sí» y «no», antes de acercarle el teléfono inalámbrico a Mio.

—Es la policía —le dijo—. Llaman desde…

A Mio se le paralizó el corazón cuando la asistente mencionó el nombre de su ciudad natal. Intentó recordar frenéticamente cuándo había sido la última vez que habló con su madre. Después de decirle a su editora que la llamaría más tarde, Mio inspiró hondo. Y entonces, nerviosa, cogió el teléfono.

—¿Es usted Mio Kisanuki? —preguntó una voz masculina.

Esforzándose por controlar el temblor, ella respondió que sí.

Había muerto sola… *Kodokushi,* como decían ellos. Tal vez de un infarto, le explicó a Mio el agente. ¿Tan obcecada estaba su madre en no depender de nadie que ni siquiera había pedido ayuda? ¿O simplemente no había podido? Nadie obtendría nunca respuestas a estas preguntas.

Por suerte, a la vecina de su madre se le había ocurrido informar al casero cuando se dio cuenta de que no la había visto salir de casa desde hacía un par de días. El casero había llamado a la policía, que había encontrado el cuerpo después de forzar la puerta y acceder al piso. De entrada se había sospechado de un crimen, pero luego habían determinado que el fallecimiento se había producido por causas naturales y, por lo tanto, no había sido necesario realizarle la autopsia. Ya se había emitido un certificado de defunción.

—Gracias por atender nuestra llamada. Por nuestra parte no podemos hacer mucho más, así que le agradeceríamos que viniera a ocuparse de ella lo antes posible.

La llamada terminó con esas palabras. Pero Mio siguió sin moverse incluso después de que la comunicación se cortara, mientras el pitido indiferente del auricular aún resonaba en su oído.

—Oh, lo siento… —dijo, apenas consciente de que todo su equipo se había quedado mirándola con cara de preocupación. En aquel momento, eso fue lo único que fue capaz de decir.

No podía llorar. No consiguió derramar ni una sola lágrima. «Todavía estoy impactada», intentó razonar para sus adentros.

Y entonces, de pronto, la voz de su madre retumbó en su cerebro: «Vivir la vida con la cabeza bien alta: siempre me he mantenido fiel a ese lema porque quiero, hijos míos, que os sintáis orgullosos de mí».

¿Por qué acababa de recordar eso? Mio se quedó perpleja ante aquel pensamiento. Ni siquiera podía precisar en qué momento había pronunciado su madre esas palabras.

Cuando por fin consiguió colgar el teléfono pensó en llamar enseguida a su hermano, pero al mirar el reloj calculó rápidamente que donde él vivía era más de medianoche. Dudó un instante antes de enviarle un correo electrónico. Comunicarle la muerte de su madre de esta manera tan mecánica le provocó una terrible congoja.

Decidió que iría a casa para recoger ropa adecuada y un mínimo de elementos básicos y que después tomaría el primer tren bala que hubiera disponible. Takahashi, su asistente principal, se ofreció a acompañarla, pero ella le dijo con tacto que no era necesario, que se trataba de un asunto personal. Sin embargo, dado que era una persona de total confianza, Mio le pidió que se quedara y se ocupara de todo durante su ausencia.

—Déjelo en mis manos —repuso Takahashi con un deje de tristeza en la voz.

Mio consiguió llegar a su ciudad natal antes del anochecer. Fue directa a la comisaría, donde le facilitaron el nombre y la dirección de una empresa de pompas fúnebres.

El hombre que se presentó como el director de la funeraria le hizo a Mio un resumen sobre las distintas alternativas de funeral, incluyendo el tamaño del recinto y el estilo de la ceremonia.

—Tiene que tomar la decisión ahora, por favor.

Instada por el director a decidirse, se decantó por un *kazokuso,* un funeral íntimo y privado en la sala de ceremonias. Luego tuvo que asumir la tarea de elegir el ataúd, el altar, los candelabros, la urna y la caja, así como el *kotsu-ooi.* Le costó asimilar que existiera un catálogo de todos esos objetos; se quedó atónita, pero también comprendió que resultaba bastante útil.

Una vez confirmadas la fecha y la hora de la cremación, el director de la funeraria le dijo:

—Debería alegrarle saber que hay disponibilidad. Normalmente, en las ciudades grandes las cosas no van tan rápido.

De hecho, pensó Mio, eso significaba que no tendría que ausentarse mucho tiempo del trabajo, aunque sabía que no era el

momento adecuado para preocuparse por esas trivialidades. Cuando vio que el velatorio, el funeral y la cremación funcionaban como un reloj, llegó a la conclusión de que simplemente se trataba de seguir un proceso.

Sentada delante del altar improvisado en la mesa redonda del comedor, Mio encendió otra varilla de incienso a modo de ofrenda. Y mientras observaba las ondulaciones del humo, le vino a la cabeza otro recuerdo. En un par de ocasiones, el director de la funeraria la había mirado con expresión de desconcierto. «Probablemente ha sido porque me veía indiferente —pensó—. Porque, a pesar de ser la hija de la fallecida, no parecía estar muy triste».

«No os preocupéis nunca por mí. Vivid la vida al máximo los dos. Prometedme que jamás permitiréis que nada os arrebate vuestra libertad».

Su madre había pronunciado esas palabras el día de la boda de Yoshihiro. Y a pesar de que Mio no recordaba muy bien qué era lo que había provocado esa conversación, sí recordaba con claridad que, al oír aquello, había pensado: «¿Cómo te atreves?». Mio se encargaba de todas las tareas del hogar cuando su hermano era pequeño, y siempre se había sentido orgullosa de ello. De hecho, tenía la sensación de que en casa resultaba imprescindible; creía con firmeza que su madre dependía de ella.

Tampoco es que fuera a llegar al extremo de decir que las tareas le suponían una carga. Pero cuando oyó a su madre hablar como si aquello no hubiera pasado nunca, Mio no pudo evitar sentirse ignorada. «En aquel entonces, ocuparme de las tareas domésticas tenía precisamente ese efecto: privarme de mi libertad. Y la culpa era tuya, mamá», había protestado ella en silencio, aunque consciente también de que no habría sido justo hacer recaer la culpa solo sobre su madre.

Su relación con ella nunca había sido tensa ni conflictiva, pero era más distante en el plano emocional de lo que cabría esperar de una relación normal entre madre e hija. Lo mismo sucedía con su hermano. Pensándolo en retrospectiva, quizá fuera porque, dada su

posición, su madre consideraba que debía tratar a sus dos hijos por igual. «Pero ¿cómo iba yo a saber eso? No era más que una niña», se dijo Mio. Ella nunca se había enfrentado a su madre y, aunque anhelaba ese tipo de relación en la que se puede hablar de cualquier cosa, Mio se contuvo y dejó de lado sus sentimientos más sinceros.

Era innegable que la vida de todos había dado un vuelco con la muerte de su padre. Incluso habían tenido que cambiar su apellido, Oda, por el apellido de soltera de su madre, Kisanuki. Pero la verdad era que, incluso antes del fallecimiento, la familia estaba un poco rota. Mio tenía la impresión de que su madre siempre estaba acusando de algo a su padre y acorralándolo. A menudo, ella se iba a la cama y se hacía la dormida y escuchaba a sus padres discutir durante horas. Aunque le costaba discernir qué decían, el tono de su madre era cada vez más duro y airado. Por la mañana, Mio le preguntaba a su padre si estaba bien, y él siempre le respondía con una sonrisa débil.

El padre de Mio se quitó la vida cuando ella tenía trece años. Nadie le explicó nunca por qué. Recordaba que en su momento pensó que debía de querer escapar de algo. Pero, fuera lo que fuese, prefería no saberlo: si la única respuesta que encontraba era que necesitaba escapar de su madre, o de los tres, no podría soportarlo.

A partir de entonces, su madre, profesora de secundaria, se convirtió en el único sostén económico de la familia. Y Mio no solo pasó a ocuparse de las tareas domésticas, sino también a cargar con la mayor parte de la responsabilidad en todo lo concerniente a Yoshihiro, que era seis años menor que ella. Todos los días, cuando terminaban las clases, Mio iba a recoger a su hermano a la escuela de primaria, lo tomaba de la mano y volvían los dos andando a casa. Luego se encargaba de la limpieza, la cocina y la colada. Apenas tenía tiempo para salir con sus amigas, y mucho menos para participar en actividades extraescolares.

Su madre solo les permitía lo básico: nunca los llevaba de vacaciones, ni les compraba videojuegos, libros o mangas. Aunque había algo que su madre sí hizo por ella y que Mio nunca olvidaba. Siempre que tenía la oportunidad, Mio encontraba espacio en su

cuaderno o en algún rincón de cualquier folleto y dibujaba. Cuando se percató de la pasión de su hija por el dibujo, la madre empezó a traer a casa ejemplares de segunda mano de una revista mensual de manga para chicas. Mio los leía una y otra vez y copiaba las ilustraciones de manera obsesiva.

Mio siempre se preguntó por qué era su madre tan estricta con el dinero. Entendía, por supuesto, que ser madre sola era duro, pero ya era así antes incluso de que muriera su padre. Sabía que a menudo lo regañaba por cuestiones monetarias. Y que lo único que hacía él era agachar tímidamente la cabeza.

Su madre no era de esas personas capaces de reconocer sus defectos delante de los demás. Si le hubiese dicho a Mio, aunque fuera una sola vez, que valoraba mucho todo lo que había hecho por la familia, quizá su relación habría sido distinta. Pero para cuando Mio se dio cuenta, ya se había levantado un muro entre ellas.

Luego hubo el incidente que se produjo cuando estaba terminando sus estudios de secundaria. Durante la primera reunión con la tutora de Mio para discutir su futuro rumbo profesional, su madre anunció sin rodeos que, si su hija decidía ir a la universidad, no le pagaría los gastos de matrícula y que, si además decidía cursar sus estudios en otra ciudad, no le brindaría ningún tipo de apoyo económico. Después de aquello, la distancia entre Mio y su madre se agrandó. Y dado que no había universidades a las que se pudiera ir desde su casa en transporte público o en coche, Mio empezó a sentirse atrapada. Esa fue la chispa que encendió la rebelión contra su madre.

Por suerte, Mio siempre había sacado buenas notas y su tutora la animó a ir a la universidad. A pesar de que le preocupaba un poco abandonar a Yoshihiro, su hermano ya estaba en sexto de primaria y no necesitaba tantos cuidados como antes. Una parte de ella tenía la sensación de estar asfixiándose en casa y anhelaba huir de allí. Al final, Mio optó por marcharse a la universidad con una beca. Su madre no se opuso a su decisión.

Así empezó su primera experiencia viviendo sola. Se instaló en una habitación de una residencia estudiantil femenina reservada única y exclusivamente a alumnas con beca. El precio era asequible

y las comidas estaban incluidas. Mio pudo por fin tener tiempo para sí misma, un lujo desconocido hasta entonces.

Aparte de las pocas horas que dedicaba a un trabajo temporal sin importancia, Mio pasaba su tiempo fuera de clase consagrada al dibujo. Se alegraba de haber encontrado amistades afines, tanto en la universidad como en la residencia. Sus amigas tenían mucha más experiencia que ella en el dibujo de manga y le enseñaron todo tipo de habilidades y conocimientos relacionados con esa especialidad, como el uso de las tramas y las plumillas G-pen, además de otras técnicas totalmente nuevas para ella. Con el tiempo se acabaron convirtiendo en rivales amistosas, presentando trabajos y participando en los mismos concursos.

En el verano de su cuarto y último año en la universidad se confirmó el debut de Mio como artista manga profesional. Los días siguientes pasaron volando. La primera persona con la que quiso compartir la noticia fue su madre. Cuando la llamó para comunicárselo, su madre la felicitó, aunque enseguida pasó a decirle que, si bien estaba en manos de Mio decidir si quería buscar un trabajo normal o prefería intentar salir adelante como artista de manga, antes debía asegurarse de que finalizaría sus estudios en la universidad. «¿Y tenías que decirme eso ahora?», pensó Mio. Aun así, sabía que su madre se preocupaba por ella a su manera, y esa fue una de las razones por las que continuó esforzándose al máximo para obtener su título.

Cuando su serie de manga despegó, sus amistades de la universidad y su editora le presentaron a varias aspirantes a artista de su misma edad que acabaron convirtiéndose en sus ayudantes. Cuando se les echaba encima una fecha de entrega, Mio y sus asistentes trabajaban día y noche codo con codo. Tres o cuatro se quedaban a pasar el día entero con ella en el despacho, y a menudo daba la sensación de que estaban de viaje de estudios. Después de pasar toda la noche en vela, el equipo acababa sumido en un estado de agotamiento y tensión. Entre unas y otras intentaban adoptar todo tipo de poses tontas que no podían conseguir con un maniquí, como tumbarse bocabajo y doblar las piernas hacia arriba. Cuando alguna de ellas decía cosas como «Dejadme que estudie el ángulo

de la nariz y la barbilla durante un beso», todas se partían de risa. Dando sorbos a sus bebidas energéticas, bromeaban y reían a carcajadas hasta que caían rendidas, como si de repente se les hubiesen agotado las pilas.

Pero algunas de las compañeras de Mio empezaron a desertar. Una de ellas pretextó que se había quedado sin personajes que representar, mientras que otra había dejado el estudio después de tener un niño y priorizar a su familia. Quizá no fuera del todo preciso decir que habían desertado, aunque Mio no se sentía capaz de pensar que habían decidido lanzarse a hacer otras cosas. Porque si lo pensaba se sentía abandonada, y esa idea la llenaba de tristeza.

Sin darse cuenta siquiera, Mio había acabado distanciándose de su madre y de su hermano. Durante muchos años —décadas— solo había vuelto a casa una vez al año, incluso menos. Cuando era estudiante, jamás se habría imaginado que Yoshihiro se acabaría casando antes que ella. Y, de hecho, su sobrino nació mucho antes de que Mio se planteara la posibilidad de tener hijos. Se había visto obligada a reconocer que se había sentido un tanto incómoda cuando la presentaron ante el niño como su «tía», pero, pensándolo en retrospectiva, Mio siempre se sentiría agradecida de que su hermano y su esposa le hubieran dado un nieto a su madre. Yoshihiro le había contado que su sobrino iba a una escuela local en Sudáfrica y que ya hablaba inglés con fluidez.

Cuando hubo terminado con todo el papeleo, Mio regresó temporalmente a Tokio para ponerse a trabajar en el siguiente capítulo de su serie de manga. Pero, por mucho que lo intentaba, no conseguía que la narración avanzara. Era como si su cerebro se hubiese quedado estancado, como si un muro invisible le bloqueara el paso. Sin darse cuenta siquiera, las calles que el invierno había dejado estériles aparecieron un día salpicadas de destellos verdes, recordándole que el cambio de estación siempre llegaba antes en la ciudad. Había oído decir que hubo una época en la que Tokio estaba considerada como un desierto o una jungla de asfalto, pero, en realidad, encontrar vegetación allí nunca había sido tan complicado.

Ojalá, de un modo similar al verdor, pudiera liberar de esa niebla invernal en la que parecía estar atrapada la historia que permanecía encerrada en su cabeza.

Fue por entonces cuando Mio recibió la llamada de un hombre, de nuevo a través del teléfono fijo. A juzgar por su apellido, que dijo que era Oda, imaginó que sería pariente de su padre. Y, en efecto, al instante se identificó como su primo. Se llamaba Fumiaki y era hijo del hermano mayor de su padre.

—Justo el otro día me enteré de lo de Hiroko-san, tu madre. No estaba seguro de si debía intentar ponerme en contacto contigo, pero al final he decidido que intentaría llamarte.

El primo tenía la voz de un hombre mayor y Mio pensó que probablemente estaría más cerca de la generación de su madre que de la suya. Durante la conversación, se enteró de que su primo asistió en su día al funeral de su padre. Le comentó que recordaba que ella llevaba el uniforme de la escuela de secundaria, pero Mio no tenía conciencia de haberlo visto en absoluto. Después de la muerte de su padre no había mantenido ningún contacto con aquella rama de la familia y, además, había estado tan ocupada con la responsabilidad de llevar la casa que tampoco habría tenido tiempo para ver a nadie ni aunque hubiera querido.

Fumiaki insistió en quedar con ella, argumentando que había algo que quería comentarle. Puesto que Mio tenía planeado volver a su ciudad natal para la celebración del tradicional funeral del día cuarenta y nueve y aprovechar el viaje para clasificar las pertenencias de su madre y gestionar el contrato de alquiler, le sugirió que se vieran entonces. Cuando Fumiaki le dio sus datos de contacto, se enteró de que vivía en un pueblo justo al lado de su ciudad natal. Durante todos aquellos años, su primo había vivido muy cerca de la familia, pero nunca había oído hablar de él. ¿Por qué sería? De hecho, ahora que lo pensaba, su madre nunca había recibido ni siquiera una felicitación de Año Nuevo de alguien con el apellido Oda.

Después de dudarlo mucho, Mio le preguntó finalmente a su editora si podía tomarse un descanso de dos meses en su serie de manga. «Tómate todo el tiempo que necesites —le respondió—.

Acabas de perder a tu madre». Durante la conversación, la editora la puso al corriente sobre las acusaciones de plagio; al parecer, el demandante no daba señales de querer retractarse. Mio insistió en que no había hecho nada malo e intentó tranquilizarla diciéndole que no había nada de que preocuparse. Pero en el fondo la sensación de inquietud seguía allí; un desasosiego del que le resultaba imposible librarse.

Mio estaba decidida a ponerlo todo en orden durante el viaje a su ciudad natal. Clasificaría las pertenencias del piso de su madre, llevaría a cabo las gestiones de la tumba y rescindiría el contrato de alquiler. Sin embargo, no podía evitar pensar que, una vez cumplidos esos trámites, todo lo que pudiera quedar de su madre en este mundo habría desaparecido por completo. Aunque, de ser eso cierto, no había nadie más adecuado para realizar esa tarea que ella; al fin y al cabo, era su hija. Naturalmente, le habría gustado que Yoshihiro la hubiese acompañado, pero entendía que lo tenía muy complicado para emprender un viaje tan largo. Le había estado informando de todas las gestiones por medio del correo electrónico. Y habían acordado que Mio decidiría qué cosas tirar y que, si había algún objeto con el que no tuviera muy claro qué hacer, lo conservaría.

De modo que se encontraba de vuelta en su ciudad natal. Esta vez había traído consigo un saco de dormir; estaba preparada para pasar allí varias noches.

Llegó muy tarde y decidió alojarse esa primera noche en un hotel próximo a la estación. A la mañana siguiente, tomó un taxi para ir directamente al piso de su madre.

El ambiente en el apartamento —que llevaba un mes y medio vacío— era húmedo y estaba enrarecido. Durante el poco tiempo de que disponía, Mio tendría que dejarlo en condiciones decentes para devolvérselo al casero. De entrada pensó en pedir ayuda, quizá a Takahashi o a algún compañero de la editorial. Pero, considerando el tamaño reducido del piso y los pocos enseres que poseía su madre, decidió que no sería necesario. Además, en el fondo sabía que era algo que debía hacer ella sola.

«Muy bien», se dijo para sus adentros antes de arremangarse y abrir la ventana. La agradable brisa primaveral que entró la ayudó a

sentirse algo más ligera. Como esperaba a su primo por la tarde, se puso como objetivo acabar la limpieza antes de la visita. Confiaba, además, en tener tiempo para empezar a clasificar un poco los objetos más relevantes.

Pero en el piso había tan pocas cosas que la limpieza resultó más fácil de lo esperado. Y como el espacio era tan pequeño, acabó de aspirar el suelo en un abrir y cerrar de ojos. En cuanto al aspirador, decidió desecharlo cuando terminara del todo. Pasado un rato, miró el reloj y vio que aún le quedaba algo de tiempo antes de que llegara su primo. Decidió ponerse con la cocina, ya que a buen seguro sería la estancia más complicada de limpiar.

Vació primero la nevera, separando los distintos tipos de basura a medida que avanzaba. Metió en una bolsa doble los restos de comida y la cerró bien para que no oliera. Después abrió el armario situado debajo del fregadero. Igual que el frigorífico, estaba lleno de cosas variadas, cada una de ellas un recordatorio de que su madre había vivido su día a día en aquel piso. Había una botella de aceite vegetal a medias, azúcar, sal y pasta de miso. Su madre tenía una pequeña despensa con diversos productos y se dio cuenta de que todos eran de la misma marca. Había también un contenedor grande de plástico lleno de lo que parecía vino de ciruela, probablemente de elaboración artesanal. «Esto me lo llevaré a Tokio y lo compartiré con Takahashi y los otros», pensó Mio. Todo lo demás habría que tirarlo.

En el fondo del armario descubrió un objeto pequeño envuelto en papel de periódico. Cuando lo desenvolvió, vio que era un dispensador de salsa de soja de cristal, descascarillado e inservible. Era el que utilizaban cuando Mio era pequeña. ¿Por qué guardaría su madre algo así? Ladeó la cabeza con perplejidad. Y de pronto, al comprender que nunca sabría la respuesta, la invadió una oleada de tristeza. «Quizá la vida no sea más que una acumulación de misterios raros y triviales como este», pensó.

Justo entonces sonó el teléfono. Era su primo, para avisarla de que estaba a punto de llegar. Cuando se percató de que había perdido por completo la noción del tiempo, Mio bajó corriendo la

escalera para ir a abrir. Y mientras bajaba, pensó fugazmente que se le había pasado la hora de comer.

—¿Eres tú, Mio-chan? Eres igual que Hiroko-san.

Oda le explicó a Mio que había venido en coche y que había aparcado en un supermercado cercano. En cuanto entró en el piso se sentó junto al altar, frente a la urna y la foto de su madre que Mio había colocado a un lado. Oda encendió una varilla de incienso, juntó las manos y se tomó su tiempo para presentar sus respetos. También había preparado algo de dinero para ofrecer sus condolencias.

Cuando hubo terminado, se volvió hacia su prima.

—Y bien, Mio-chan, ¿sabes algo sobre nuestra familia e Hiroko-san?

Ella percibió una pizca de duda en su voz. Negó con la cabeza y le dijo que no sabía nada. Oda se rascó la nuca.

—Como ya te dije por teléfono, Toshiyuki-san era el hermano menor de mi padre… Lo que te convierte en mi prima.

Toshiyuki era el nombre de pila del padre de Mio.

—Entre mi padre y Toshiyuki-san había una gran diferencia de edad. Quizá por eso mi abuela siempre lo mimó, por ser su hijo pequeño. Y tal vez fuera también por eso por lo que su postura ante el mundo era tan ingenua.

A Mio se le ocurrió entonces que debería haberle ofrecido un té a su primo, pero el momento ya había pasado. Se disculpó de inmediato y le explicó que no se manejaba en la cocina de su madre y que antes había tirado las pocas hojas de té que había encontrado. Su primo agitó una mano restándole importancia y le dijo que no se preocupara. Y entonces, como si ambos se hubieran quedado sin palabras, guardaron silencio. El humo del incienso continuó serpenteando en el aire hasta que lentamente se desvaneció.

—El caso es que mi abuela e Hiroko-san nunca se llevaron bien, desde un buen principio —dijo por fin su primo, bajando la vista—. Para empezar, a mi abuela no le gustaba que Hiroko-san fuera mayor que su hijo —continuó—. El hecho de que tuviera estudios y trabajase como maestra siempre fue motivo de animadversión para la abuela, que la consideraba una engreída. Tu madre se convirtió en

el blanco de su odio irracional. Incluso oí decir que la culpaba a ella de la incapacidad de mi tío para conservar un puesto de trabajo. Supongo que es normal que las madres quieran ignorar los defectos de sus hijos, pero lo de la abuela era extremo, o, mejor dicho, un tanto extraño. Hubo una época en la que, por culpa de ella, mi tío e Hiroko-san vivieron separados. Pero debían de amarse, pues acabaron volviendo a vivir juntos. Esa separación temporal es la razón de la diferencia de edad entre tu hermano y tú.

A Mio le estaba costando entender lo que le contaba su primo. Era como si estuviese escuchando una historia de ficción donde casualmente los personajes tuviesen nombres que le resultaban conocidos.

—Y entonces, justo cuando todos pensábamos que el drama había terminado, se produjo aquel incidente.

—¿Incidente?

Al principio, Mio imaginó que se refería al suicidio de su padre. Aunque la palabra «incidente» no le parecía la más adecuada para describirlo.

Su primo levantó la cabeza e hizo un incómodo gesto de asentimiento.

—Mi tío se endeudó… Una suma enorme de dinero. —Se mordió el labio con nerviosismo y continuó—: Ahora ya no hay forma de saber la verdad, pero, por lo que parece, un amigo de los tiempos del instituto le pidió que lo avalara. Pero, dado que mi tío no tenía un trabajo estable, no cumplía los requisitos. Recurrió entonces a Hiroko-san y le pidió que lo ayudara. Al ser los maestros funcionarios públicos, pensó que le sería fácil superar el proceso de aprobación. Y a pesar de que Hiroko-san se mostró reacia de entrada, mi tío fue tan insistente que ella al final acabó cediendo. Después de eso, el supuesto amigo se esfumó. Típico, ¿verdad?

Era la primera vez que Mio oía aquella historia. De ser cierta, explicaría por qué su madre estaba siempre tan enfadada con su padre. Esperó en silencio a que su primo continuara. Estaba tan impactada que se había quedado sin palabras.

—Nuestra familia acabó prestándoles mucho dinero a tus padres. Me enteré de que Toshiyuki-san recibió en donación la casa donde

vivíais antes de que fuese hipotecada. Toshiyuki-san e Hiroko-san prometieron a mis abuelos que trabajarían duro para devolverles el dinero. Pero luego Toshiyuki-san no pudo soportar más la situación y acabó haciendo lo que hizo… La abuela perdió la cabeza por completo después de aquello. Fue terrible. Se obcecó en que Hiroko-san lo había empujado al suicidio. Pero, naturalmente, nada de todo aquello habría pasado si, para empezar, mi tío no hubiese sido tan cándido. Si acaso, Hiroko-san fue la víctima de la situación. Pero era imposible que la relación entre Hiroko-san y la abuela se arreglara. Y a pesar de que tu hermano y tú erais los hijos de su amadísimo hijo, anunció que cortaba todos los lazos con vosotros. «Llevan la sangre de esa mujer», dijo.

Mio supo entonces que, incluso después de aquello, su madre estuvo visitando regularmente al padre de Fumiaki, a espaldas de su suegra, para ir liquidando la deuda. El abuelo le había dicho que no era necesario y que debería reservar ese dinero para sus hijos, pero la madre de Mio insistió en cumplir su promesa.

—Mi padre solía decir que tu madre era una mujer muy terca.

Otra cosa que él recordaba era que la madre de Mio le había pedido a su hermana que le diera sus revistas de manga cuando las acabara de leer.

—En una ocasión, mi padre le preguntó a Hiroko-san qué era lo que la ayudaba a seguir adelante. Y, por lo visto, ella respondió: «Hace mucho tiempo, mi hija me regañó. Me dijo que necesitaba serenarme». ¿Sabes? Cuando empezaste con el trabajo que haces ahora, Hiroko-san estaba loca de contento. Nos lo contó durante una de sus visitas. Cada vez que hablaba de tu hermano o de ti, uno notaba un orgullo especial en su voz. Siempre hablaba de lo orgullosa que se sentía de vosotros.

Mio, incapaz de imaginarse a su madre comportándose de esa manera, se quedó mirando fijamente a su primo. Sintiéndose algo incómodo, Oda exhaló por la nariz.

—Poco después de que tu hermano se casara, Hiroko-san vendió la casa y liquidó el resto de la deuda. Mi padre ya había fallecido por aquel entonces, de modo que ese último plazo me lo entregó a mí. Y

me dijo una cosa que creo que deberías saber. Es la razón por la que hoy estoy aquí.

Oda juntó las rodillas y enderezó su postura antes de continuar.

—Dijo: «Aunque no tengo bienes que dejar a mis hijos, al menos ya no les quedará ninguna carga». Y luego me hizo una reverencia.

«Bien. Tal vez sea verdad que nunca entendí nada de nada sobre mi madre». Sumida en un profundo abismo de arrepentimiento, Mio se quedó una vez más sin palabras.

—Probablemente no lo habría recordado de no haberse producido un suceso como este. Y he querido asegurarme de que tu hermano y tú lo supierais —dijo Fumiaki—. Aquí se acaba mi historia.

Abandonó el piso poco después. Tras despedirlo, Mio intentó concentrarse de nuevo en la clasificación de los objetos de su madre, pero era como si sus brazos y piernas se hubieran quedado sin fuerza. En comparación con la mañana, había bajado el ritmo considerablemente.

El sentimiento de culpa y la amargura que sentía por saber tan poco sobre su madre se fueron transformando poco a poco en frustración hacia sí misma. Según lo que acababa de descubrir, durante un periodo de su vida, antes de que naciera Yoshihiro, había vivido sola con su madre. «¿Por qué no lo recuerdo? ¿Cómo se las arregló mamá para gestionar todo esto?». Pero lo más desconcertante de todo era que, según su madre, ella la había regañado. Eso le parecía imposible. A pesar de que su madre sí los reñía a ellos de vez en cuando, ni ella ni Yoshihiro tenían con su madre una relación que diera pie a enfrentarse a ella directamente.

La cabeza de Mio rebosaba de preguntas. Aun así, de alguna manera consiguió avanzar en la tarea de clasificar las pertenencias de su madre. Al final, en el fondo del armario, encontró una vieja caja de madera, de esas que se utilizan para almacenar mandarinas. A pesar de que no tenía el aspecto de contener nada de valor, su intuición le dijo que lo que hubiera en su interior eran cosas que su madre atesoraba desde hacía mucho tiempo. Y, en efecto, en cuanto la abrió descubrió su cordón umbilical y el de Yoshihiro guardados en una cajita de madera de paulonia. Encontró también todos los títulos estudiantiles de su madre —escuela elemental, primaria, secundaria

y universidad—, además de su certificado de aptitud pedagógica y cerca de una veintena de anuarios de graduación con trabajos escritos por sus alumnos.

Y como si estuviera escondido en el borde de la caja, había un sobre. Contenía un pagaré con la firma de su madre estampada justo al lado de la palabra «Avalista». La mano de Mio se detuvo en seco a la vez que exhalaba un suspiro. Su madre había conservado aquel documento junto con los objetos que habían marcado hitos importantes de su vida. Esa constatación le hizo sentir una emoción imposible de describir; no era necesariamente sorprendente, pero tampoco es que le sentara bien. «¿Por qué no me lo contó?». Mio volvió a formularse aquella pregunta inútil. Aunque, por otro lado, le parecía de lo más natural que no lo hubiera hecho. Tal vez fuera algo que nunca llegaría a comprender del todo, puesto que no era madre. Odiaba tener que admitirlo.

En el fondo de la caja de madera, Mio encontró una bolsa de papel que contenía algo duro. Introdujo la mano en ella y descubrió que era un libro. *El Principito.* Ella tenía un ejemplar igual, aunque hacía tiempo que no lo miraba. Y mientras esos pensamientos daban vueltas en su cabeza, abrió el libro. Lo primero que le llamó la atención fue la ilustración de los tres baobabs en la portadilla.

Fue en ese momento cuando los recuerdos de Mio volvieron a ella con tanta claridad que le pareció casi extraño que los hubiera olvidado. «Eso es: mamá me leía este libro cuando era pequeña», recordó.

Las páginas que seguían a la ilustración tenían una textura distinta. Comenzó a leer y vio de inmediato el famoso dibujo de «una serpiente boa que digería un elefante». Ese dibujo ante el que, según contaba el relato, al verlo, los adultos decían siempre: «Es un sombrero». Pero el príncipe misterioso que aparece en el desierto entiende al instante el dibujo. Y a partir de ahí el príncipe se convierte en alguien muy especial, no solo para el piloto, que es el narrador, sino también para el lector.

«Un libro bastante complicado de leer a una niña que ni siquiera había empezado primaria», pensó Mio.

Pero entonces, de pronto, su estómago rugió dolorosamente. Recordó que se había saltado el almuerzo y se preguntó qué hacer. En el piso no había nada que comer, eso estaba claro. Y mientras empezaba a considerar las distintas alternativas, su mirada se posó en la ventana que daba al norte. Se quedó boquiabierta al ver lo que había enfrente. No se había fijado por la mañana, pero los árboles sin hojas que había visto siete semanas atrás eran cerezos *somei-yoshino.* En plena floración, habían transformado la vista en un espectáculo de una belleza sobrecogedora.

Eran casi las tres. El sol había bajado un poco, pero, hasta donde le alcanzaba la vista, no hacía viento y el ambiente era perfecto para un pícnic bajo los cerezos en flor. Decidió ir hasta allí. Compraría algo para comer por el camino.

Un tanto abrumada después de todo lo que había descubierto, Mio se vio obligada a admitir que no le importaba salir un rato del piso de su madre. Pero había algo más que la impulsaba a hacerlo: una especie de atracción inexplicable, como si alguien la estuviera llamando. Fuera lo que fuese, la estaba invitando a ir hacia allí enseguida.

Mio miró a su alrededor. La limpieza podía esperar; se había desplazado con todo lo necesario para quedarse en la ciudad varias noches. Convenciéndose de que tenía tiempo de sobra, cerró las ventanas y se preparó para irse, sin olvidar guardar en el bolso el ejemplar de *El Principito.*

En la única calle que conducía hasta el río había un pequeño supermercado. Mientras se imaginaba a su madre haciendo aquel mismo recorrido, Mio pensó: «Quizá el año pasado, por estas fechas, mamá también se paró aquí a comprar algo para comer a la orilla del río».

El terraplén en pendiente estaba salpicado de pedazos de verde que brotaban entre la tierra marrón y la hierba seca, y las flores amarillas de la colza y el diente de león asomaban la cabeza aquí y allá. Un carril asfaltado para bicicletas ascendía en diagonal por la ladera. Siguiéndolo con la mirada, solo se podían ver las copas de

los cerezos que sobresalían por encima del perfil del terraplén. Parecía casi como si las flores flotaran perezosas en el cielo, y Mio se descubrió sonriendo ante aquel paisaje. Cuando observó de nuevo la ladera, se dio cuenta de que era muy empinada. Bajó la vista hacia sus *mules* planos, que había elegido expresamente para la limpieza, consciente de que se pasaría el día entrando y saliendo del piso. «Por suerte no llevo tacones», pensó, y echó a andar.

En parte debido al calor, cuando Mio llegó arriba sudaba un poco, pero no tardó en olvidar este inconveniente mientras contemplaba maravillada lo que tenía delante. La vista era incluso más bella de lo que había imaginado. Pétalos teñidos de una tonalidad rosa, casi blanca, inundaban la escena y flotaban en el aire como confeti sobre el azul intenso de un cielo sin nubes. Los pétalos caían tan despacio que era como si todo a su alrededor se moviera a cámara lenta. Por un instante Mio se preguntó si el tiempo fluiría de un modo distinto allí, pero enseguida comprendió que era una idea absurda.

El camino que recorría la orilla del río era más ancho de lo esperado. A pesar de que los cerezos estaban en su máximo esplendor, no había mucha gente. Un señor mayor con sombrero paseaba despacio de la mano de su esposa. Una mujer sujetaba a sus dos perros con una correa corta y dejó un espacio generoso para la anciana pareja cuando se cruzó con ellos.

Cuando llevaba recorrida cerca de la mitad del sendero arbolado, Mio encontró un banco y tomó asiento. Abrió la bolsa con la compra del supermercado y extrajo de su interior un *onigiri* relleno de salmón y una lata de café. Retiró el plástico del *onigiri* y se lo llevó a la boca. Durante el momento que le llevó tragar ese pequeño bocado, un pétalo flotó en el aire y aterrizó sobre el *onigiri* que tenía a medias. Siguió comiendo mientras contemplaba en silencio el paisaje.

Cuando terminó, Mio no tenía ganas de regresar al piso y continuar limpiando. Guardó en la bolsa de plástico la lata de café vacía y el resto de la basura, entrecerró los ojos y miró el cielo. A pesar de estar de cara al sol, la luz no resultaba cegadora. El suave resplandor primaveral le acariciaba con calidez la piel mientras las

flores, con sus pétalos teñidos con un brillo delicado, flotaban con placidez en el aire. La vista era indescriptiblemente asombrosa.

Cogió el bolso y buscó su teléfono. No tenía mensajes ni llamadas. Lo guardó de nuevo, y entonces vislumbró el ejemplar de *El Principito.* Había olvidado por completo que al final lo había llevado consigo. Apoyó en el regazo el libro de su madre y lo abrió. ¿Cuántos años habrían transcurrido desde la última vez que lo leyó? Estaba segura de que había vuelto a hacerlo de adulta; tenía un ejemplar en algún rincón de su estudio que probablemente debía de estar enterrado bajo una de sus desordenadas montañas de libros.

En cuanto empezó a hojear el volumen, la historia que había olvidado comenzó a regresar a ella. Era, básicamente, el relato de las aventuras de un joven príncipe contadas a través del narrador, un piloto —el *alter ego* del autor— que se queda perdido en medio de la nada cuando su avión sufre un accidente. Los habitantes de diversos planetas que el príncipe encuentra a lo largo de la primera mitad del libro no tienen nada que ver con los personajes típicos de los cuentos de hadas; son caricaturas de adultos estrechos de miras. A pesar de ello, el relato no resultaba satírico en exceso, gracias quizá a las ilustraciones creadas por el mismo Antoine de Saint-Exupéry. La sinergia entre el dibujo y la escritura hacía que la narrativa de los dos personajes principales fuera auténticamente única. Y la belleza de la historia se intensificaba a medida que avanzaba hacia su desenlace.

Mio pasó las páginas con cariño, disfrutando del tacto del papel bajo las yemas de los dedos, y buscó su parte favorita del libro: las palabras del príncipe cuando se despide de su amigo.

«Mi estrella será para ti una de ellas, cualquiera. Te gustará entonces mirarlas todas. Y todas serán tus amigas…».

Sin darse cuenta siquiera, en el interior de su cabeza había empezado a resonar una voz. Al principio pensó que era el recuerdo de la voz de su madre leyéndole, pero no, no era esa. «Mamá hablaba en un tono un poco más grave, ¿no es así?», se dijo. Comprender que ya no era capaz de recordar con claridad la voz de su madre le encogió dolorosamente el corazón. «Supongo que los

recuerdos de mamá se irán desvaneciendo con el paso del tiempo». Y al pensar eso sintió una nueva punzada de dolor.

Mio permaneció sentada con la mirada perdida en el cielo. «¿Cómo se supone que debo aceptar que nunca más voy a hablar contigo? Como mínimo, podrías haberme avisado». Sabía perfectamente que estaba siendo irracional, pero no podía evitar hacer estas reflexiones. El arrepentimiento se apoderó de ella cuando comprendió que no había valorado lo suficiente la figura de su madre. Recordó la sensación de la urna en su regazo aquel día. El calor que le había hecho percibir a su madre. Poco a poco, esa calidez se había ido desvaneciendo para no regresar jamás.

Mio cerró los ojos sin darse cuenta y exhaló un profundo suspiro. «Ojalá pudiera oír su voz leyéndome de nuevo este libro. No puedo ni imaginar cómo debía de sentirse criándonos sola, y encima con la carga de una deuda injusta. ¿Cómo se las arregló para mantenerse tan fuerte después de perder a su marido de esa manera?». Mio anhelaba saber, aunque fuera un mínimo. Había tantísimas cosas que quería preguntarle a su madre…

«Y no es solo eso. Ojalá pudiera hablarte de mí. La verdad es que todavía tengo muchas dudas y miedos. No sé cuánto tiempo durará mi trabajo o mi serie de manga. Intento evitar las redes sociales, pero por la gente a mi alrededor intuyo que ha habido una reacción muy negativa en mi contra por culpa de todo este escándalo del supuesto plagio. Sinceramente, estoy aterrada. A diferencia de Yoshihiro, yo no tengo una familia, y eso a veces hace que me sienta sola y preocupada por el futuro. Me gustaría poder hablar contigo sobre todo esto. Hay muchas cosas que querría decirte…».

Fue en ese momento. Le pareció oír que alguien la llamaba y abrió los ojos. Pero cuando miró a su alrededor, vio que el camino estaba desierto. Sentada a la sombra de los cerezos, era como si Mio se hubiese quedado sola por completo. Incluso la luz era distinta, quizá porque estaba a punto de atardecer. A pesar de que el cielo seguía azul, el sol había cambiado ligeramente.

Sin soltar *El Principito,* Mio se levantó del banco. Estaba casi segura de que acababa de oír el maullido de un gato. Tal vez fuera por eso por lo que había imaginado que alguien la llamaba.

Pensando que se podía tratar de un cachorro que buscaba a su madre, se volvió en dirección al sonido. En el extremo opuesto de su campo visual, distinguió la forma de un impresionante y solitario cerezo llorón que se alzaba a gran altura. Era bastante distinto del resto de cerezos *somei-yoshino* que tenía a su alrededor. Pero lo más sorprendente de todo era que estaba segura de que hacía un momento aquel árbol no estaba allí.

Por alguna razón, Mio echó a andar hacia el cerezo, como si sus pies tuvieran vida propia y la transportaran por sí solos.

Era un árbol misterioso. A pesar de que tenía las ramas de un cerezo llorón normal y corriente, sus colores eran extraordinariamente excepcionales. En la copa, las flores eran blancas y se fundían casi a la perfección con la niebla que la rodeaba. Pero cuanto más cerca estaban de las puntas de las ramas, que colgaban hasta el suelo, las flores intensificaban su color hasta adquirir una tonalidad rojiza. De vez en cuando, una ráfaga de viento dispersaba los pétalos, creando un sombreado sobrenatural en rojo, blanco y rosa. A pesar de que Mio había visto ciruelos con flores de diversas tonalidades, nunca se había topado con un cerezo como aquel.

Se oyó otro miau, esta vez algo más prolongado que el anterior. Era un gato, sin duda. El maullido venía de detrás del cerezo llorón. Mio se acercó y, de repente, vislumbró la silueta de una construcción. Era como si hubiera aparecido de la nada, como si estuviera inmersa en una película que corta abruptamente un plano para pasar a otro. Mio no iba a llegar al extremo de decir que lo reconocía, pero algo tenía aquel edificio bajo de madera que evocaba nostalgia. A lo lejos se oía una tenue melodía de música clásica.

Delante de la puerta había un letrero con la palabra «Sakura». Era una de esas pizarras plegables que las cafeterías suelen utilizar para anunciar sus especialidades del día o incluso para escribir alguna frase inspiradora del gerente. Pero en este caso el cartel era de lo más sencillo: escrito en blanco y rojo, parecía que su único objetivo era llamar la atención.

Incluso antes de tener la oportunidad de pensar qué tipo de tienda sería, Mio sintió una fuerte necesidad de abrir la puerta y descubrió su mano prácticamente posada en el pomo. Era casi como si no tuviera poder de decisión al respecto.

Pensándolo bien, parecía imposible que en el terraplén junto al río existiera una tienda como aquella. Y entonces, en el instante en que tocó el pomo, este giró en silencio y de forma automática, como si la hubiera estado esperando. La música se filtró por la puerta abierta. Y cuando la oyó con claridad, Mio reconoció la melodía. Si la memoria no le fallaba, se trataba de una pieza llamada *Bolero.* Del interior del establecimiento emanaba una sensación de solemne calma.

Oyó una voz femenina que leía en alto al ritmo de la música. No, no estaba simplemente leyendo en alto; se trataba de algo distinto, aunque Mio no consiguió identificarlo de entrada. Tampoco es que estuviera cantando; era más bien como si estuviera rezando. Cuando Mio asomó la cabeza, todo lo que llenaba el espacio —los sonidos, la atmósfera y el aroma a café— la impactó de golpe.

—«Habitaré en una de esas estrellas. Y ahí estaré riendo».

Delante de la puerta había una chica que debía de rondar los veinte años. Lucía una pulcra media melena cortada a la altura de los hombros. Llevaba una blusa blanca y un vestido tipo delantal de color granate y, por su porte, Mio adivinó que se trataba de la atenta dependienta de la tienda. Sorprendentemente, la chica estaba leyendo *El Principito.*

—«Y por la noche, cuando las mires, será para ti como si todas las estrellas rieran…».

Con eso, cerró el libro y se volvió hacia Mio.

—Bienvenida —dijo—. La estábamos esperando, señorita Mio Kisanuki.

Mio frunció el ceño, sorprendida. «¿Cómo sabe mi nombre?», pensó. Entonces, la chica la dirigió hacia una mesa con un cartel de «Reservado». Desconcertada, Mio examinó de nuevo el espacio. ¿Sería aquello una librería con una cafetería aneja? ¿O una cafetería con una gran colección de libros? Tenía que ser una cosa o la otra. La atmósfera era la de una cafetería tradicional, pero había

volúmenes por dondequiera que mirara. Las paredes estaban cubiertas con estanterías, y encima de las mesas más grandes había baldas pequeñas con ediciones de bolsillo y mangas. Había ejemplares incluso sobre el mostrador, encajados entre sujetalibros. En resumen, el lugar estaba lleno a rebosar de libros.

Mio reparó entonces en que también ella tenía uno en la mano, el ejemplar de *El Principito* de su madre. Pero ¿dónde estaba su bolso? Debía de haberlo dejado en el banco. Oh, no, con el teléfono dentro, y la cartera…

—No se preocupe, nada se irá a ninguna parte —dijo la joven, indicándole educadamente que tomara asiento.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, Mio se sentó en la silla. Había tanto que asimilar que no tenía espacio suficiente en su cabeza para preguntarse cómo era posible que le hubiera leído los pensamientos. Con su libro bajo el brazo, la chica colocó un posavasos y una servilleta delante de Mio. Sin dudar un instante, siguió hablando.

—Yo también adoro *El Principito.* Es un libro maravilloso, ¿verdad? Se trata de una de las obras de ficción más leídas de la historia… Diría que ocupa el quinto lugar a nivel mundial, lo cual es increíble, por supuesto, ya que ha transcurrido menos de un siglo desde que fue publicado por primera vez. Según los registros, se ha traducido a varios centenares de idiomas.

»Seguramente es uno de los títulos infantiles más conocidos de todos los tiempos —continuó explicando en un tono animado—. Claro está que es discutible si es un libro para niños o para adultos. No es tan sencillo como un libro ilustrado. Pero en lo que la mayoría se muestra de acuerdo es en que los espléndidos dibujos del autor lo convierten en una obra inolvidable. Al parecer, para crear las ilustraciones, Saint-Exupéry pidió a sus amigos que posaran para él, e incluso a veces los obligó a tumbarse en el suelo. Y fue asimismo muy meticuloso en cuanto a la disposición de sus ilustraciones en el conjunto de la obra.

La chica mostraba una sonrisa de oreja a oreja. Mio, por su parte, seguía teniendo dificultades para ordenar sus pensamientos.

—Pero… ¿dónde estoy exactamente? —preguntó—. ¿Cómo es que sabes mi nombre?

—Está usted en mi tienda. Es una librería, aunque bastante peculiar. Solo recomendamos un libro por cliente. Lo que ofrecemos en realidad es una taza de café y una experiencia muy especial. Oh, y su nombre me lo ha facilitado mi compañera.

Y como si supiera que era su momento de salir a escena, un gato se encaramó de un salto a la mesa de Mio. Debía de haber estado a los pies de la chica durante todo aquel rato. El animal se desplazó con agilidad entre el posavasos y la servilleta, se detuvo delante de Mio y se sentó con la espalda erguida y las patas delanteras perfectamente alineadas. Era un gato tricolor, pero tenía el pelo mucho más largo que los típicos gatos japoneses. El pelaje blanco como la nieve del pecho le daba un aspecto elegante. Debía de ser el gato que Mio había oído maullar antes. Pero, para su decepción, ahora no emitió ningún maullido de bienvenida, de modo que era imposible estar segura de ello.

—Se llama Kobako. En realidad, se supone que tendría que ser «Kōbako», alargando la sílaba «kō». Ya sabe, como la palabra que significa «incensario». Pero la llamo Kobako porque es más fácil.

Mientras la chica ofrecía esta explicación, Kobako se agachó y dobló las patas, escondiéndolas bajo su cuerpo. Probablemente la gata no tenía intención de hacer eso, pero fue casi como si se estuviera presentando. Haciendo honor a su nombre, se acomodó en la posición llamada *kobako-zuwari,* la postura de la hogaza. Y entonces, con un único suspiro, la gata tricolor cerró tranquilamente los ojos.

—Nos conocemos desde hace bastante, así que últimamente he adquirido la costumbre de quitarle el «ko» del final. Parece, pues, que esa teoría que defiende que los nombres de los gatos se acortan con el paso del tiempo es cierta. Y me da la impresión de que a ella le da igual. ¿Verdad, Koba?

Pero la gata tricolor ni siquiera abrió los ojos. Mio no sabía si aquello era una señal de desaprobación o si simplemente se había quedado dormida.

—Oh, ¿no te gusta? ¿He ido demasiado lejos?

La gata siguió ignorándola y la joven se cruzó de brazos a modo de respuesta. Llegó entonces su turno de suspirar.

—Supongo que los gatos nunca dejarán de ser gatos —le dijo la chica a Mio—. En fin, para volver a lo que estaba diciendo, el hecho de que usted esté ahora aquí no es algo que suceda todo el tiempo, pero tampoco es algo por completo fuera de lo común. No sé si esto tiene algún sentido para usted, pero este lugar es una especie de santuario temporal, y los que necesitan un pequeño milagro están invitados.

La gata abrió mínimamente un ojo y lo volvió a cerrar.

—Además, este lugar no está conectado de forma directa con su mundo. Supongo que la mejor manera de describirlo es diciendo que está firmemente unido al otro lado.

La chica se llevó una mano cerrada a la boca y fingió un carraspeo. Sus movimientos le recordaron a Mio una escena que había dibujado una vez en un manga.

La joven levantó el dedo índice y continuó.

—Ahora bien, para que ambos mundos se conecten son necesarias varias condiciones. En primer lugar, tiene que ser la temporada de los cerezos en flor. Y ello se debe a que el árbol del jardín delantero desempeña un papel vital en la apertura del pasaje. Aunque, si quiere que le diga la verdad, no sé muy bien cómo funciona. Lo que sí sé es que siempre ha habido cosas que, de un modo secreto, han adoptado ese papel, como el fondo de un armario, el cajón de un escritorio o incluso la cabeza disecada de un reno. El cerezo es simplemente una más de esas cosas.

A continuación, la chica levantó dos dedos.

—La segunda condición es que yo tengo que estar leyéndole a Kobako un fragmento determinado de un libro y usted debe estar leyendo también ese pasaje justo en el mismo instante que yo. Es entonces cuando la puerta se abre y conecta con su mundo. Pero, y aquí le revelo otro secreto, el hecho de que yo estuviera leyendo justo ese fragmento no ha sido pura coincidencia. Kobako me ha dicho que lo hiciera. Al fin y al cabo, en este mundo no existe el tiempo, al menos en sentido estricto, sino que ajustamos nuestro tiempo para que encaje con el de su mundo.

«Miau». Kobako emitió por fin un maullido, como queriendo indicar que estaba de acuerdo. Mio no estaba segura de si era el

mismo maullido que había oído cuando estaba sentada en el banco, pero le sonó similar. Alternó la mirada entre la chica y la gata, pero, evidentemente, la respuesta no estaba allí. La cara de la joven había recuperado la sonrisa y la gata, que tenía ahora los ojos muy abiertos, lucía una expresión de suprema confianza que le recordó a Mio aquella famosa frase de «Por encima de los cielos y por debajo de los cielos, soy el único que soy digno».

La chica carraspeó de nuevo y siguió hablando.

—*El Principito,* concebido de entrada como un cuento de Navidad, fue publicado por vez primera durante la Segunda Guerra Mundial, en abril de 1943. Y dado que Saint-Exupéry vivía en Estados Unidos en aquel tiempo, las ediciones inglesa y francesa se publicaron allí de manera casi simultánea. Poco después de su publicación, P. L. Travers, la autora de *Mary Poppins,* escribió una crítica muy elogiosa del libro. Dijo de él que «sin duda, posee los tres elementos esenciales de todo libro infantil». Dichos elementos, según Travers, se resumían en que «es auténtico en el sentido más profundo de la palabra, no ofrece explicaciones y encierra una moraleja».

—Lo siento —dijo Mio cortando la explicación. Entendía que no tenía otra opción que interrumpirla—. Todo esto es muy interesante, pero la verdad es que estoy muy liada con una cosa. Además, necesito recuperar mi bolso. Debo irme ya…

La chica y la gata se miraron. Con un ojo cerrado, la gata volvió la cabeza mientras la joven asentía a modo de respuesta. Ante un intercambio tan peculiar como aquel, Mio no pudo evitar preguntarse: «¿Quién es en realidad la dueña?».

—Sí… Me comenta Kobako que siempre se ha dicho que los libros son «una puerta a un mundo desconocido», y que esta expresión captura una verdad fundamental. Dice que, a veces, frases tan repetidas como esta señalan la esencia de las cosas de un modo sorprendente. Lo que está experimentando usted es uno de estos ejemplos. ¿Cómo explicárselo? Puede que no nos demos cuenta, pero los milagros ocurren constantemente, mucho más a menudo de lo que nos imaginamos. Pero el modo en que se producen estos milagros, así como quién los experimenta, se decide al azar. Digo «decide», pero, en realidad, la fuente responsable de todo esto es

bastante impredecible. A decir verdad, se podría afirmar que somos casi como víctimas del carácter caprichoso de esa fuente. Últimamente, sin embargo, he llegado a pensar que considerar esto una suerte o no es algo que depende solo de nosotros. Pero, dejando aparte la cuestión de si el tiempo fluye aquí o no, me ha llevado mucho tiempo ser capaz de adoptar esta forma de pensar.

Pese a esbozar un mohín, la chica mantuvo un tono animado.

—Lo que estoy intentando decir es… que es como ganar la lotería con un décimo que nunca ha comprado. Considérelo de esta manera.

—No creo que se pueda ganar la lotería sin comprar antes un décimo —replicó Mio.

—Pero se puede: por eso es un milagro.

La chica exhaló por la nariz y su expresión se suavizó. Sus labios esbozaron entonces un tipo distinto de sonrisa, tierna y compasiva.

—No he sido yo la que la ha invitado a venir, ¿sabe? —dijo—. Probablemente está aquí por la misma razón que yo. Es posible que esa «razón» sea Kobako, pero eso es algo que ni siquiera yo sé. Bueno, el caso es que Kobako y yo estábamos pensando en hacer realidad el deseo que ha tenido mientras estaba leyendo este libro.

—¿Qué deseo?

—Ha dicho que le gustaría oír la voz de su madre, ¿no? Que había cosas que quería preguntarle. Cosas que quería hablar con ella.

Mio había pensado todo eso, pero en ningún momento lo había expresado en voz alta.

—En el fondo, tampoco importa que lo haya expresado en voz alta o no. Al fin y al cabo, las palabras están ahí antes incluso de ser pronunciadas. Que aún no hayan tomado forma no significa que no estén ahí.

—¿Qué sois exactamente vosotras dos?

—Somos… Bueno, supongo que yo soy la propietaria de una librería algo peculiar, y entiendo que podría decirse que Kobako es mi gata. Pero somos inseparables y, por tanto, se podría decir que es casi como si fuéramos una sola persona. De hecho, podría usted combinarnos a Kobako, a mí y a la tienda. Pensar en nosotras como…, bueno, como «nosotras».

La chica extendió un brazo y acarició la cabeza de la gata tricolor. Cuando esta levantó la barbilla, Mio vio de refilón el nombre escrito en la chapa de identificación de su collar. Kobako ronroneó y cerró los ojos con satisfacción. La joven esbozó una sonrisa luminosa. Era como si nada pudiera hacerla más feliz. Y entonces dijo:

—Lo que está a punto de suceder le dará la fuerza que necesita para seguir adelante. Por eso la ha invitado Kobako.

Después de decir esto, la chica se volvió y miró a la gata. Esta maulló de nuevo, como queriendo indicar que estaba lista. Por un instante, la atmósfera de la tienda se volvió tensa. Y Mio se encontró de repente en lo que parecía una casa mientras la imagen de la chica y la gata empezaba a deformarse.

—Oh, quizá se sienta un poco mareada, pero no se preocupe. Todo irá bien.

Aunque sonaba entrecortada y distorsionada, Mio sabía que la voz que estaba oyendo era la de la chica. «¿Qué quieres decir con "un poco"? ¡Esto es mucho más que un poco!», objetó en silencio la cabeza mareada de Mio. Deseaba protestar, pero había perdido por completo el control de su voz y de sus extremidades. Era como si la hubieran desconectado de su cuerpo.

Al instante siguiente, Mio se encontró delante de las páginas de *El Principito.* De entrada pensó que había vuelto al banco, pero entonces oyó una voz —que no era la suya ni tampoco la de la chica — que leía un fragmento del libro, y entendió que no estaba en el banco.

—«Y he aquí mi secreto, que no puede ser más simple: solo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible para los ojos».

La voz de su madre. Estaba segura. Mio vio un dedito siguiendo con diligencia el texto escrito mientras su madre leía en voz alta. Necesitó un momento para comprender que ese dedo era ni más ni menos que el suyo.

—Zorro.

La voz que resonó en los oídos de Mio era su propia voz, su voz de niña. ¿Qué estaba pasando? A pesar de no estar del todo segura, intuyó que se hallaba metida dentro de su yo pasado y que, en consecuencia, estaba reviviendo una experiencia de su infancia. Y

que probablemente era por eso por lo que el texto y la disposición de la página le parecían de mayor tamaño que antes.

Entonces, una mano le alborotó el pelo. Volvió la cabeza y vio que era su madre. Allí estaba, su madre cuando era joven. Un rostro que hacía tiempo que se había borrado de su memoria.

—¿Lo entiendes, Mio? ¡Qué orgullosa estoy de ti! Te gusta el zorro, ¿verdad?

Mio no pudo evitar mirar fijamente los ojos risueños de su madre y descubrir allí su propia imagen reflejada, feliz, como si no le importara nada en el mundo. Su madre le acarició las mejillas con ambas manos y acercó su cara a la de Mio.

—Eres una niña muy lista. ¿Sabías que este es el libro favorito de mamá? Cuando lo leí por primera vez, pensé: «Caray, no sabía que las palabras podían llegar a ser tan bellas». Este libro fue lo que me hizo querer ser profesora de japonés. Parece que fue hace muchísimo tiempo.

Mio rio al sentir el cosquilleo de la mejilla de su madre contra la suya. Y, con idéntica claridad, se sintió inundada por una alegría profunda que le dio a entender, una vez más, que estaba viviendo aquel momento de verdad. La misma voz que había dicho «zorro» siguió pronunciando más palabras. Ya no sabía si era su yo actual o su yo de niña el que hablaba.

—A mí también me gusta este libro. Pero la serpiente no me gusta. La serpiente da miedo.

Sus propias palabras sirvieron para recordarle a Mio lo mucho que adoraba aquel libro de pequeña. Se negaba a ir a ningún sitio sin él. Todas las noches, y en cada ocasión que se le presentaba, le pedía a su madre que se lo leyera. Y ella siempre accedía. A pesar de que no entendía muy bien la historia, le encantaba mirar las ilustraciones. Eso, y escuchar el sonido de la voz de su madre, la hacía la niña más feliz del mundo.

Todo estaba empezando a volver a ella. «Fue por eso por lo que empecé a dibujar —recordó—. Quería crear un mundo como este». Un mundo que no se pareciera a nada, tejido a partir de palabras e imágenes que se entrelazaban con libertad. Con la ayuda de su pluma y su tintero, daba vida a ese mundo sobre papel. Mucho

antes de poder expresarlo con palabras, ya estaba cautivada por el universo que se desplegaba ante ella.

«Kisanuki-sensei, hay determinadas escenas en sus primeros trabajos en las que, inesperadamente, se aleja un paso de la realidad, apenas por un instante fugaz. Me encantan estos momentos. Nada me haría más feliz que poder ayudarla a crear estas obras. Es la razón por la que me presento para este puesto».

Fue Takahashi quien pronunció tan amables palabras durante su entrevista para el puesto de asistente. De eso hacía una eternidad. Sí, lo recordó entonces: fue en *El Principito* donde empezó todo.

Justo cuando aquel pensamiento cruzó su mente, volvió a experimentar aquella sensación de mareo y la visión cambió.

De pronto se encontraba en una escena diferente. Esta vez, una anciana le estaba hablando muy enfadada a su madre. Probablemente sería su abuela. Y, a pesar del aluvión de palabras duras que estaba recibiendo, su madre mantenía la cabeza muy alta y un aire de determinación inquebrantable. A su lado, su padre se limitaba a escuchar con la cabeza gacha.

—¿Qué te hace pensar que puedes salir a trabajar fuera cuando descuidas todas tus responsabilidades en casa? Si Toshiyuki no puede encontrar un trabajo estable es por tu culpa.

Mio, en la habitación contigua, oyó que la voz de su abuela iba subiendo de volumen. Ella intentaba concentrarse en un libro, pero era incapaz de encontrarle sentido ni a una sola palabra de lo que estaba leyendo. Por mucho que los gritos no estuvieran dirigidos a ella, le resultaban insoportables.

—Tu deber como mujer es apoyar a tu marido desde casa. Eres una mala influencia para tu hija. Por tu culpa, se pasa el día entero encerrada en casa leyendo libros. Apenas sale a jugar; se ha convertido en una niña triste. Y no tiene ningún encanto, igual que tú. ¿Acaso no sabes que la mujer solo puede encontrar la felicidad de una manera? Deberías enseñarle a ser más femenina y casarla…

—Pare, por favor —la interrumpió la madre de Mio, que había estado escuchando en silencio hasta aquel momento. Enderezó la espalda y siguió hablando—: Mio encontrará la felicidad por sí sola.

Tiene su propio futuro, su propia vida. Nada de esto es de su incumbencia.

Su abuela se quedó callada un momento, pero no tardó nada en volver a gritar, más enfurecida si cabe. Y mientras el padre de Mio observaba la escena con impotencia, su madre permanecía impasible, con la mirada clavada en su suegra.

Sin salir de la habitación donde estaba, Mio se acercó a la puerta para poder ver desde allí a su madre. Tenía la espalda muy erguida, como siempre.

Después de eso, Mio siguió experimentando su pasado olvidado. De la mano de su madre, se volvió para mirar a su padre y se preguntó por qué no iba tras ellas. Vio que su madre, muy pálida, le plantaba cara a su marido. Y cuando este se sentó y agachó la cabeza, notó que su madre estaba conteniendo las lágrimas.

«Yo estuve allí todo el tiempo, viendo la vida de mamá desplegarse ante mis propios ojos».

Hubo luego una escena en la que Mio se había adormilado mientras su madre le leía, y entonces esta le hablaba en voz baja:

—«Vivir la vida con la cabeza bien alta». Siempre me he mantenido fiel a este lema porque quiero, hijos míos, que os sintáis orgullosos de mí.

Eran las palabras que le habían venido a la cabeza a Mio tras el fallecimiento de su madre. Y ahora sabía que dichas palabras no se habían quedado solo en eso.

—Mio, estoy segura de que pasarás por muchas cosas de ahora en adelante. Y espero de todo corazón que vivas la vida con la cabeza siempre bien alta.

Dicho eso, acarició con cariño el cabello de su hija. «Vivir la vida con la cabeza bien alta». Repitió las palabras en silencio, dejando que le calaran.

En la siguiente escena, Mio iba vestida con su uniforme de secundaria. Estaba profundamente dormida en el salón de la casa, apoyada contra la pared con la cabeza de su hermano en el regazo. Parecía que se había quedado dormida mientras intentaba acostar a Yoshihiro. El ejemplar de *El Principito* estaba abierto bocabajo a su lado. «Al menos podría haberme cambiado de ropa —pensó—. ¿Tan

cansada estaba que se me pasó hacerlo?». Pero justo cuando Mio empezaba a avergonzarse de haber sido tan perezosa, comprendió la escena que estaba reviviendo. Era el día del funeral de su padre. De hecho, su madre vestía de luto cuando salió de la cocina.

Mio abrió los ojos y se incorporó despacio, procurando no despertar a su hermano. Y mientras lo hacía, buscó mentalmente las palabras adecuadas para dirigirse a su madre. Sin embargo esta, aparentemente ajena a su movimiento, fue a recoger la taza y el cenicero que habían quedado en la mesa, al lado de su hija. Le temblaban tanto las manos que solo con mirarla Mio se preocupó. Era evidente que su madre intentaba disimular su temblor.

Mio cogió con cuidado un cojín del suelo y apoyó en él la cabeza de su hermano. Su temblorosa madre se puso por fin en pie y volvió a la cocina con pasos vacilantes. Al rememorar aquel día, Mio recordó que justo después del funeral había llegado a casa un grupo de personas de aspecto intimidante. Y que habían hablado acaloradamente con su madre. Pero no sabía si era su yo actual o su yo adolescente el que estaba recordando aquello.

Preocupada, Mio se levantó sin hacer ruido para ir a ver cómo estaba su madre, pero justo en aquel momento se oyó en la cocina un sonido fuerte y agudo. Mio corrió hacia allí y encontró a su madre agachada delante de un dispensador de salsa de soja descascarillado.

—Mamá, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño?

Mio cogió un trapo y limpió apresuradamente la salsa de soja que se había derramado en el suelo de madera. El tejido del trapo viejo cambió de color al empaparse de líquido.

Su madre se había quedado paralizada.

—Lo siento —murmuró antes de perder la mirada en la nada—. No puedo más —añadió—. ¿Cómo ha podido abandonarme así? Es imposible que pueda seguir adelante sola. Hija, tal vez los tres deberíamos ir con tu padre…

Mientras escuchaba la voz apenas audible de su madre, Mio sintió que toda la sangre le subía a la cabeza.

«No. Esta no es la madre que yo conozco».

«La madre que yo conozco no habría…».

Las palabras se agolpaban en su cabeza. Sin darse cuenta siquiera, Mio se había incorporado. Su hermano seguía dormido en el salón. Después de dejar el dispensador de salsa de soja en la mesa, Mio bajó la vista hacia su madre, que continuaba agachada en el suelo. No tenía ni idea de si la persona que actuaba era su yo presente o su yo pasado, pero, fuera quien fuese, empezó a hablar con voz ahogada.

—¡No seas tonta! Esta no eres tú, mamá. Tú eras tacaña, extremadamente estricta, me obligabas a hacer todas las tareas de la casa, nunca me prestaste atención. No me demostrabas ningún cariño, y siempre estabas pensando en los hijos de los demás. Pero siempre fuiste fuerte. Jamás mostraste ninguna debilidad. Fuiste tú quien dijiste que querías ir por la vida siempre con la cabeza bien alta. ¡Si eso es tan importante para ti, deja de actuar así y empieza a comportarte como la madre que yo conozco!

—¿Qué? ¿Mio? —dijo débilmente su madre, levantando la vista hacia ella—. ¿De verdad eres tú?

Y en aquel momento, algo dentro de Mio se liberó.

—Yo… yo… quiero…

Sin ser apenas consciente de ello, los ojos de Mio se llenaron de lágrimas. Rompió a llorar y sus sollozos agudos sonaron como el berrinche de una niña. Atónita, su madre rectificó un poco su postura. Y cuando Mio se dio cuenta, ya estaba aferrada al cuerpo delicado de su madre como si su vida dependiera de ello. El llanto continuó, cada vez más intenso. ¿Aquello había sucedido de verdad? Tal vez sí. En algún rincón de su cabeza, la Mio actual se lo cuestionó.

Su madre le dio unas palmaditas en la espalda. El llanto debía de haber despertado a su hermano, que entró de pronto en la cocina restregándose los ojos con ambas manos y llorando tan fuerte como Mio. Yoshihiro fue directo hacia su madre y se colgó también de ella. La madre los abrazó a los dos y los atrajo contra su cuerpo. Y entonces su expresión se volvió tensa.

—Tienes razón —dijo—. Debo salir adelante, ¿verdad? Tengo dos hijos que proteger.

La voz de su madre era distinta a la de antes. Clara y decidida, era la voz que Mio siempre había conocido.

—No nos vencerán —dijo abrazando con fuerza a sus hijos.

Mio sintió como si los sentimientos de su madre fluyeran hacia su cuerpo. Estaba segura de que en aquel momento había conectado con ella.

—Seguiré luchando para que los dos podáis vivir la vida con la cabeza bien alta.

Mio repitió las palabras de su madre. Y, al hacerlo, recordó lo que la chica de la librería le había dicho, que las palabras están ahí antes incluso de ser pronunciadas. «Tal vez se refiriera a esto —pensó—. Durante todo ese tiempo recibí mucho amor».

Justo cuando aquel pensamiento asaltó su mente, Mio oyó por algún lado el maullido de un gato. Como si de una señal se tratase, la sensación del abrazo de su madre se desvaneció de súbito, aunque su calor siguió presente, acomodándose sobre su espalda y sus hombros.

—¿Qué le ha parecido? Si tuviéramos que poner título a su pequeña aventura, creo que sería algo así como… *¿Un sueño fugaz a la hora del crepúsculo?* No está mal, ¿verdad? Algún día podría dibujar un manga con ese título, Kisanuki-sensei. Me encantaría verlo en mis estanterías.

La chica del vestido tipo delantal granate y la gata tricolor acababan de reaparecer. La joven ladeó la cabeza con aire travieso y sonrió igual que cuando la había conocido.

«Supongo que no hay nada que esta chica no sepa», se dijo Mio. O quizá fuera la gata la que lo sabía todo. No obstante, pensar en eso no tenía sentido, ya que nunca conocería la respuesta.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de que regrese al lugar de donde ha venido. Las mañanas y las noches siguen siendo frías. Cuídese, por favor, y procure no pillar un resfriado. Oh, y, por supuesto, no acepto ningún tipo de pago. Lo que sí le pido es que se acuerde de nosotras y de este establecimiento. Con eso bastará. La librería se llama Sakura.

Después de pronunciar estas palabras, la chica hizo una reverencia. Al mismo tiempo, la gata tricolor, que había permanecido

sobre la mesa en la posición de la hogaza, emitió un único maullido.

Mio se despertó de golpe y se encontró sentada en el banco, a la sombra de los cerezos. No junto a aquel enigmático cerezo llorón con sus excepcionales colores, sino al lado de los típicos *somei-yoshino* en plena floración. Estaba en el banco de antes, en la orilla del río. El bolso seguía en su regazo y el ejemplar de *El Principito* asomaba del interior. La bolsa de plástico con la lata de café vacía y el envoltorio del *onigiri* estaba a su lado, exactamente en el mismo lugar donde la había dejado.

«¿He estado soñando?», se dijo.

Pero lo recordaba todo con tal intensidad que le costaba creer que no hubiese sido real. Atraída por un extraño cerezo, había encontrado una librería misteriosa. Después había oído el maullido de un gato y había descubierto la puerta de entrada. Había accedido a un establecimiento dominado por el aroma a café y una melodía tranquila. Una chica le había contado la historia de Saint-Exupéry. Y luego había tenido una experiencia excepcional durante la cual había revivido escenas de su pasado con su madre.

El teléfono vibró dentro del bolso. Era un mensaje de Takahashi, su asistente:

> Espero que esté bien. Si puedo hacer algo por ayudarla, no dude en pedírmelo. Todos la echamos de menos y estamos deseando empezar el siguiente capítulo. Además, el equipo de la editorial se ha puesto en contacto de nuevo con nosotros para ofrecerle sus condolencias. Nuestra anterior editora, Tachibana, también nos llamó por lo mismo. Me pidió que le transmitiera el mensaje de que no debe preocuparse por nada.

—Gracias —murmuró Mio. Y envió esa misma palabra como respuesta.

«Eso es. Debo mantener la cabeza bien alta», se recordó.

Quizá todo hubiera sido un sueño. Y si lo había sido, daba igual. Porque si Mio cerraba ahora los ojos, aún podía oír la voz de su madre y sentir la calidez de su contacto en la espalda. Con eso tenía más que suficiente.

Sin que ella se diera cuenta, había empezado a anochecer. Detrás de los cerezos, el cielo se adornó con estrellas relucientes que

salpicaron el horizonte. ¿Podría estar su madre viviendo en una de esas estrellas? De ser así, se estaría riendo. Mio esperaba con ansia que así fuera.

«Espero de todo corazón que vivas una vida con la cabeza bien alta».

Era como si su madre le estuviera diciendo de nuevo esa frase, aunque en esta ocasión su voz llegaba desde las estrellas.

«Se ha ido de verdad, ¿no es así?», pensó.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos, pero Mio no se las enjugó. No quería hacerlo. Por un momento permaneció inmóvil, con los hombros temblando en silencio bajo la cascada de pétalos de color rosa claro. Las lágrimas habían llegado, por fin.

Interludio
El cliente siguiente



La cafetera estaba en el fuego y las nubes de vapor que despedía se mecían al compás ternario de tres por cuatro.

Guiada por el ritmo de la música, la chica giraba sobre sí misma con el ejemplar de *El Principito* en las manos. Se volvió hacia la gata, que estaba sentada sobre la mesa.

—¿Sabes qué, Kobako?

Sin dejar de dar vueltas, se acercó a una de las estanterías y empezó a hablar mientras se disponía a devolver el libro a su lugar original, tratándolo con sumo cuidado, decidida a conservar sus esquinas intactas.

—Cada vez que leo este libro me pregunto si yo te he domado a ti o eres tú la que me ha domado a mí.

La gata, sentada en la posición de la hogaza, no se tomó la molestia de responder, ni siquiera de ofrecerle un bostezo.

—Tampoco es que importe.

Después de colocar el volumen en su sitio, la joven dirigió el dedo índice hacia los lomos de los libros, procurando, una vez más, no tocarlos. Y justo cuando iba a recorrerlos con el dedo, la gata se quejó. Esta vez fue un prolongado maullido de protesta.

—¿Qué pasa?

La chica se llevó una mano a la cadera y se giró. Se aproximó a la mesa y se inclinó para acercar su rostro a la gata. Esta levantó el hocico a modo de respuesta.

—¿Qué? ¿Quieres que mueva antes la mesa?

La gata emitió un breve maullido de aprobación, como queriendo decir: «Exactamente».

—¿Me estás diciendo que hay que hacer espacio en la parte central de la tienda? Eso requerirá un poco de esfuerzo, ¿sabes?

Con un leve suspiro, la chica se puso a trabajar en la tarea que la gata le había asignado. Y mientras apartaba las sillas y movía las mesas, las ramas de cerezo en flor que decoraban la tienda se agitaron en sus jarrones.

Poco después había conseguido crear un espacio vacío del tamaño de un escenario pequeño delante de la cocina. Sobre el suelo se esparcían los pétalos de flor de cerezo.

—Ser tú debe de ser estupendo —refunfuñó la chica mientras se secaba el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Lo único que haces es dar instrucciones.

La gata había vuelto a pegar la cabeza contra el cuerpo y formaba una hogaza perfecta. Tenía los ojos cerrados.

—Supongo que la domada soy yo.

La chica hizo ese comentario, que no era una queja ni una burla, y retomó su ritual de selección de libro.

Su dedo se dirigió a la estantería donde descansaba el ejemplar de *El Principito.* Deslizó el índice de arriba abajo, pasó de una balda a la siguiente. De vez en cuando, un libro le llamaba la atención, hacía una breve pausa y lanzaba una mirada esperanzada a su compañera. Pero complacer a Kobako, la gata tricolor, no era una empresa sencilla.

El ritual se desplazó hacia los volúmenes de gran formato colocados entre sujetalibros sobre la mesa para cuatro personas. Y entonces, justo cuando el dedo de la chica iba a pasar de largo por encima de uno de los lomos, la gata emitió un potente maullido. Aunque se trataba de un libro de tamaño grande, no era especialmente grueso.

Cuando la chica se volvió, advirtió que la gata se había sentado y que sus ojos brillantes estaban muy abiertos. La joven esbozó una sonrisa de satisfacción.

—De acuerdo. ¿Esta será nuestra siguiente lectura? A mí también me gusta.

Retiró el libro de su sitio, lo sujetó con ambas manos y se lo acercó a la cara. En la tapa se podía leer: *Diez noches de sueños.* Y llevaba una indicación: «Letra grande». Sostuvo el volumen con una sola mano y emitió su habitual carraspeo antes de abrirlo con reverencia.

—«El sol saldrá y el sol se pondrá. Volverá a salir y volverá a ponerse. Un sol rojo sale del este y se desplaza al oeste, nuevamente sale de oriente y cae al poniente. ¿Tendrás paciencia para esperarme?».

Las ramas de cerezo en flor que decoraban la tienda empezaron a agitarse con delicadeza al oír la voz de la chica. De vez en cuando algunos pétalos se desprendían de las ramas, uno a uno, y trazaban espirales en el aire para descender lentamente hasta el suelo. De pronto, una sombra parpadeante llenó el asiento del fondo de la estancia. Fue casi como si la sombra estuviera indecisa y no quisiera mostrarse del todo. Sin embargo, parecía disfrutar de la lectura, puesto que expandía y contraía su cuerpo al ritmo de la voz de la joven.

La gata tricolor mantenía los ojos cerrados. Y el *Bolero* seguía sonando.

Dos



«Han pasado cien años».

Los árboles descargaron un repentino destello de luz que atravesó el cristal, y la luminosidad fue tal que se vio obligado a entrecerrar los ojos. Decir que estaba deslumbrado sería quedarse corto. El sol lo había pillado completamente desprevenido. La idea de perder la visión, aunque fuese por una décima de segundo, despertó en él una abrumadora oleada de terror. Podría haber pasado por alto cualquier cosa —un mono, un venado, una roca, un árbol caído…—, y esa idea, por sí sola, le provocó un escalofrío. Por instinto, parpadeó con rapidez, apretó los dientes bajo la correa y señaló hacia delante. Aquel procedimiento de seguridad se había convertido en algo natural para él.

Durante su recorrido a través de las montañas, el tren pasaba de vez en cuando bajo un arco de árboles. Cada vez que lo hacía, Shingo presionaba los controles con más fuerza, listo para reaccionar en caso necesario. Su responsabilidad frente a aquel vehículo, que pesaba varias toneladas, era una carga inmensa sobre sus hombros, por no mencionar la vida de los pasajeros que transportaba. Además, sabía que impedirlo sería imposible. Mirar al frente sin titubear era lo único que podía hacer para evitar una posible colisión. Incluso así, Shingo prefería mantener en todo momento el estado de alerta exigido para circular por la ruta que atravesaba la cordillera.

Desde el inicio de la primavera hasta principios del verano, el verde intenso de las hojas jóvenes reinaba sobre el paisaje hasta que se veía finalmente derrotado por el implacable sol del pleno verano. Pronto, los matices amarillos y anaranjados emergerían aquí y allá para rendirse enseguida al carmesí intenso y el dorado deslumbrante. Poco después, el paisaje entero quedaría cubierto por un blanco plateado. Tales eran los cambios inconfundibles que marcaban la transición de las estaciones, algo que Shingo consideraba una de las mayores alegrías de su país.

El tren se aproximaba por fin a una estación situada a los pies de una montaña. Al otro lado de las vías, delante de la estación y sobre un terreno elevado, se alzaba un grupo de *yamazakura* —cerezos salvajes— que, en primavera, adornaban el paisaje con sus bellísimas flores. Hubo incluso un momento, cuando la noticia sobre aquellos asombrosos árboles empezó a correr de boca en boca, en que la estación se convirtió en una concurrida atracción turística.

Bajo el control de Shingo, el tren se deslizó hasta el andén con suavidad. Como era habitual, detuvo impecablemente el vehículo, dejando la manecilla del velocímetro situada en el cero, justo en la posición designada. El tren permanecería en el andén cinco minutos exactos.

Después de confirmar la seguridad del andén, Shingo llevó a cabo otra verificación de los frenos antes de salir de la cabina para estirar un poco los brazos y relajar los hombros. Quizá porque era primera hora de la mañana, un velo de niebla cubría la estación y los cerezos se difuminaban entre el blanco. «Qué lástima», pensó el maquinista antes de dirigir sus pasos hacia el edificio principal y las barreras de los billetes del otro lado de las vías. En aquel instante, una ráfaga de viento disipó por completo la niebla, dejando al descubierto de repente una construcción que Shingo no había visto nunca. Una estructura tradicional japonesa con paredes de madera, muchas ventanas y una veleta con un gallo de bronce que coronaba el tejado triangular de tejas verdes.

«¡Caramba! —se dijo—. ¿De dónde ha salido eso?». Estaba seguro de que en aquella línea de ferrocarril no existía ninguna estación como aquella. De hecho, el edificio no tenía aspecto de estación. Con la cabeza llena de dudas, Shingo distinguió una figura sentada en un banco, al lado de las barreras de los billetes. No tuvo necesidad de forzar la vista para ver que era su esposa, Yuriko.

—¡Yuriko! ¿Qué demonios haces aquí?

Cuando Shingo le habló, sorprendido, su esposa se levantó y abrió la boca para decir algo, pero su voz no llegó hasta él. Justo entonces, la niebla reapareció y se espesó con rapidez. El brazo que había extendido hacia su esposa desapareció de muñeca hacia abajo. Por un momento se quedó confuso y paralizado. Luego, una

intensa sensación de urgencia lo invadió cuando sonó la señal que anunciaba la partida del tren. «¿Qué me decía Yuriko? Tengo que darme prisa, o el tren se retrasará…».

Este era el sueño que Shingo Kikukawa había tenido justo antes de despertar esa mañana. Los recuerdos eran cosas curiosas. A pesar de no ser más que un sueño —un mundo sin forma física—, era la recreación más vívida y fiel posible de la rutina que había repetido infinidad de veces durante más de cuarenta años, incluyendo el más mínimo detalle. La velocidad a la que las vías pasaban por debajo del tren, las vibraciones regulares y los sonidos rítmicos, el orden en que aparecían los árboles, el color de sus hojas, el ángulo en el que estaban colocadas las señales, las curvas de la vía, todo —excepto aquella extraña estación que había visto al final del viaje— era exactamente igual a como Shingo lo había visto y oído durante toda su vida como maquinista.

Sin embargo, cuando despertó no recordaba absolutamente nada; ni siquiera era consciente de que había estado soñando. Es más, no entendía muy bien que hacía tiempo que se había jubilado de su trabajo como maquinista. No había, por tanto, razón alguna para saber por qué se le habían acumulado las lágrimas en los ojos al despertar.

La habitación en la que vivía tenía una gran ventana que daba al oeste. Había atardeceres de verano en los que el calor abrasador del sol de poniente era tan intenso que Shingo no tenía energía siquiera para hablar, pero seguía sintiéndose agradecido por tener una vista tan generosa del exterior. Además, su cuarto estaba orientado a las montañas.

El modo en que la naturaleza cambiaba de atuendo a medida que pasaban las estaciones llenaba su corazón de un aprecio profundo. Le daba la garantía de que el tiempo seguía fluyendo.

Shingo se incorporó, puso los pies en el suelo y se sentó en el borde de la cama. Descansó ambas manos sobre las rodillas y exhaló. Consciente de que su corazón y sus pulmones funcionaban correctamente, expresó su gratitud en silencio. A continuación, abrió y cerró la mano derecha de forma repetida, unas cinco veces. Todo

bien. Acto seguido, intentó hacer lo mismo con la izquierda. Aunque a algunos dedos les faltaba fuerza, estaba mucho mejor que antes.

El hombre intentó levantarse, pero no fue capaz; no a la primera. Como cabía esperar, su pierna izquierda estaba inestable. El bastón, que estaba seguro de haber dejado junto a la almohada, había desaparecido, hasta que se dio cuenta de que había caído y estaba en el suelo. Shingo frunció el ceño, se inclinó hacia delante y extendió una mano hasta conseguir atraerlo hacia él. Le resultaba frustrante que una tarea tan sencilla como aquella le llevara tanto tiempo.

Apoyado en el bastón, Shingo se acercó al lavabo de la habitación y se lavó la cara. Luego se miró en el espejo y, con cuidado, se pasó la maquinilla de afeitar eléctrica. Ya se cepillaría los dientes cuando hubiera desayunado. Y, si no quería que lo regañaran, no debía olvidarse de tomar sus pastillas. «Qué pesadez», se dijo. Ni siquiera sabía para qué servían.

Después de peinarse, se sentó de nuevo en la cama unos segundos para estabilizar un poco la respiración antes de levantarse otra vez para vestirse. Se quitó el pijama y lo dejó sobre la colcha. Por el momento, que se quedara allí. Luego introdujo los brazos por las mangas de la camisa y se anudó la corbata. Todo se había desarrollado sin problemas hasta entonces, pero sabía que ponerse el pantalón sería otro cantar. En primer lugar se sentó, y después, tomándose su tiempo, introdujo una pierna en una pernera y a continuación hizo lo mismo con la otra. Repitió la operación con los calcetines.

El paso final era el uniforme. Descolgó de la percha la chaqueta con botones dorados y se la puso. Luego se encasquetó la gorra. En cuanto hubo acabado, notó que su cuerpo se enderezaba. Para entonces, el hecho de que hubiera necesitado el bastón para levantarse de la cama ya había quedado borrado. Era hora de desayunar, y en la cabeza de Shingo solo había cabida para aquel pensamiento.

El comedor estaba en la planta baja. Shingo tomó el ascensor, y al salir giró a la derecha. Estaba casi seguro de que era el camino correcto, y al percibir el olor a comida se quitó un peso de encima.

Echó un vistazo al mostrador y vio que ya se había formado cola. Vistos desde atrás, todos tenían la cabeza blanca, excepto una persona que se había teñido el pelo de color morado. Nunca llegaría a entender por qué se le ocurriría a alguien hacer una cosa así. La mujer se llamaba… Mmm… ¿Cómo se llamaba? Pero daba igual, ya que ni siquiera sabía con certeza si la conocía o no. Reconocía el color del pelo, pero no recordaba en absoluto su rostro.

Llegó su turno. Todo el mundo comía lo mismo, y los platos de esa mañana eran gachas de arroz, rollito de tortilla, salmón a la plancha, alga *kombu* cocida y hojas de *nozawana* encurtidas.

—Oh, abuelo, otra vez ese traje. ¿No sería ya hora de que lo llevaras a la tintorería?

Una de las cocineras se dirigió a Shingo mientras le servía un cucharón de gachas de arroz. En su placa identificativa figuraba el apellido «Matsumoto». Era alta, y, aunque llevaba el pelo recogido con cuidado bajo el gorrito, se adivinaba que era muy largo. Una sonrisa simpática y radiante iluminaba su rostro y transmitía alegría.

Sin embargo, el estado de ánimo de Shingo empezó a decaer cuando advirtió su conducta. Su energía risueña resultaba irritante y, además, le había llamado «abuelo». ¿Quién se creía ella que era para meter a todos los hombres mayores en el mismo saco? Evidentemente, no se había tomado la molestia de aprenderse los nombres de toda la gente. Mientras seguía observando a la joven que tenía delante, su enfado no hizo más que aumentar.

A veces, sus emociones se volvían tan intensas que Shingo era incapaz de contenerlas. En más de una ocasión se había encontrado montando un berrinche delante de otras personas, aunque luego, pasado un momento, se olvidaba por completo de por qué estaba tan enfadado. Y eso era lo que más le enfurecía. Su memoria iba a peor cada día que pasaba, nunca había mejoría. Es más, sabía que sus recuerdos seguían allí. No: quizá fuera más exacto decir que él quería que siguieran allí. En cualquier caso, por mucho que tirara de ellos, no conseguía hacerlos aflorar a la superficie de su mente. Y ahora se sintió sacudido por una oleada de esa frustración que tan familiar le resultaba.

Como de costumbre, cuando la joven que al parecer se apellidaba Matsumoto le hizo entrega de la bandeja con la comida, Shingo la saludó con una reverencia silenciosa. Luego miró a su alrededor en busca de una mesa. Detrás de él, un trabajador salió en aquel momento del fondo de la cocina.

—¿Estás bien, Mai? —le preguntó a la joven.

—Sí, estoy bien —replicó ella. Y añadió—: Es lo de siempre.

Naturalmente, Shingo no tenía ni idea de que aquella conversación estaba teniendo lugar.

El comedor era un lugar ruidoso, lleno de voces y risas. Él, sin embargo, se sentó solo en una mesa vacía y comenzó a desayunar en silencio. Cuando hubo acabado, unió las manos por encima de los cuencos y platos vacíos y bajó la cabeza para expresar su agradecimiento por los alimentos. Devolvió la bandeja al mostrador, se dirigió al lavamanos que había en una esquina del comedor y se miró al espejo. Se dio el visto bueno. La barba bien recortada y la gorra limpia. Ya se cepillaría los dientes después de comer. «Ah, y no debo olvidarme de tomar las medicinas», se recordó.

Sin embargo, de pronto se sintió confuso. ¿Había desayunado? Podría preguntárselo a alguien, pero ¿a quién? «No», se dijo. Seguro que había otra manera de comprobarlo. Su mirada se posó entonces en el mostrador, y después en un cartel que anunciaba que la hora del desayuno ya había terminado. Perfecto. El desayuno ha acabado. Por lo tanto, he comido. Debo de haber comido.

Justo en aquel momento, la joven de antes salió de detrás del mostrador. Al ver por allí a Shingo, lo saludó con una mano. Quizá debido a su juventud, su sonrisa era cegadoramente luminosa. Él sintió ganas de levantar las comisuras de la boca a modo de respuesta. Era una sonrisa débil y reservada que jamás mostraría frente al espejo, aunque, claro está, no tenía manera de saberlo.

Tras terminar de comer, cerca de la mitad de los residentes tenía la costumbre de quedarse en la planta baja y dirigirse al salón, donde había un televisor con pantalla grande. Si bien apreciaban que el volumen estuviera a un nivel adecuado, lo que más les gustaba era que el texto de la pantalla fuera lo bastante grande como para que resultara fácilmente legible, incluso para sus ojos

ancianos. Solían ver programas de viajes, espacios musicales de éxitos clásicos y programas sobre estrategias para jugar al go o al *shogi.* Cuando había algún torneo de sumo, sintonizaban el televisor en ese canal para que los residentes pudieran ver todos los combates, que se desarrollaban desde el mediodía hasta las seis de la tarde.

Aquel día, sin embargo, el programa que ofrecía la pantalla era un documental extranjero, norteamericano para ser más exactos. Trataba sobre la icónica Autopista 66, o Ruta 66. Al verlo, Shingo buscó un asiento vacío en primera fila y se dirigió hacia allí para instalarse. La Ruta 66 era la primera autopista que se había construido en Estados Unidos y conectaba el Medio Oeste con la Costa Oeste. Era famosa también por estar perfectamente descrita en la novela de Steinbeck *Las uvas de la ira,* que más tarde había sido adaptada al cine. Según el documental, en la época en la que se publicó la novela, una pareja de jirafas africanas fue transportada de una punta a otra del continente y viajó precisamente por esa ruta desde el puerto de Nueva York hasta Los Ángeles. La primera mitad del programa se centraba en distintas historias relacionadas con la carretera, como esa de las jirafas. Pero, a medida que avanzaba, en su segunda mitad el documental pasaba a ilustrar la decadencia de la Ruta 66 y la pérdida de su propósito original hacia 1990, cuando el nuevo Sistema de Autopistas Interestatales quedó finalizado.

«Sucede lo mismo en todos lados», pensó Shingo. Con el desarrollo continuado de autopistas y trenes bala, cada vez se oía más la frase «las líneas ferroviarias regionales no son rentables». Y con la privatización de la red ferroviaria nacional habían empezado a aparecer líneas gestionadas de forma conjunta por los sectores público y privado, lo que se conocía como el «ferrocarril del tercer sector», lo que había provocado el cierre de muchas rutas. Lo más probable era que estos cambios estuvieran estrechamente relacionados con una fuerza inevitable —como las políticas gubernamentales— o con el rumbo que estaban tomando los tiempos, pero Shingo no era capaz de identificar con precisión de qué se trataba.

Después de que la primera locomotora a vapor de Japón empezase a operar entre Shimbashi y Yokohama en 1872, el transporte ferroviario no tardó en pasar a formar parte de la vida cotidiana. Pero conservar algo que la gente ha llegado a dar por sentado no era tan fácil como parecía. Ojalá el mundo supiera que existen determinadas cosas que no se miden por parámetros como la eficiencia y la rentabilidad. Mientras todos estos pensamientos pasaban por la cabeza de Shingo, se descubrió cerrando los puños con rabia sobre el regazo.

El documental estaba llegando a su fin. La canción que sonaba para acompañar los créditos era la elección perfecta: *Route 66,* de Nat King Cole. No se imaginaba otra opción. «Esto es lo que estaba esperando», pensó Shingo, y volvió a cerrar los puños con fuerza.

Route 66 era una canción que jamás olvidaría. Estaba llena de recuerdos de Yuriko. La esperanza de escucharla era lo que lo había mantenido pegado al televisor en vez de volver a su habitación. De jóvenes, ambos escuchaban a artistas como Nat King Cole, Bobby Darin, Frank Sinatra y Paul Anka. Era una época en la que términos como «salón de baile» todavía estaban de moda.

Shingo recordó cómo tomó la mano de Yuriko con la mano derecha mientras apoyaba la izquierda en su cintura. Y que mientras se mecían al ritmo de la música empezó a pensar que era el momento ideal para decirlo. Que incluso Nat King Cole parecía estar animándolo a hacerlo cuando cantaba aquello de: «¿No piensas aprovechar este oportuno consejo?».

—Quiero casarme contigo —susurró.

Sin dudarlo un instante, Yuriko dijo que sí. Permaneció un rato con el rostro enterrado en el pecho de Shingo, como si intentara esconder su expresión. Luego, de pronto, se apartó y levantó la cabeza para mirarlo.

—Prométeme una cosa.

Los labios de Yuriko se movieron despacio y con confianza. Al escuchar sus palabras, Shingo hizo un gesto de asentimiento.

¿Qué le dijo Yuriko?

Aquella sensación de urgencia empezó a crecer de nuevo en su pecho. Necesitaba averiguarlo. Necesitaba averiguarlo ya, antes de

que fuera demasiado tarde. Algo le decía que se le estaba acabando el tiempo, como si se hubiera iniciado una cuenta atrás para una hora de salida que se acercaba con rapidez.

Pero Shingo no sabía más que eso. De hecho, era como si esa ansiedad estuviera expulsando de su cabeza los pocos fragmentos de recuerdos que le quedaban. Finalmente, se vio incapaz de recordar qué era lo que estaba intentando recordar. Ni siquiera sabía en qué estaba pensando antes.

Deseaba que alguien lo ayudara. Deseaba que su esposa le diera la mano. Pero cuando miró a su alrededor, no vio ninguna cara conocida. Todos los presentes en el salón tenían una expresión vacía y contemplaban ausentes la pantalla.

«¿Por qué no estoy en casa?».

«¿Qué lugar es este?».

«¿Dónde está Yuriko? ¿Quién se ocupa de nuestra hija?».

«El tren que conduzco… ¿a qué hora sale?».

De repente, Shingo se percató de que se había quedado sentado con el cuerpo inclinado hacia delante y la cabeza entre las manos. Su corazón latía muy rápido. Abrió la boca y notó que tenía la garganta seca. Incluso se preguntó si se acabaría convirtiendo en un cadáver marchito allí mismo. Al pensar eso, el miedo se apoderó de él. Gritó, incapaz de soportar aquello por más tiempo. Cayó de rodillas y rompió a llorar mientras emitía sonidos incomprensibles incluso para sí mismo.

Todas las miradas se volvieron hacia Shingo, pero él ni siquiera se dio cuenta. Luego oyó que se acercaban unos pasos acelerados. A juzgar por cómo sonaban, era evidente que no se correspondían con el ritmo de una persona mayor. Captó frases sueltas: «¿Qué pasa aquí?», y «Sí, es este caballero que…».

Cuando notó que alguien le daba unos toques suaves en la espalda, Shingo recuperó el sentido.

—¿Qué sucede, abuelo? ¿Te encuentras bien?

Shingo levantó la vista y vio una placa con un nombre justo delante de él. «Matsumoto», rezaba. Mientras sus ojos asimilaban el nombre, pensó: «Este apellido tiene pocos trazos». Y cuando

escribió mentalmente los caracteres *kanji* y confirmó el orden de los trazos, su cabeza recuperó cierta claridad.

—Me llamo Kikukawa. No tiene ningún derecho a llamarme abuelo.

No había sido su intención pronunciar estas palabras en voz alta, pero salieron de él sin que pudiera impedirlo. La sonrisa de la trabajadora llamada Matsumoto se borró por completo. Shingo sintió una punzada de culpabilidad y se apresuró a decir:

—Lo siento.

Aunque en realidad no sabía muy bien por qué se disculpaba.

El grupo de ancianos que habían estado observando la escena desde una distancia prudencial empezó a dar media vuelta. Algunos volvieron a sentarse delante del televisor, otros se marcharon por el pasillo y unos pocos abrieron la puerta de cristal para salir al jardín.

«¿Qué lugar es este?», se preguntó de nuevo Shingo mientras la trabajadora lo ayudaba a levantarse de la silla. Suponía que era algún tipo de centro de atención para personas mayores. De ser así, ¿cuánto tiempo llevaría allí? ¿Había dejado su trabajo? Desconocía la respuesta a preguntas tan sencillas como aquellas. Y entonces, pensando de nuevo en su esposa, se planteó la posibilidad de que también ella estuviera allí. Aunque, si era ese el caso, probablemente ya la habría visto. Sería demasiado extraño no haberlo hecho.

Después del incidente, Shingo empezó a pasar cada vez más tiempo encerrado en su habitación, de la que solo salía para comer. Tenía el corazón destrozado. Aun así, en los días en que se sentía mejor era capaz de reconocer que había algo importante que había olvidado y que ansiaba saber qué era. Pero aferrarse a esa sensación durante un día o dos no resultaba fácil. Y el poso de una urgencia irresistible se seguía acumulando en su interior.

Llevaría cerca de una semana padeciendo semejante sufrimiento cuando alguien que decía ser su hija fue a visitarlo. Sin embargo, en el instante en que la visita entró en la habitación, Shingo se quedó totalmente sorprendido. Era igual que su esposa.

—Vengo a ver qué tal sigues —dijo la mujer, dejando sus bolsas en el suelo—. Me han dicho que estás un poco bajo y estaba preocupada.

Shingo se quedó atónito y siguió con la mirada la figura que se dirigía hacia la ventana que daba al oeste.

—Yuriko —dijo él—. Te he estado buscando. ¿Dónde te habías metido todo este tiempo? Te lo suplico, por favor. No me tengas encerrado en un lugar como este. Quiero ir a casa. Debo ir a trabajar. A este paso, acabaré olvidando cómo se conduce el tren.

La visitante se volvió hacia él y negó con la cabeza con gravedad.

—Supongo que ya empezamos otra vez. Y supongo también que a estas alturas debería haberme acostumbrado, y sé además que es inevitable, pero, por Dios, qué duro llega a ser esto. Mira, papá, voy a decírtelo una vez más. Soy tu hija, Sanae. Me he casado y mi apellido ahora es Yasuhara. Vivo con mi marido en una ciudad que no queda cerca de aquí. Por eso no puedo venir a verte muy a menudo. Sé que quizá no lo parece, pero lo siento. Y te jubilaste de tu trabajo como maquinista hace ya mucho tiempo.

«Sí. Teníamos una hija que se llamaba así», pensó él.

—Ah, Sanae. Ahora te recuerdo. Eres Sanae. Pero ¿dónde está…? ¿Qué le ha pasado a Yuriko? ¿No está contigo?

—Mamá falleció hace cinco años. Después de eso, estuviste viviendo un tiempo solo. Pero hace tres años sufriste un ictus en la calle. Por suerte había gente por allí y recibiste auxilio de inmediato, así que al final no fue tan grave. Pero soy tu hija y me preocupaba que siguieras viviendo solo. Por eso viniste a vivir aquí, donde trabaja Mai. Me costó bastante convencerte de que aceptaras. Pero supongo que tampoco recuerdas nada de todo esto.

«¿Es verdad eso? ¿Y quién es esa tal Mai? ¿Por qué me tutea?».

—Por cierto, tengo algo para ti —dijo la persona que supuestamente era su hija.

Sin prestar atención a la expresión de perplejidad de Shingo, sacó un objeto del bolso.

—Me pediste que te trajera esto.

Shingo abrió el sobre de color marrón que le tendía y extrajo de su interior un libro. En la cubierta podía leerse: *Diez noches de*

sueños.

—Es el libro que tanto le gustaba a mamá. La última vez que nos vimos dijiste que querías leerlo.

—Yo nunca he dicho eso.

—Pues lo dijiste. Incluso he tenido que hacer un pedido especial, porque querías la edición en letra grande.

¿De verdad había pedido aquel libro? No lo recordaba en absoluto, aunque quizá fuera uno de esos recuerdos que se le escapaban. Era la explicación más factible. Al fin y al cabo, ni siquiera podía confiar en su propio juicio para afirmar que la persona que tenía delante era realmente su hija.

Mientras pensaba esto, llamaron de nuevo a la puerta. Sanae respondió con un «adelante» antes de que a Shingo le diera tiempo a decir nada y la puerta se abrió.

—He pedido un descanso para poder venir a verte. ¿Qué tal va todo, mamá? ¿Se ha animado un poco el abuelo al verte la cara?

La persona que asomaba la cabeza por la puerta era aquella joven tan alta que llevaba una placa identificativa con el apellido «Matsumoto». Sin el gorro, se apreciaba que tenía una melena increíblemente larga.

—No estoy segura, Mai. Aunque por ahora no me ha dado la impresión de que esté tan bajo como decías.

—¿De verdad? Eso sí que es una buena noticia.

—Pero parece dudar de quién soy.

—Ya lo veo. Lo único que no se le olvida es la hora de las comidas.

Después de decir eso, la chica arrastró una silla para sentarse al lado de Sanae. Estaba incluso más sonriente de lo habitual.

—Escúchame bien, papá. Esta es Mai. Es mi hija, lo que la convierte en tu nieta.

Shingo miró a Sanae con incredulidad.

—Su apellido no es el mismo que el mío —dijo.

—Porque está casada con Matsumoto-san.

¿Y quién demonios era Matsumoto-san?

Ignorando la confusión que exhibía el rostro de Shingo, Sanae apoyó una mano en el libro que había traído y soltó el aire por la nariz.

—A Mai siempre le han encantado los abuelos y las abuelas, desde que era pequeña. A menudo la cuidabas en casa, ¿sabes? Seguramente no lo recuerdas, pero Mai estaba en su tercer año de secundaria cuando mamá se puso enferma por primera vez. Imagino que fue por eso por lo que decidió formarse como dietista titulada, argumentando que le sería muy útil en el futuro. Después de aprobar sus exámenes encontró trabajo aquí, cerca de tu casa. Tiene incluso una especialidad para gestionar la alimentación en centros de atención a gente mayor. Siempre dijo que, llegado el caso, se dedicaría a cuidar a personas que se quedaran solas y, bueno, eso ha acabado convirtiéndose en una realidad. No me gusta presumir de mi propia hija, pero esta chica es realmente especial.

—Voy a sonrojarme, mamá. Pero sí, por favor, adelante con tus cumplidos. Quiero que el abuelo se entere.

Mientras este intercambio tenía lugar, Shingo, sin decir nada, iba alternando la mirada entre las dos mujeres que tenía delante, preguntándose si la historia que escuchaba sería verdad. No era que no las creyera. No mentían, de eso estaba seguro. El problema era que él no recordaba absolutamente nada de todas las cosas que afirmaban que habían pasado.

Y entonces, de pronto, le vino a la cabeza la imagen de un bebé juguetón abrazándose a Yuriko y a él. Era muy probable que se tratara de un recuerdo de su nieta.

—Espera un momento: Mai solo es así de grande, ¿verdad? —se aventuró a preguntar Shingo, colocando una mano a la altura de sus rodillas.

Las dos mujeres se miraron. A Shingo le dio la impresión de que estaban satisfechas por algo.

Entonces Mai, la que al parecer era su nieta, vio el libro en el regazo de Sanae.

—*Diez noches de sueños* —dijo—. Oye, abuelo, ¿te contó alguna vez la abuela por qué le gustaba tanto este libro?

Shingo captó un matiz de duda en la voz de la chica al llamarlo «abuelo», pero parecía que había decidido ser la misma de siempre. Por alguna razón desconocida, se sintió aliviado por eso. Su nieta cogió el libro y empezó a pasar páginas. La joven siguió hablando:

—Es la historia de una mujer que fallece y regresa en forma de flor de *yuri*… Un lirio, ¿verdad? Y, como sabes, los caracteres *kanji* de *yuri* son «cien» y «unión». En la historia, se reencuentran pasados cien años… ¿Entiendes lo que quiero decir? La abuela me contó que esa historia le gustaba mucho. Cuando era pequeña, siempre me decía cosas como «Apuesto lo que quieras a que esta pareja siempre estará destinada a encontrarse, sin que importen las muchas veces que se reencarnen» y «Es increíble que mi nombre tenga un significado tan bonito».

—¿Mamá te dijo eso?

—Pues sí. Me contó muchas cosas justo antes de morir. Incluso sé un poco de cuando el abuelo le propuso matrimonio.

«Bien, entonces Yuriko se ha ido de verdad». Mientras la conversación entre las dos mujeres fluía a través de sus oídos, Shingo solo podía pensar en eso.

Mai, intuyéndolo, dijo:

—Abuelo, los cerezos *kawazu* del jardín están en su máximo esplendor. Todas las flores se han abierto estos últimos días. ¿Por qué no vamos a contemplarlos? Un ratito. Mira, desde aquí puedes verlos.

Shingo se acercó a la ventana que daba al oeste y miró. Distinguió una amalgama de rosa intenso.

—Venga, vamos. Fuera se está muy bien.

La chica sonrió con su alegría habitual. A diferencia de aquel día en el comedor, Shingo notó que su estado de ánimo mejoraba un poco. Al menos sentía ganas de intentarlo. La sonrisa, reflexionó, era algo muy poderoso.

Salieron los tres de la habitación y bajaron en ascensor. Shingo consiguió caminar sin dificultades hasta el final del pasillo, pero cuando llegaron a la puerta de acceso al jardín perdió el equilibrio y a punto estuvo de caer. «Por eso necesito llevar mi uniforme», se dijo, y entonces su hija señaló algo y sugirió que lo utilizaran. Shingo miró en la dirección que le indicaba y vio que era una silla de ruedas. De haber sido cualquier otro día, jamás habría accedido a esa propuesta. Pero, por algún motivo desconocido, no se pudo

negar. Sin tiempo siquiera para decidirse, entre las dos lo instalaron en la silla de ruedas y le aseguraron que todo iría bien.

El aire estaba en calma, y el suave sol primaveral era realmente agradable. La sensación de ser transportado sin ningún tipo de esfuerzo físico le provocó una extraña nostalgia. Avanzaron por el sendero empedrado y pronto aparecieron los cerezos en flor. El rosa de aquellas flores era mucho más intenso que el de los cerezos *somei-yoshino.*

—Mira —oyó que le decían.

A modo de respuesta, Shingo asintió.

«—Me han asignado una línea que pasa por una estación donde hay un grupo de cerezos *yamazakura.* Están justo delante del edificio de la estación. Cuando están en plena floración, el espectáculo es un auténtico deleite para la vista.

»—¿De verdad? Me encantaría que algún día me llevaras a verlos, cuando no estés trabajando.

»—Eso que pides es mucho.

»—Oh, ¿por qué no? ¿Quién sabe cuántas veces más podremos contemplar juntos los cerezos en flor?».

Shingo estaba prácticamente seguro de que había intercambiado aquellas palabras con Yuriko. Y justo cuando estaba inmerso en aquel recuerdo, su hija le dejó algo en el regazo. Era el libro de antes. Debía de haberlo traído consigo.

—Si algún día te apetece, intenta leer un poco, por favor. Al fin y al cabo, me he tomado la molestia de traértelo.

Él volvió a asentir sin decir nada. Justo en ese momento, aquel trabajador de la cocina salió al jardín. Se quitó el gorro y saludó a la nieta de Shingo.

—Enseguida volvemos, papá. Solo vamos a decirle hola.

Shingo se quedó mirando cómo su hija y su nieta iban al encuentro de aquel hombre.

A continuación levantó la vista hacia los cerezos de nuevo, y después miró su regazo. Volvió a leer las palabras impresas en la portada del libro: *Diez noches de sueños.* Sin saber por qué, una intensa sensación de cariño brotó en su interior. Pasó las páginas y

fue siguiendo el texto con la mirada. La letra era muy grande. Lo podría leer con facilidad, y eso le puso de buen humor.

—Veamos —se sorprendió diciendo.

Y aunque su intención era simplemente echarle un vistazo al libro, acabó leyendo en voz alta:

—«Este es el sueño que soñé. Mientras estaba sentado con los brazos cruzados junto a una cama, la mujer que estaba allí acostada bocarriba me dijo, con un hilo de voz, que estaba a punto de morir».

«Una manera un tanto siniestra de comenzar un relato, ¿no? —se dijo—. E imagino que se trata de un estilo de escritura de gran belleza, pero a mí me resulta demasiado formal y me cuesta entrar en él. Quizá sea por eso por lo que nunca he entendido el atractivo de las novelas. Sin embargo, a Yuriko sí le gustaban».

—«Su larga cabellera se extendía sobre la almohada y rodeaba los suaves contornos de su rostro en forma de pepita de…».

«¿Qué? ¿Qué dice aquí?», se preguntó Shingo.

No conseguía descifrar la palabra siguiente. Había anotaciones al lado de los caracteres *kanji* que indicaban su pronunciación, pero eran demasiado pequeñas para sus ojos. Alejó la vista del libro y por fin logró distinguir bien las letras.

—¿Me-melón? Ah, eso es. «Los suaves contornos de su rostro en forma de pepita de melón».

¿Qué tipo de rostro sería ese? En función de lo que había leído, reconstruyó mentalmente la escena y visualizó a la mujer de rostro ovalado tumbada bocarriba, descansando la cabeza en una almohada. Y, sin darse cuenta siquiera, ese rostro se convirtió en el de su esposa.

«¿Estaré recordando algo de mi propio pasado? —empezó a preguntarse—. ¿O se trata de algo que este escrito ha despertado en mi interior? Si estoy recordando, ¿querrá eso decir que estuve al lado de Yuriko cuando falleció?

»Yuriko. Las palabras de Yuriko… Eso es lo que he estado intentando recordar todo este tiempo. Le hice una promesa. Una que jamás debo olvidar. ¿Es eso? ¿Y por qué no soy capaz de recordar algo tan importante?

»Justo después de que le propusiera matrimonio, ella me dijo algo. ¿Cuál fue la promesa que…?».

Miau.

De repente, Shingo oyó algo. Cuando levantó la vista, se quedó hipnotizado con lo que vio.

Justo donde antes estaban los cerezos *kawazu* había ahora un único cerezo llorón. Y no era un cerezo normal y corriente. Sus flores tenían todos los matices imaginables del rojo y el blanco.

Detrás del árbol había un edificio tradicional de dos plantas. En lo alto del tejado verde, una veleta con un gallo de bronce cantaba en silencio al cielo. Estaba seguro de que en los alrededores de la residencia no existía tal cosa. Sin embargo, algo le decía que no era la primera vez que lo veía. De hecho, tenía la sensación de haberlo visto recientemente. Y recordaba haber pensado lo mismo esa otra vez: que era imposible que aquella estructura estuviera allí. Pero no tenía ni la más mínima idea de cuándo o dónde había sido eso.

Shingo estaba ahora de pie. Su cuerpo se había movido con tanta facilidad que ni siquiera se había dado cuenta de que se había levantado de la silla de ruedas. El entumecimiento de la parte inferior izquierda de su cuerpo, persistente desde que había sufrido el ictus, había desaparecido por completo. Como atraído por una fuerza invisible, caminó hacia la entrada de la edificación y abrió la puerta con cuidado. En el interior se oía música clásica, y un agradable aroma a café se filtró por la puerta entreabierta.

Asomó la cabeza de forma tentativa, y luego deslizó todo el cuerpo para terminar de entrar. Se encontró delante de una joven con un vestido tipo delantal de color granate. Sujetaba un libro abierto con una mano. Y, extendiendo el otro brazo teatralmente, hablaba con voz solemne. Parecía una actriz ensayando su papel.

—«Cuando muera, por favor, entiérrame. Cava mi tumba con una concha de ostra perlífera. Captura un fragmento de estrella que haya caído del cielo y utilízalo para escribir las palabras de mi lápida. Luego, espérame junto a ella. Vendré para volver a verte».

La chica levantó la vista. Cerró con elegancia el libro y sonrió a Shingo.

—Bienvenido, señor Shingo Kikukawa. Tome asiento, por favor.

Le indicó una mesa con un cartel de «Reservado». Shingo examinó su entorno y vio que había ramas de cerezo en flor dispuestas en jarrones por todos lados. Sus flores iluminaban el ambiente con su impresionante variación de colores. Pero lo que de verdad llamó su atención fueron las estanterías repletas de libros. Superaban con creces los jarrones. En las mesas junto a las paredes y encima del mostrador había también volúmenes pulcramente ordenados apuntalados con sujetalibros. Resultaba difícil discernir si aquel lugar era una librería o una cafetería.

Justo en aquel momento, Shingo cayó en la cuenta de que todavía tenía en la mano la edición en gran formato de *Diez noches de sueños.* Su ejemplar parecía idéntico al que sujetaba la chica. Y mientras sus ojos se movían de un libro al otro en un intento de confirmarlo, ella lo observó complacida.

—Como habrá adivinado, ese libro ha abierto el pasaje. No todos los días tenemos encuentros tan afortunados, así que tome asiento, por favor.

Shingo obedeció. La chica colocó una servilleta y un posavasos en la mesa. Y, a continuación, cerró la mano en un puño, se la llevó a la boca y carraspeó un poco.

—Como ya sabrá, en general, la palabra «sueño» se utiliza en dos sentidos. Uno de ellos ilustra lo que aspiramos a ser en el futuro. El otro hace referencia a algo que solo aparece mientras dormimos, una especie de espacio virtual sin sentido que creamos para nosotros mismos. Personalmente, me resulta fascinante que esa dualidad se aplique no solo al japonés, sino también a muchos otros idiomas en todo el mundo. De todas maneras, el tema de este libro de Sōseki es, por supuesto, el sueño que se presenta mientras dormimos.

La joven enderezó la espalda un poco antes de levantar el dedo índice en un gesto exagerado.

—Lo cual me ha llevado a preguntarme: ¿son los sueños que tenemos mientras dormimos experiencias realmente individuales? ¿Es posible que, mientras dormimos, nos volvamos tan vulnerables que lleguemos incluso a desvincularnos de nosotros y a conectar con un mundo distinto? Tengo la sensación de que las respuestas a estas

preguntas tienen algo que ver conmigo y con mi gata. Y quizá también con esta tienda.

Incapaz de encontrarle un sentido a lo que la chica le estaba diciendo, Shingo se quedó mirándola.

—En cualquier caso, Sōseki tenía cuarenta y un años cuando escribió este libro, *Diez noches de sueños.* La escritura fluye como la seda, y sus efectos están calculados meticulosamente. Sería justo decir que en esa época el autor había alcanzado la madurez.

La boca de la chica no paraba de moverse. Para entonces, Shingo ya había olvidado preguntar cómo había llegado allí y qué hacía aquella joven sentada delante de él.

—Según un escritor que conozco, un viejo conocido, si quieres escribir con belleza en japonés, lo que tienes que hacer en primer lugar es estudiar de forma exhaustiva a Sōseki. Una vez que hayas logrado esto, una exploración superficial de Naoya Shiga bastará para acabar de completar tu aprendizaje. Este escritor me contó también que existe una razón sólida por la que Sōseki está considerado alguien tan especial entre los autores japoneses. La época de la Restauración Meiji fue un tiempo de rápida transformación que llevó a Japón a fomentar una nueva identidad nacional. Estos cambios se produjeron también en Sōseki. Fue el primer autor que asumió el reto de plasmar por escrito el yo interior. En este sentido, podríamos decir que Sōseki ayudó a conformar el modo en que se describen los pensamientos íntimos en la literatura japonesa. Razón por la cual, para los que aman las novelas, el hecho de que una de sus obras más destacadas se titule *Kokoro* es mucho más que conmovedor: es un milagro.

Shingo observó a la chica con perplejidad. ¿Dejaría de hablar en algún momento? Como reza el dicho, debía de ser una de esas personas que «nacen de la boca», pensó para sus adentros. Entonces, ella infló las mejillas y dijo:

—¿Acaba usted de pensar algo malo de mí?

¿Cómo lo sabía? Y mientras pensaba eso, Shingo miró fijamente a la chica sin pretenderlo. Su sonrisa seguía intacta e irradiaba una inmensa alegría.

—Las palabras están ahí antes incluso de ser pronunciadas. Que no hayan tomado forma todavía no significa que no estén ahí. Acceder a una cosa así exige cierta habilidad, pero, cuando tienes tanta experiencia como yo, simplemente te sale de forma natural.

Una vez más, la joven se acercó el puño a la boca y carraspeó.

—Supongo que con esta presentación por mi parte es suficiente. Ahora te toca a ti, Kobako.

Y como si le hubieran dado la señal para que entrara en escena, una bola de pelo aterrizó sobre la mesa. Era un elegante gato tricolor, con un pelaje impresionante y un porte distinguido. Shingo observó cómo las extremidades del animal se movían con destreza por la mesa, sorteando sin esfuerzo el posavasos y la servilleta. En cuanto encontró su sitio y se acomodó, emitió un breve maullido.

—Hoy le hemos invitado a la tienda porque nos gustaría que confirmase usted mismo las palabras que ha estado buscando. Puede que se sienta un poco mareado, pero eso no es motivo de preocupación.

Acababa Shingo de escuchar estas palabras cuando perdió el equilibrio, como si de repente el mundo se hubiera vuelto del revés. «¡Has dicho "un poco"!», refunfuñó para sus adentros. Pero al instante se olvidó de aquello, porque se quedó boquiabierto al ver la imagen que tenía delante. Era Yuriko. Muy joven, además, más o menos de la misma edad que tenía ahora Mai.

El ambiente estaba cargado de humo de tabaco. En las paredes de madera había carteles de estilo *art déco.* A su lado había un muchacho vestido con chaleco y pajarita. Tenía en sus brazos a una joven cuya coleta se balanceaba al ritmo de la música de Nat King Cole. Shingo se dio cuenta entonces de que, junto con otras parejas, él también estaba disfrutando de un baile con Yuriko.

«¿Es esto un sueño? —se preguntó—. Si lo es, ¿cuánto tiempo llevo soñando? A lo mejor todo ha empezado cuando me han sentado en esa silla de ruedas y me han sacado al jardín. ¿O habrá sido cuando se han presentado esas dos mujeres que dicen ser mi hija y mi nieta? No puede haber sido antes de eso, seguro.

»¿Es posible que esté viendo pasar toda mi vida? De ser así, ¿hay algo que esté intentando decirme que este fue el momento en que

mi vida empezó de verdad?».

Por primera vez en lo que parecía una eternidad, el cerebro de Shingo funcionaba a toda velocidad. Mientras tanto, el joven que sostenía la mano de Yuriko la miró a los ojos y pronunció su propuesta:

—Quiero casarme contigo.

Yuriko respondió que sí, y luego hundió su rostro en el pecho del hombre. Shingo, al percibir el contacto de su piel, a punto estuvo de sucumbir a la oleada de calor que inundó su corazón.

Era imposible saber cuánto rato permanecieron el uno en brazos del otro. La canción cambió y la voz de Cole cantando *Unforgettable* resonó en el salón.

Finalmente, la mujer se separó y lo miró.

—Prométeme una cosa. —Yuriko se puso colorada en cuanto dijo aquello—. Me da un poco de vergüenza —añadió—. No te reirás, ¿verdad?

—Puedes decirme lo que quieras.

Shingo no tenía claro si fue su yo pasado o su yo actual el que le hizo pronunciar esas palabras. La verdad era que ni siquiera sabía dónde estaba. Pero todo —el peso del cuerpo de Yuriko entre sus brazos, el calor de su mejilla contra su pecho— era demasiado real para ser un sueño.

Ella siguió hablando.

—Sabes que los caracteres *kanji* de mi nombre son «cien» y «unión», ¿verdad? En una ocasión leí en algún sitio que eso podía tener otro significado: que dos personas podrán volver a encontrarse aunque hayan pasado cien años.

—Entiendo.

—Es prácticamente imposible pensar que los dos podamos vivir cien años a partir de hoy, claro. Pero somos dos. Si pensamos en vivir cada uno cincuenta años a partir de hoy, y unimos el resultado, sí que puede decirse que viviremos juntos cien años. Así que, por favor, prométeme que estaremos juntos los próximos cien años. Y que celebraremos nuestras bodas de oro bailando, igual que ahora. ¿Me lo puedes prometer?

Sí. Eso era lo que su esposa le había dicho. Y él le había jurado que nunca lo olvidaría, pero luego se le había borrado de la memoria. Impresionado por aquella revelación, Shingo titubeó bajo la mirada de Yuriko, que no apartaba los ojos de los suyos. En ese instante, se vio superado por la misma sensación de desconcierto que había experimentado antes. En un abrir y cerrar de ojos, había regresado a aquel extraño lugar que había supuesto que era una librería. La chica del vestido granate ladeó la cabeza y unió las manos a la espalda. Y, como si acabara de cometer una travesura, una sonrisa pícara iluminó su rostro.

—Pero para hacer una promesa se necesitan al menos dos personas —dijo, como si le estuviera planteando una pregunta a Shingo.

Este respondió con un gesto de asentimiento.

—Y para ello, mi otra invitada lleva un tiempo esperando. Más concretamente, desde que el otro día leí en voz alta *Diez noches de sueños.* Aunque, si quiere que le sea sincera, el tiempo aquí no es más que un concepto. Porque, aunque ha pasado mucho tiempo, también es cierto que mi otra invitada acaba de llegar hace un momento.

La chica se tapó la cara con la palma de la mano izquierda.

—Normalmente no hacemos las cosas así, pero dejaré que su esposa se encargue del tema a partir de aquí. Por otro lado, me temo que no vamos a poder poner a Nat King Cole, pero le aseguro que será una canción estupenda para bailar. Disfrute del baile con su esposa todo el tiempo que lo desee… Bueno, puede que cien años sean demasiados, pero, llegada esa circunstancia, Kobako ya encontrará la manera de solucionarlo. Así que, por favor, baile todo lo que le apetezca.

Mientras la chica seguía diciendo disparates, una figura se levantó de una de las sillas que había al fondo de la tienda y empezó a caminar hacia Shingo. A medida que se fue aproximando, los contornos de la figura se hicieron cada vez más nítidos hasta que se acabó transformando en su esposa. Ahora era la Yuriko que había visto por última vez cinco años atrás. Convertida en una anciana de cabello plateado, Shingo y ella hacían la pareja perfecta.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? —dijo Yuriko.

—Así es. Te he estado buscando por todas partes.

Su esposa rio entre dientes ante aquella respuesta. Y la risa sonó igual que la de su nieta Mai.

—He estado siempre a tu lado, observándote. No solo a ti. También he estado observando a Sanae y a Mai.

Yuriko apartó la vista.

—Al final fui yo quien acabó rompiendo la promesa, ¿no es así? Me arrepentí de aquello, tanto que no podía soportarlo. Y entonces, de repente, me llamaron a este lugar. He estado esperándote aquí.

Fue entonces cuando Shingo recordó que su siguiente aniversario habría tenido que ser el de sus cincuenta años juntos. Justo aquel mismo día de abril, se habían convertido oficialmente en marido y mujer. Entre los pétalos de las flores de cerezo, habían ido juntos al ayuntamiento para registrar su matrimonio. Como todavía faltaba un poco para la fecha de la ceremonia, habían decidido que aquel sería el día de su aniversario. Las mejillas de Yuriko estaban teñidas de un rubor tímido, del mismo rosa que el de las flores de los cerezos. Él recordaba perfectamente aquel color. La música que se oía de fondo era un compás de tres por cuatro.

Shingo tomó la mano de Yuriko con su mano derecha y apoyó la izquierda en su cadera. Lentamente, se dejaron llevar por el ritmo de la música.

El baile ya no era como el de su juventud, pero eso carecía de importancia. Su esposa estaba allí, le estaba dando la mano, y eso le bastaba. Y sin darse cuenta, fue como si, al menos para ellos, hubieran regresado al día en que bailaron juntos por primera vez.

La chica estaba ahora sentada en la mesa con Kobako. Apoyaba la barbilla en las manos y movía suavemente la cabeza al ritmo de la música.

—Parece que ya no nos necesitan.

Kobako resopló y cerró los ojos.

—Pensándolo bien, en *Diez noches de sueños* no sale ningún gato, ¿verdad? Solo pececillos de colores y cerdos. Ah, y el canto del gallo

era en realidad obra del malvado Amanojaku, ¿no es así? Aunque no puedes quejarte: Sōseki-sensei habló de muchos gatos en su novela de debut.

Mientras decía eso, la chica dirigió su atención a una de las estanterías, en la que estaba encajada una edición en gran formato de *Soy un gato.* Extendió la mano, tocó el lomo y lo sacó de su lugar. Luego se volvió hacia la pareja que seguía bailando en medio de la tienda.

—Verlos me produce envidia.

La chica soltó el aire por la nariz. Fue un suspiro potente, profundo. Al percibirlo, la gata abrió un ojo a regañadientes y, como poniendo cara de resignación, se levantó. Entonces, como si le ofreciera una invitación, extendió una de sus patas delanteras hacia la joven.

—¿Qué? ¿De verdad quieres? Sería la primera vez.

Retiró la mano izquierda de la barbilla, juntó el dedo índice con el medio y tocó las almohadillas de la pata del felino. Era el equivalente a chocar los cinco. Luego, cuando la gata levantó la otra pata delantera, la chica repitió el gesto, pero con la mano derecha. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. Como si estuvieran jugando a dar palmas, fueron chocando manos y patas al ritmo del *Bolero.*

—¡Bien hecho! Ahora este lado. Ven, una vez más.

Poco a poco, la chica fue levantando las manos cada vez más arriba, hasta que la gata se puso en pie sobre sus dos patas traseras.

—Asombroso. Tienes talento de verdad, Kobako.

Pero justo cuando esta había estirado por completo las patas traseras, se dio bruscamente la vuelta como si se hubiera cansado.

—¿Ya está? Una lástima.

La gata ya había volcado toda su atención en el lamido de sus patas delanteras y estaba totalmente concentrada en la tarea. La chica, dándose por vencida, dirigió de nuevo la mirada hacia la parte central de la tienda, donde la pareja continuaba bailando.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? Me hablaste sobre las bellas flores de los cerezos *yamazakura* que había delante de la estación, en las montañas. Hablamos sobre la posibilidad de ir allí un día, de ir con Sanae y Mai. Pero antes de que pudiéramos hacerlo decidieron clausurar la línea. Y entonces fue cuando caí enferma.

«¿Dije yo todo eso? —pensó Shingo—. Es posible que sí, pero ¿cuándo?».

Pero, antes de que pudiera formar una respuesta en su cabeza, la sensación de Yuriko entre sus brazos empezó a desvanecerse. Perplejo, Shingo la vio disolverse gradualmente hasta que quedó convertida en la figura oscura que había visto al principio. Intentó llamarla, pero la voz se le quedó atorada en la garganta.

De repente, se vio de nuevo solo en medio de aquel curioso establecimiento. Lo único que quedaba de su vivencia era la música, que llenaba la estancia con su implacable ritmo de tres por cuatro. El tempo había mantenido una puntualidad perfecta.

—Y bien, ¿ha conseguido recordar algo?

Shingo se volvió y vio que allí estaba la chica, con las manos unidas a la espalda. Él asintió en silencio.

—En ese caso, creo que ha llegado el momento de que regrese al lugar que le corresponde. No aceptaré ningún tipo de pago, claro está. Hemos sido nosotras, o mejor dicho, la caprichosa Kobako quien lo ha elegido y lo ha invitado a venir aquí. Además, lo que ha abierto el pasaje y nos ha conectado ha sido el libro. Podría decirse que nos hemos unido gracias a una serie de coincidencias.

La joven saludó con una reverencia a Shingo.

—La tienda se llama Sakura. Me haría muy feliz que la recordase de vez en cuando. Aunque…

La chica se llevó ambas manos a la cara, uniendo los dedos. Sus ojos tenían una expresión de solemnidad.

—No pasa nada si no lo hace. Y, señor Kikukawa, decir lo que voy a decir me hace sentir un poco presuntuosa, pero no tiene por qué tener tanto miedo a olvidar. Una vez creados, los recuerdos y las palabras no se borran jamás. Aun en el caso de que llegara a olvidarse por completo de sí mismo, eso nunca significará que usted

no haya existido. Cuando un árbol cae en el bosque y nadie está allí para oír su caída, el sonido que provoca al caer continúa existiendo.

La sonrisa volvió a los labios de la chica.

—Las mañanas y las noches siguen siendo frías —dijo entonces—. Cuídese, por favor, y procure no pillar un resfriado.

A lo lejos, Shingo creyó oír el suave sonido de un libro al cerrarse.

Shingo estaba de nuevo en la silla de ruedas, al lado de los cerezos *kawazu.* El libro continuaba abierto en su regazo, y la punta de su dedo estaba casi exactamente en el mismo lugar donde lo había dejado para recorrer el trazo de las palabras. Por un momento permaneció sentado en estado de *shock* hasta que, rápidamente, miró a su alrededor. Pero el edificio de madera y el misterioso cerezo llorón habían desaparecido por completo.

«¿Me habré quedado dormido?», se preguntó, aunque no tenía la sensación de haberlo hecho. Ladeó la cabeza y notó que algo le envolvía los hombros. Parecía un chal de mujer. A juzgar por la luz, estaba a punto de anochecer. Se había levantado un viento frío.

—Abuelo, estás despierto.

Oyó una voz detrás de él. Y entonces su nieta asomó la cabeza por encima de su hombro.

—Hola, Mai. Lo siento, creo que me he adormilado.

Mai se quedó sorprendida un instante y, acto seguido, esbozó una sonrisa luminosa.

—¿Me reconoces?

—Bueno, supongo que sí.

De hecho, en comparación a como se sentía antes de encontrarse de repente en aquella tienda, su cabeza estaba mucho más despejada. Estaba seguro de que ahora podría recuperar los recuerdos que quisiera conservar. Y Mai… Mai ya no era una niña. Había crecido tanto que ahora era mucho más alta que él. «Todo está volviendo a mí —pensó—. Sé perfectamente quién es».

Pero, en el fondo, presentía que aquella claridad no duraría mucho. «Estoy seguro de que la memoria volverá a fallarme», se dijo. Aunque, extrañamente, no se sentía preocupado por ello.

—Mmm… Parece como si hiciera mucho tiempo que no nos vemos, pero supongo que no es el caso.

—Así es. Te digo hola casi a diario. Nos vemos dos o tres veces al día en el comedor. Aunque, normalmente, lo único que recibo por tu parte es un saludo educado. Y si no hay saludo, simplemente me ignoras y miras hacia otro lado.

—¿En serio? Lo siento.

—No es necesario que te disculpes, de verdad.

Su nieta le sonrió con cariño. Esa sonrisa contagiosa que ponía de buen humor a todo aquel que estuviera a su alrededor.

—¿Dónde está Sanae? —preguntó Shingo.

—Mamá ha tenido que irse para acudir a su siguiente cita —le explicó su nieta.

—¿Sabes qué? Acabo de ver a tu abuela.

—«Han pasado cien años», ¿no? —dijo Mai con tono de broma, mirando de reojo el libro que seguía en el regazo de Shingo.

—Ya hice todo eso con Yuriko.

—¿El qué?

—Nada, olvídalo.

Shingo entrecerró los ojos para forzar la vista y mirar los cerezos *kawazu* en flor.

—Pues bien, Mai, veo que ya te has hecho mayor. No, mejor dicho: te has convertido en una mujer realmente admirable.

Después de un instante de duda, Shingo se volvió hacia su nieta y le dirigió las palabras que le vinieron a la cabeza.

—Eso de mostrar siempre una sonrisa… no es nada fácil, ¿sabes? Lo haces para mí y también para los otros viejos, ¿verdad? No paras de sonreír para animarnos a todos. Eres increíble. Yo no podría hacerlo.

—Solo hago lo que solía hacer la abuela.

—¿Ah, sí?

—Quizá nunca te diste cuenta porque tú solo pensabas en el trabajo, incluso cuando estabas en casa. Para llegar a tu turno a tiempo, tenías que acostarte a una hora determinada, levantarte a una hora determinada y cepillarte los dientes durante no sé cuántos minutos determinados. Y te pasabas el día hablando de eso. Si

quieres que te diga la verdad, la abuela se quejaba de vez en cuando y nos comentaba lo obsesionado que estabas con tus horarios. Decía que tenías un horario no solo para tus trenes, sino también para ti mismo. Aunque, claro está, siempre lo decía con una sonrisa.

La sonrisa despreocupada de Mai le hizo pensar a Shingo en su esposa. Y, una vez más, las palabras salieron solas de su boca.

—Mai, hay un lugar que me gustaría visitar. ¿Me llevarás allí mientras los cerezos sigan todavía en flor? Y me gustaría que viniese también Sanae.

—Por supuesto. Déjame que lo adivine. Se trata de una estación en las montañas, ¿verdad? Situada en la línea del tren que tú conducías. Un lugar donde hay unos cerezos *yamazakura* preciosos.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, soy tu nieta.

Mai desvió la mirada.

—De hecho, antes de que la abuela muriera, un día que fui a visitarla al hospital, me mencionó que ella nunca llegó a ir. Y aunque lo dijo con su sonrisa de siempre, no pude evitar fijarme en la tristeza que asomó a sus ojos. De modo que decidí investigar.

»Descubrí que, después de que clausuraran esa línea ferroviaria, la estación se convirtió en un lugar de difícil acceso —continuó diciendo Mai, y la sonrisa reapareció en sus labios—. Creo que fue por esa época cuando la abuela dijo que quería ir a visitarla. La línea sigue en desuso, pero, al parecer, han arreglado las vías de ambos lados de la antigua estación para hacerlas transitables para los senderistas y convertirlas en lo que se conoce como una vía verde. ¿Recuerdas que aquellos cerezos *yamazakura* se hicieron famosos en su momento? Pues, por lo visto, vuelven a serlo y el lugar ha revivido. Se ha convertido en una de esas estaciones recónditas dignas de Instagram. Estaciones *hikyō,* las llaman los aficionados a esas cosas.

«Bien, pues ahora es mi turno de cumplir una promesa —pensó Shingo—. Al fin y al cabo, Yuriko ha aparecido para que pudiésemos disfrutar de nuestro baile».

—Podemos ir hasta allí en mi coche el próximo día que tenga libre. Me encargaré de pedir la autorización que se necesita para acceder a la zona.

Shingo sonrió en silencio al oír la voz alegre de Mai.

Unos días más tarde, los cuatro —Mai y su esposo, que se turnaron al volante, Shingo y Sanae— partieron para pasar un día de excursión. Tal y como había dicho Mai, la zona de la estación se había transformado en un moderno centro turístico, con un parque de reciente construcción y elegantes cafeterías y restaurantes. El edificio de la estación era ahora una cafetería, y el andén había sido reconvertido en una terraza con mesitas. Era el lugar perfecto para admirar los cerezos *yamazakura.* Chicas incluso más jóvenes que Mai se turnaban para tomarse fotos con sus teléfonos.

La memoria de Shingo había mejorado después de su visita a aquella curiosa tienda, pero a medida que pasaban los días estaba retrocediendo hacia su pésimo estado anterior. Con cada vez mayor frecuencia se encontraba plantado delante del mostrador del comedor sin reconocer a Mai, y solo la recordaba cuando ya se había sentado a la mesa. Quizá hubo días en los que se abalanzó sobre la comida sin darse cuenta siquiera de que había ignorado por completo a su propia nieta. Aun así, por alguna razón, aquella sensación de urgencia que tanto lo atormentaba antes no había reaparecido.

Aunque fuera solo durante un rato, pudieron pasear por el sendero. Mai y su marido se turnaron para empujar la silla de ruedas, y el lugar que antes ocupaban las traviesas de las vías del tren estaba ahora cubierto con un pavimento de asfalto flexible. El camino —que tenía la anchura suficiente para el paso de un vagón de tren— no parecía muy estrecho, aunque esa sensación perduró solo hasta que se cruzaron con otra silla de ruedas. Para salir airosos, fue necesario cierto nivel de consideración por parte de todos, pero en momentos como ese era cuando Mai estaba de verdad en su elemento. Solucionó el tema hablando de una manera

tan alegre y distendida que incluso el gruñón ocupante de la otra silla de ruedas acabó sonriéndole con ironía.

Aun así, cuando Shingo vio la hierba crecida y los matorrales que había más allá del sendero pavimentado, sintió una oleada de profunda desesperanza. No existía ni la más remota posibilidad de que un tren volviera a pasar por allí. Ese pensamiento lo impactó con la ineludible verdad de que una época había tocado a su fin. ¿Habrían contemplado esa misma escena sus antiguos compañeros de trabajo? De ser así, ¿qué emociones habrían sentido?

El camino permitía también el acceso al otro andén, justo debajo de los cerezos *yamazakura.* Mai, en colaboración con su esposo, empujó la silla de ruedas por la suave pendiente. Cuando llegaron arriba, Shingo vio que también aquel lado estaba completamente renovado. Pétalos de flor de cerezo flotaban en el aire como copos de nieve.

—Han pasado cien años —se sorprendió diciendo Shingo, pues sus labios se movían solos.

No entendía por qué había recordado esas palabras justo en aquel momento. De hecho, ni siquiera recordaba de dónde salía la frase.

«No tiene por qué tener tanto miedo a olvidar».

¿Quién le había dicho esas amables palabras? Lo único que se había quedado impreso en su cabeza era la imagen de algo de color granate. También recordaba débilmente que había un gato que parecía una gran bola de pelo.

Por lo visto, sus tres acompañantes no lo habían oído, inmersos como estaban en la emoción de contemplar los cerezos en el auge de su floración. Pétalos blancos se arremolinaban en el aire como confeti. Shingo vio cómo, de pronto, Mai abría mucho los ojos. Con alegría, tomó la mano de su esposo y se la llevó al vientre. Sanae unió entonces las manos en un aplauso silencioso.

«Yuriko, cariño mío. Nuestra querida hija y su pequeña se han convertido en mujeres maravillosas, ¿verdad?».

Y fue en aquel momento. La brisa que rozaba sus oídos se transformó en palabras.

«Estamos juntos, por fin».

Desde algún lugar, una voz suave y silenciosa inundó el corazón de Shingo y una delicada calidez le recorrió todo el cuerpo. «Cierto, seguimos juntos, ¿verdad?». Y, lentamente, sucumbió al peso de sus párpados.

—¿Abuelo? ¿Te has dormido? —oyó que decía su nieta mientras él respiraba tranquilamente—. Parece que está teniendo un sueño bonito. Está sonriendo.

Después oyó la voz de su hija.

—Lo está, ¿verdad? No recuerdo la última vez que lo vi sonreír así.

Las voces empezaron a alejarse, a disolverse en la distancia. Deseoso de no perderlas, Shingo consiguió abrir mínimamente los ojos. En la estrecha neblina de su campo visual, un único pétalo blanco flotó de izquierda a derecha, hasta desaparecer en la nada.

Interludio

El secreto contenido en un nombre



Después de despedir al antiguo maquinista, la chica devolvió a su lugar *Diez noches de sueños* y tomó el ejemplar de *Soy un gato,* que estaba colocado justo al lado. Como era habitual, carraspeó levemente antes de abrir el libro.

—«Soy un gato. Y mi nombre es inexistente…».

Pero, justo cuando empezaba a leer, cerró la boca, se volvió hacia la gata y frunció el ceño, un gesto que no era propio de ella. Era como si de repente se hubiera acordado de algo importante.

—Oye, Kobako —dijo—. ¿Quieres escuchar una historia realmente vergonzosa sobre mí? Quieres, ¿verdad? Sé que quieres.

Aunque la gata permaneció en su posición de la hogaza habitual, abrió un ojo. No del todo, pero sí lo suficiente como para delatar un destello de curiosidad. Sus bigotes se agitaron una sola vez.

—Después de leer esta primera frase, me pasé un buen tiempo convencida de que el gato se llamaba «Inexistente».

Claramente decepcionada por la historia, la gata replicó con un bostezo.

—Imagino que la primera vez no leí la frase, sino que la escuché. Estoy casi segura de que fue mi padre quien me leyó ese libro. Y que su entonación no sería la más correcta. —La chica resopló—. De haber leído yo el texto, no creo que hubiera cometido un error tan tonto como ese. Además, era muy pequeña. Ni siquiera había empezado primaria. Verás, papá no era del tipo de persona que piensa en esas cosas. Quizá nunca se es demasiado joven para leer

a Sōseki, aunque *Botchan* habría sido un libro más adecuado para una niña en edad preescolar, ¿no te parece?

El animal no emitió el más mínimo sonido. La chica volvió a colocar *Soy un gato* en la estantería, y después unió las manos a la espalda y empezó a deambular de un lado a otro de la tienda.

—Y ya que estamos hablando del tema, te lo diré. Cuando te conocí, el primer nombre que me vino a la cabeza fue «Inexistente».

Cuando oyó aquello, Kobako se incorporó y puso una expresión como si acabaran de echarle un cubo de agua fría encima. Incluso se le erizó el pelo del lomo.

—¿Qué opinas? ¿Te habría gustado llamarte Inexistente?

Para cuando la joven terminó de hablar, la gata agitaba de un lado a otro su esponjosa cola y la golpeaba contra la superficie de la mesa. Claramente malhumorada, la gata parecía estar a punto de lanzarse al ataque.

—Oh, lo siento. ¿Te ha… molestado? ¿De verdad te parece tan grave?

La chica no parecía muy preocupada. Se acercó entonces a otra estantería, situó el dedo índice a la altura de los lomos de los libros y lo deslizó sobre ellos. Era hora de elegir un nuevo título.

—¿Te acuerdas del día que nos conocimos? Tú estabas sentada en tu característica postura de la hogaza y, en cuanto te dije hola, hiciste justo lo que estás haciendo ahora. ¡Eras una gatita muy valiente! No te cortaste ni un pelo a la hora de querer intimidarme, aun siendo así de pequeña.

La chica se situó de cara a la gata y separó el índice del pulgar tanto como pudo. La distancia entre ambos dedos no pasaría de los diez centímetros. La gata emitió un breve gruñido, como si quisiese protestar y decir: «Es imposible que fuera tan diminuta». Y a continuación, ya mucho más tranquila, escondió las patas delanteras y traseras debajo del cuerpo, una a una, y recuperó su posición característica.

Surgidas del acero gris de la imagen mental,
las trepadoras de chocolate se enredan entre las nubes.

Al poco, de la boca de la chica empezó a fluir un torrente de palabras. Quizá hablara para sí misma, aunque, como si estuviera sumida en un trance, no parecía ser consciente de su propia voz.

Matas de rosas silvestres y humedales ricos en humus.
Patrones de distorsión por todas partes.

Las flores de cerezo que decoraban la tienda habían iniciado su suave balanceo. Y entonces, cuando la yema del dedo de la chica pasó por encima del lomo de un libro en particular, la gata maulló brevemente.

—¿Intuyo que este es el siguiente?

Kobako volvió a emitir un maullido, esta vez algo más prolongado. Parecía como si le estuviese suplicando algo.

—Es un libro bastante largo —dijo ella—. ¿Qué parte quieres que lea? ¿Aquella en la que los niños despegan hacia el cielo? ¿Quizá la de la laguna de las sirenas?

Se agachó para quedarse a la altura de la gata. Esta abrió los ojos y la miró fijamente. Y entonces se oyeron varios «mmm», algo parecido a sonidos de asentimiento, emitidos no por la gata tricolor, sino por la chica.

—Entiendo. De modo que tendremos dos invitados. ¿Y llegarán juntos? Esto es bastante excepcional, ¿no? No es lo mismo que la pareja de marido y mujer que tuvimos la otra temporada. Mmm… De acuerdo, pues.

Dicho esto, se incorporó y, tomando el libro con reverencia, abrió la cubierta. Emitió su característico carraspeo, bajó una pizca el tono de voz y empezó a leer en voz alta:

—«La roca era ahora muy pequeña; pronto quedaría sumergida».

El compás rítmico del *Bolero* resonaba junto a la voz de la chica, firme y regular como el tictac de un reloj.

Tres



«Solo los que son alegres, inocentes e insensibles».

Después de llamar a la habitación de su hermana mayor, oyó un escueto «sí». La puerta se abrió tras una breve pausa. La moqueta del cuarto de su hermana era de color azul claro, una tonalidad que no podría describirse como tradicionalmente «femenina». La única razón por la que esto le llamó la atención fue porque el espacio estaba casi vacío. Apiladas contra la pared había montañas de cajas.

—Perdón, ¿estás ocupada? Preparar una mudanza debe de ser duro, ¿no?

Vestida con una sudadera, su hermana tocó el borde de la montura negra de sus gafas y negó con la cabeza mientras le decía que no estaba siendo tan horrible como había imaginado. «Mentirosa», pensó Kaho con amargura. Su hermana tenía la costumbre de tocarse las gafas con la punta del dedo cuando mentía. ¿De verdad creía que ella no se había dado cuenta? Quizá ni siquiera se hubiera percatado de que tenía aquella manía. Aunque daba igual. Una vez más, Kaho se reservó sus pensamientos y sacó a relucir el tema que la había llevado hasta allí.

—Y bien, ¿tienes algún plan para mañana, Shiho?

—No —respondió su hermana sin dudarlo un instante.

Su respuesta fue tan seca como antes, aunque ahora no se llevó la mano a las gafas.

—Parece que las flores de los cerezos del río ya se han abierto. Ya sabes, los que hay camino del colegio. Chii me ha enviado un mensaje diciéndomelo. Me preguntaba si querrías ir a verlos, celebrar un pequeño *hanami* conmigo.

—¿Un *hanami*? ¿Solo nosotras dos?

—Hemos recorrido ese camino durante seis años, pero nunca hemos ido a ver juntas los cerezos en flor.

—Porque normalmente teníamos vacaciones de primavera durante la temporada de floración. Y nunca vamos por allí a no ser que sea

para ir al colegio.

—Exacto. Por eso he pensado que estaría bien ir a ver los cerezos en flor las dos juntas, antes de que te vayas.

—Me da bastante igual.

Se quedaron calladas. «¿No me merezco quizá que se me reconozca el mérito de haber tenido el valor de pedirte esto?», pensó Kaho. Pero entonces se sorprendió diciendo algo que ni siquiera ella vio venir.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decir?

—¿Qué?

—Es solo que…

Kaho se interrumpió a media frase, demasiado turbada como para poder continuar con las palabras que flotaban en su cabeza. Por otro lado, sabía que esa podría ser su única oportunidad de pronunciarlas.

—A partir de abril empezaremos a vivir separadas por primera vez en nuestra vida —dijo Kaho—. De hecho, al ser gemelas, estamos juntas desde antes de nacer. ¿Sientes… algo? ¿Algo un poco emotivo, sentimental o lo que sea?

—Bueno, supongo que siento… —empezó a decir Shiho. Y entonces, tocando otra vez la montura de sus gafas, continuó—: Siento que tengo la necesidad de dar gracias a los dioses por no tener que preocuparme más por la desaparición repentina de mi helado y mi *purin.*

—Eso es válido para ambas partes.

—Y no lo niego, pero también te diré que Tae-chan ha sido declarada culpable de ese delito en más de una ocasión.

Tae-chan era su madre. En algún momento, las dos habían dejado de llamarla «mamá» y habían empezado a utilizar su nombre. Si algo las había impulsado a hacerlo, Kaho ya no lo recordaba. Pero estaba bastante segura de que había sido idea de Shiho. Al menos, según su madre, había sido su hermana la que de repente la había llamado un día de aquella manera. Sin embargo, cuando se lo comentaban a Shiho, ella se encogía de hombros con indiferencia y decía: «¿Yo hice eso?». Y ahí terminaba el asunto. En cuanto a

Kaho, se había limitado a seguir la iniciativa de su hermana, sin darle muchas vueltas.

—Lo que tú digas —dijo Kaho. Luego levantó una mano y añadió —: Entonces vamos mañana. Que no se te olvide.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches.

En cuanto Kaho se marchó, su hermana cerró la puerta.

Cuando Kaho era pequeña, creía que Shiho y ella eran las dos mitades de un todo. De hecho, según su madre, incluso cuando ya eran lo bastante mayores como para ser conscientes del mundo que las rodeaba, había momentos en los que se cuestionaba si las niñas entendían del todo que eran dos seres distintos.

Por ejemplo, si Shiho acababa de comer rápido, Kaho, que apenas había tocado su plato, declaraba que estaba llena y dejaba de comer. En alguna ocasión, Kaho se había caído y se había raspado la rodilla y Shiho había roto a llorar y había asegurado que también ella sentía dolor justo en el mismo sitio. Había incluso veces en las que, si una de ellas sufría una lesión especialmente grave, en la rodilla derecha por ejemplo, su madre descubría misteriosas ronchas en la hermana, también en la rodilla derecha.

Sin embargo, y quizá fuera por su personalidad relajada —Tae-chan era, por decirlo desde un punto de vista positivo, una mujer despreocupada y, dicho sin rodeos, muy ingenua—, a su madre todo aquello no le parecía especialmente extraño. Tal vez se debiera también a que era madre primeriza. Fuera por lo que fuese, siempre le restó importancia por considerar que debía de ser cosa de todos los hermanos gemelos. Ni siquiera su padre se mostró nunca muy preocupado, pues siempre daba por sentado que una de ellas se hacía daño a propósito por querer ser igual que la hermana. Aun así, sus padres siempre se aseguraron de que las dos recibieran el mismo trato.

Pero llegó un momento en que las cosas empezaron a cambiar, probablemente después de que actuaran en aquella obra de teatro cuando estaban en el parvulario. A Shiho le dieron el papel de

Wendy, y a Kaho el de Campanilla. Hacia el inicio de la obra, había incluso una escena en la que Wendy y Campanilla —es decir, Shiho y Kaho— llegaban a las manos por Peter Pan.

Al principio, Kaho estaba muy emocionada. No solo iba a interpretar a un hada, sino que además llevaría un disfraz con un par de alas transparentes. Seguramente llegó a creer, al menos por un tiempo, que con esas alas podría volar. El disfraz de Wendy, por otro lado, era un vestido de color apagado y de aspecto bastante normal. La verdad era que Kaho había sentido un poco de lástima por su hermana.

Sin embargo, a medida que fue conociendo los detalles de la historia, Kaho empezó a sentir envidia de Shiho. A pesar de que Peter la llamaba de vez en cuando «mi pequeña hada», Campanilla no era para él más que su leal compañera, alguien a quien siempre daba por sentado. Pero Peter sentía un gran cariño por Wendy, y por eso era ella la que recibía su atención más especial. Además, por aquel entonces Kaho vio la película de Disney y descubrió que Campanilla había quedado reducida a un personaje sin diálogos.

Los ensayos para la representación apenas llegarían a unas pocas horas al día durante un mes escaso. En ese breve periodo, Kaho se vio obligada a experimentar de golpe todas las emociones que iban más allá de lo que le gustaba y lo que no le gustaba; es decir, empezó a compararse con su hermana, y eso despertó en ella sentimientos de superioridad y celos.

Pero gran parte de la razón por la que Kaho parecía no poder olvidar aquella obra de teatro fue Shoma Hiiragi, el niño que representaba el papel de Peter Pan. Kaho estaba segura de que Shiho sentía lo mismo.

El día siguiente llegó envuelto en un agradable sol primaveral. Era el último domingo de marzo. Aquella semana, su hermana se marcharía de casa y empezaría a vivir sola en Tokio. Cuando fue aceptada en la facultad de Medicina de la ciudad —no había donde estudiar la carrera más cerca de casa—, su padre se había tomado un día libre para ayudarla a buscar piso. Habían acabado eligiendo

uno muy cerca de la universidad. Kaho aún no había visto el supuesto «nuevo hogar» de su hermana, pero Shiho le había contado que el edificio tenía una seguridad increíblemente estricta, que era justo lo que su padre quería. Kaho asistiría, en cambio, a un colegio universitario próximo a casa, simplemente porque era el único lugar donde la habían aceptado. Lo cual había sido de esperar, pues, a diferencia de Shiho, Kaho había dejado de tomarse en serio los estudios después de superar los exámenes de educación superior.

A pesar de que habían ido y venido juntas del colegio absolutamente todos los días, aquella podía ser la última vez que recorrieran aquel camino las dos. La noche anterior, después de su conversación con Shiho, Kaho había estado pensando qué ponerse para la ocasión. Pero entonces, al darse cuenta de repente de que se estaba comportando como si se estuviera preparando para una cita, había sonreído con ironía para sus adentros. Al final se decantó por una falda vaquera, un top blanco de punto y, encima, una rebeca de color verde musgo. Decidió llevar también una chaqueta ligera, por si acaso.

Durante el desayuno, las dos hermanas acordaron salir de casa a las nueve y media. A esa hora, Kaho se plantó en la puerta y esperó a su hermana. Cuando Shiho se presentó, Kaho se quedó pasmada al ver cómo iba vestida.

—¿Por… por qué te has puesto el uniforme del colegio?

—Ya he metido en la maleta prácticamente toda mi ropa.

—Pero no el uniforme.

—Bueno, nunca me pondré esto en la universidad, ¿no te parece?

Shiho tenía razón.

—Si tienes algún problema porque vaya así vestida, le preguntaré a Tae-chan si me puede prestar algo. Siempre y cuando te parezca bien esperar a que me cambie, claro.

—Esa sería la peor idea del mundo.

—¿Acabo de oír mi nombre? —dijo la voz de su madre, procedente de la parte trasera de la casa.

Llevaba un vestido negro con un enorme lirio blanco. Por un segundo, dio la impresión de que algo estaba a punto de engullirla.

Una diadema de encaje se asentaba en su cabeza con la misma sensación de triunfo que desprendería un pasajero que hubiera conseguido asiento en un tren lleno hasta los topes.

Las hermanas intercambiaron miradas y palabras mudas: «Esta mañana no iba vestida así, ¿verdad? Al menos, este modelito resulta menos extravagante que los demás». Ambas hicieron un gesto de asentimiento.

—Vais a salir, ¿no? ¿No os gustaría lucir algo más bonito?

—No, gracias, Tae-chan. Estamos bien con lo que llevamos.

Cuando Kaho cruzó apresuradamente la puerta para salir, vio que Shiho llevaba una bolsa grande de tela colgada al hombro. Aparte de la chaqueta que tenía en la mano, ella solo había cogido una bandolera pequeña.

—¡Cuidado con los coches! —oyeron que decía su madre a través de la rendija que dejaba la puerta al cerrarse.

En cuanto se pusieron en camino, las hermanas pasaron un rato charlando sobre el estilo de vestir de su madre. El conjunto que llevaba antes era lo que ella consideraba ropa de diario. Era el tipo de atuendo que usaba para cocinar o incluso para limpiar el baño.

—Hablando de moda —dijo Shiho—. Mucha gente cree que la «moda Lolita» empezó en Japón, pero parece ser que no es así.

—¿En serio? Aunque tampoco es que el tema me interese especialmente.

—Hace décadas, en los años ochenta, hubo en el Reino Unido un dúo femenino de música pop llamado Strawberry Switchblade. Por lo visto, ese era su estilo. Ya sabes, vestidos de lunares blancos y negros y accesorios grandes para el pelo, ese tipo de cosas. Digo «Lolita», pero supongo que serían más bien góticas.

—¿Y todo eso lo sabes por…?

—Oh, porque cuando me harto de estudiar y necesito un descanso me gusta mirar cosas por internet. Por ejemplo, busco palabras que conozco, pero no en profundidad. Últimamente he estado leyendo sobre «neotenia», sobre el concepto budista *«issai shujō shitsu u busshō»* y sobre el de *«sin-aplenty»,* pensando que significaría algo así como «pecados a porrillo», pero resultó ser una palabra inventada. Una decepción, la verdad.

«Claro», estuvo a punto de decir Kaho, pero en cambio se quedó mirando a su hermana ladeando la cabeza.

—Espera un momento. A mí todo eso que me cuentas que haces no me parece un descanso.

—¿Qué? Pues claro que lo es. Utilizar la cabeza para cualquier otra cosa, aunque sea por poco rato, me ayuda a seguir adelante cuando tengo la sensación de haber llegado a un callejón sin salida. Sobre todo en temas como las matemáticas.

—Y yo que pensaba que nuestra madre era el único bicho raro de la casa…

—Las dos somos hijas de Tae-chan. Debe de ser de familia.

—A mí no me incluyas. Yo soy una persona sensata, como papá.

—Eso sería forzar mucho la cosa… Somos gemelas, recuérdalo.

Mientras caminaban, el sol empezó a calentar cada vez más. «Al final no voy a necesitar la chaqueta», pensó por un momento Kaho. Su hermana seguía hablando.

—La palabra «neotenia» sí que es interesante. En términos generales, significa que hay determinadas criaturas que conservan rasgos infantiles incluso después de llegar a la edad adulta. El ajolote es una de ellas. Por eso nos parecen tan monos.

—¿Rasgos… infantiles?

—¿Sabes esos insectos que se encierran en capullos? Tienen un aspecto completamente distinto antes y después de su transformación, ¿no? Pues bien, aunque son muy excepcionales, existen polillas capaces de reproducirse siendo todavía orugas. Y eso es lo que llaman «neotenia». Supongo que las aves y los mamíferos no pasan por transformaciones tan drásticas, pero, aun así, los bebés y los adultos tienen un aspecto muy diferente, sobre todo en lo relativo a la proporción entre cuerpo y cabeza y ese tipo de cosas. ¿Me explico?

—Sí, claro.

—Y después de leer todo eso fue cuando recordé algo que había oído decir sobre los gatos: que el maullido solo lo utilizan cuando son gatitos para comunicarse con su madre. Que, de adultos, los gatos apenas se maúllan entre ellos. Y que, a lo largo de la historia de su domesticación, han aprendido a llorarles a los humanos

incluso después de haber alcanzado la madurez. Probablemente «evolución» no sea la palabra más adecuada para definir este fenómeno, pero por ahí van los tiros.

—¿Siempre fuiste tan friki, Shiho?

—No puedo evitarlo. Los libros de texto y el material de consulta han sido mis únicos amigos durante estos últimos tres años. Por desgracia, no podemos ser niñas para siempre. Te recuerdo que falta muy poco para nuestra ceremonia de mayoría de edad.

Y mientras la conversación continuaba, a Kaho le vino a la cabeza la historia del niño que nunca llegó a crecer. Aunque la verdad era que siempre había estado ahí, cocinándose a fuego lento en su interior desde mucho antes de que llamara a la puerta de la habitación de su hermana.

La familia Hiiragi habían sido sus vecinos toda la vida. Como tenían la misma edad, Shiho, Kaho y Shoma habían cursado la etapa preescolar y la primaria en la misma escuela. Para las hermanas, los Hiiragi habían sido probablemente las primeras personas con las que habían desarrollado una relación cercana fuera del círculo de su propia familia. Shoma era hijo único, y a pesar de que Kaho y Shiho se tenían la una a la otra, no tenían más hermanos. En consecuencia, el vínculo que compartían era algo que iba un poco más allá de la típica amistad de la infancia.

Sin embargo, a medida que fueron pasando los años, todo eso empezó a resultarle bastante incómodo a Kaho. Casualmente, no hubo ni un solo curso en que los tres fueran a la misma clase, y aunque en los primeros años de primaria solían ir y venir juntos del colegio, poco a poco fueron perdiendo también esa costumbre.

Pero un día, cuando Kaho llegó a casa, su madre le comunicó que Shoma había fallecido. Fue en quinto de primaria, justo antes de las vacaciones de verano. Kaho se quedó tan atónita que ni siquiera fue capaz de descargar de los hombros la mochila del colegio. Se quedó paralizada en el recibidor, incapaz de decir palabra. Y aún hoy en día seguía recordando con toda claridad el pensamiento que la asaltó en aquel instante: comprender que cosas como aquella, el tipo de cosas que supuestamente solo sucedían en los dramas y en el manga, podían sucederle también a ella y a la gente a su alrededor. Por

primera vez en su vida, percibió la precariedad que conlleva el simple hecho de estar vivo. Y cuando por fin consiguió abrir la boca, se encontró ofreciendo una réplica indiferente antes de marcharse corriendo a su habitación. «No olvides lavarte las manos y hacer gárgaras», le había dicho su madre. Kaho todavía recordaba la escena con todo detalle.

Cuando entró en su cuarto, encontró a Shiho tumbada bocabajo en la cama. Por aquel entonces, compartían una habitación con literas y cada mes rotaban de la superior a la inferior. Aquel mes le tocaba a Shiho utilizar la cama de abajo.

Kaho abrió la boca para decir: «¿Te has enterado?», pero volvió a cerrarla enseguida. Vio que los hombros de su hermana temblaban. No emitía ningún sonido, pero estaba llorando. Al notar la mirada de Kaho, Shiho giró muy despacio su cuerpo hacia la pared y, dándole la espalda a su hermana, permaneció inmóvil, seguramente apretando los dientes.

Con el tiempo Kaho acabó comprendiendo que aquel niño debía de ocupar un lugar en el corazón de Shiho que no era el mismo que ocupaba en el suyo, pero eso no fue hasta mucho después. Por eso, en aquel momento no supo qué decir ni qué hacer. Y así, sin pronunciar palabra, Kaho dejó la mochila en su sitio, se cambió sin hacer ruido y salió de puntillas de la habitación. Cuando bajó, encontró a su madre en la cocina y le preguntó si necesitaba que le echara una mano. Su madre llevaba un vestido con un extraño estampado vegetal en colores apagados que le hizo pensar en las Siete Hierbas. Sintió tal alivio al ver a su madre que aquel estampado se le quedó grabado para siempre en la cabeza. Después, Kaho no tuvo valor para volver a su habitación hasta que llegó la hora de decirle a su hermana que la cena estaba lista.

Al día siguiente, Kaho se enteró de que Shoma padecía leucemia aguda. Pensándolo bien, su madre las había llevado una vez a Shiho y a ella a visitarlo en el hospital. Debió de ser en el invierno del año anterior o a principios de la primavera, justo después de que empezara el año escolar. Pero nadie le había explicado por qué estaba Shoma en el hospital, ni por qué tenía que permanecer ingresado allí. Además, por alguna razón, aquel día había acabado a

solas con él en la habitación. No tenía ni idea de adónde habían ido su madre y su hermana. No lo recordaba. Pero deseaba que aquello no hubiera sucedido nunca. Como una espina clavada en el corazón, aquel sentimiento seguía profundamente arraigado en ella.

—¿Sabes? Me gustas, Kaho-chan —le había dicho Shoma sin venir a cuento.

—¿Qué? —había sido lo único que Kaho había podido replicar. Quizá había dicho algo más, tal vez «gracias», pero los detalles de aquel encuentro eran neblinosos. A pesar de ello, sí recordaba haber dicho lo que de inmediato le vino a la cabeza—: Pero… te llevas mejor con Shiho, ¿no?

El rostro del chico se había quedado paralizado al oír aquello. O al menos eso le había parecido a Kaho. La mirada de Shoma se había perdido en la distancia.

—Supongo que Shiho-chan y tú me gustáis igual. Si pudiera, me casaría con las dos.

El chico había sonreído. Y al interpretar eso como una señal de que estaba bromeando, Kaho se relajó. Pero entonces, sin pensarlo, pronunció unas palabras que no debería haber dicho. Incluso ahora, no tenía valor para contarle a Shiho lo que se le escapó en aquel momento.

Nada volvió a ser lo mismo después de recibir la noticia del fallecimiento de Shoma. A partir de entonces, Kaho tuvo siempre la sensación de que guardaba un secreto que ni siquiera podía compartir con su familia. Y, en cuanto a su hermana, se fue volviendo más callada a medida que pasaban los días.

El señor y la señora Hiiragi se mudaron ese mismo año, y la familia de Kaho no había vuelto a tener noticias de ellos desde entonces. Fue durante aquellas vacaciones de verano cuando sus padres empezaron a animar a las hermanas a matricularse en el colegio exclusivamente femenino al que terminaron por ir. Quizá pensaron que estudiar en el instituto local, que estaba justo al lado de la escuela de primaria, les dificultaría superar aquella tristeza. De haber seguido allí, habrían tenido que hacer el mismo camino a diario. El colegio femenino, en cambio, estaba en la dirección opuesta.

Pero, como era de esperar, pasó mucho tiempo antes de que Kaho entendiera estas cosas. Una vez que Shiho tomó la decisión de matricularse en aquel colegio, incluso ayudó a su hermana a estudiar para los exámenes de admisión. Fue por esa época cuando Shiho empezó a llevar gafas. Kaho, con la esperanza de poder ir al mismo colegio que su hermana, se esforzó al máximo y logró superar los exámenes. Cuando toda la familia recorrió aquel camino el día de la ceremonia de principio de curso, los cerezos que flanqueaban el río, aun habiendo superado su máximo esplendor, todavía seguían en flor.

Coincidiendo con el inicio de secundaria, cada una tuvo su propia habitación. Fue Shiho quien convenció de ello a su padre. La habitación que habían compartido hasta entonces pasó a ser la de Kaho y Shiho se trasladó al cuarto contiguo, que hasta entonces había hecho las veces de trastero. Las noches que a Kaho se le ocurría comprobarlo, encontraba la luz de la habitación de Shiho casi siempre encendida, incluso pasada la hora de acostarse.

Por alguna razón, el río que seguía el curso del camino hacia el colegio estaba siempre lleno de carpas. Y no solo de carpas de colores apagados. Había también un grupo de *nishikigoi* de tonalidades intensas, adornadas con manchas rojas, blancas y negras, e incluso una con un dorado deslumbrante que parecía una especie de señor medieval. De vez en cuando, la gente les lanzaba migas de pan u otras cosas y las carpas acudían en masa procedentes de todas direcciones, transformando las aguas en un torbellino de olas tan violentas que uno casi se preguntaba si habría un volcán en erupción en el fondo del río.

Hubo un tiempo en que las dos observaban aquello con gran interés, pero, después de seis años, la sensación de novedad había desaparecido por completo. Aquel día, sin embargo, la superficie del agua estaba alfombrada con pétalos de flor de cerezo y, por debajo de ellos, puntos de rojo, blanco y dorado nadaban de un lado a otro, creando una escena que solo acontecía durante aquella estación.

—¿No te recuerda la imagen de un naipe de la baraja *hanafuda*?

—Podría ser. Aunque creo que sería más bonito si el agua estuviera más clara.

Desde el puente, las dos miraron las carpas mientras charlaban.

—En serio te digo que aún no he conseguido superar el hecho de que vayas a estudiar a una universidad tan buena.

—Tú también podrías haberlo hecho de haber querido, Kaho. Recuerda que estamos hechas prácticamente de los mismos ingredientes.

—¿Acabas de decir «ingredientes»?

—Hasta primaria, casi siempre tuvimos las mismas notas. Y pudiste acceder a la misma escuela de secundaria que yo.

—Eso no lo habría conseguido sin tu ayuda.

Kaho inclinó la cabeza en señal de respeto hacia Shiho y le dio las gracias por haberla cuidado tan bien. Shiho le devolvió el gesto, diciéndole en tono de broma que también ella la había cuidado muy bien.

—Fue la vez que más trabajé en mi vida. En cambio, tú nunca has dejado de estudiar, incluso después de haber superado el examen de admisión. A veces eres tremendamente estricta contigo misma.

—Supongo que sí —repuso Shiho—. Aunque por aquella época ya estaba decidida a estudiar Medicina.

A pesar de que eso era algo que Kaho ya sabía, era seguramente la primera vez que lo oía de boca de Shiho.

—¿Y eso se debe a…? —empezó a preguntar Kaho, aunque, sin pretenderlo, se detuvo en seco. Shiho, que iba unos pasos por delante de ella, se detuvo también y se volvió.

—Por supuesto, fue consecuencia de lo que le pasó a Shoma-kun.

Las miradas de las hermanas se encontraron. Ninguna de las dos intentó apartar la vista. Era imposible. De pronto una carpa saltó fuera del agua levantando una gran cantidad de espuma, pero ellas ni siquiera se inmutaron.

«¿Por qué me quedé sola con él en el hospital aquel día? ¿Adónde fueron mamá y Shiho?». Kaho se había formulado aquellas preguntas mil y una veces. Y seguía sin tener respuestas. Lo único

que recordaba era que de pronto estaban solos los dos, él acostado en la cama. Tenía la impresión de que él había elegido expresamente aquel momento, cuando Shiho no estaba presente, para confesarle los sentimientos que albergaba hacia ella. También recordaba que el corazón le había palpitado un poco más rápido de lo normal. Y que luego él había reculado y había dicho que le gustaban las dos. Kaho se había sentido algo molesta por ello.

—Pero… te llevas mejor con Shiho, ¿no?

El rostro del chico estaba tan blanco que casi tenía el mismo color que las sábanas del hospital.

—Supongo. Reconozco que me siento más cómodo cuando estoy con Shiho-chan. En estos momentos me siento tan nervioso que tengo las palmas de las manos increíblemente sudadas. Pero no puedo elegir.

Shoma rio débilmente. Con cierta sensación de orgullo, Kaho se descubrió diciendo:

—Eso seguro que es porque no estás enamorado de ninguna de las dos, al menos en el verdadero sentido de la palabra. No somos más que niños, al fin y al cabo. Y los niños no somos adultos hasta que nos hacemos mayores. Cuando seas mayor, seguro que elegirás correctamente. Mi padre eligió a mi madre, por ejemplo. De modo que, por el momento, será mejor que no pensemos en quién nos gusta y todas esas cosas.

Kaho expresó sus sentimientos con sinceridad. Por aquella época, las chicas de su clase habían empezado a jugar con el maquillaje y charlaban excitadas sobre el compañero de aula o el ídolo que les gustaba. Ella se sentía un poco desplazada, y ese fue en parte el motivo por el que le dijo a Shoma esas cosas. Si él no hubiese muerto, aquel no habría sido más que un simple momento trivial, uno de esos episodios que desaparecen por completo antes de tener la oportunidad de dejar una impresión de verdad.

Pero todo cambió aquel día de verano.

«A lo mejor Shoma-kun nunca llegó a la edad adulta porque aquel día lo traté como a un niño. ¿Acaso mis palabras atrajeron al destino sobre él?». Kaho sabía que aquello era imposible. Que le estaba

dando demasiadas vueltas. Incluso así, se sentía incapaz de reprimir las emociones que la atormentaban.

«Ah. Seguro que es por eso por lo que he invitado a Shiho a dar hoy este paseo conmigo, porque quería desahogarme con ella». Aunque Kaho lo había entendido por fin, no sabía cómo seguir.

Continuaron caminando por la orilla del río sin decir nada. «¿Cuándo desapareció la cabina telefónica que había delante de la confitería? ¿Te acuerdas del perro de aquel verdulero que dormía en una caja de cartón? La tienda ya no está». Deberían estar charlando sobre esas cosas, pero era como si las palabras no les saliesen.

Se estaban aproximando a una hilera de cerezos. Cuando Kaho levantó la cabeza, se quedó atónita ante la vista que se desplegaba ante ella. Sus pensamientos se esfumaron por completo durante el breve instante en que se quedó boquiabierta. Cuando por fin pudo dirigir la mirada a su lado, vio que también su hermana estaba conmovida por la escena. Bajo la luz deslumbrante, Shiho entrecerró los ojos detrás de las gafas.

Al ver un banco, las hermanas coincidieron en que ningún *hanami* estaba completo sin un pícnic, de modo que tomaron asiento. Shiho apoyó su bolsa de tela en las rodillas y extrajo de su interior una bolsita de bombones. Se la pasó a Kaho. Eran de esos dulces con alto contenido en cacao que decían que iban bien para combatir la somnolencia.

—Oh, sí. He pensado que debía devolverte esto.

Shiho sacó entonces un libro de la bolsa. Era *Peter Pan.*

—Lo he encontrado haciendo limpieza en la habitación —dijo—. Y he pensado: «A Kaho le gustaba este libro».

—Oh. Pero ¿no era a ti a quien le gustaba, Shiho? Por eso decidimos guardarlo en tu habitación, creo.

—¿En serio?

—Recuerdo vagamente haber hablado sobre el tema. Me parece que dijimos que tampoco tenía gran importancia en qué cuarto se quedara.

—Pensándolo bien, por aquel entonces compartíamos habitación.

—Sí. Teníamos muchas ganas de conseguir el libro, pero luego, cuando vimos lo largo que era, nos quedamos consternadas.

—¿Consternadas? Mírala ella, haciendo gala de su vocabulario elegante.

—¡Oye! No seas mala.

Kaho apoyó ambas manos en el banco, arqueó el cuerpo y echó la cabeza hacia atrás. Los cerezos estaban en el apogeo de su floración.

—De todos modos —continuó Kaho—, ya somos mayores, o como mínimo lo bastante maduras como para utilizar palabras como «consternadas».

—Sí, por supuesto. En comparación con cuando estábamos en el parvulario o en primaria.

El sol estaba mucho más alto que cuando habían salido de casa. Sus rayos se reflejaban en las flores, y los pétalos blancos parecían lucecitas centelleantes.

—¿Cuáles eran tus frases, Shiho?

—¿Qué?

—¿No te acuerdas de las frases que decías en la función del colegio?

—Ah, eso. Pues claro que no me acuerdo.

Kaho abrió *Peter Pan,* sin elegir ninguna parte del libro en concreto. Y mientras sus ojos recorrían el texto, un párrafo situado a mitad de página, pensó: «Ahora sería un buen momento para sacar a relucir el tema de Shoma-kun». Shiho acercó la cabeza para mirar también el libro.

—«La roca era ahora muy pequeña; pronto quedaría sumergida. Unos pálidos rayos de luz se deslizaron por las aguas…».

«¿Qué escena era esa?». Y mientras Kaho pensaba, Shiho le tiró de la manga.

—¿Has oído eso? Me parece que es un gato.

—¿El qué?

Kaho aguzó el oído y alzó la vista. A pesar de que no oyó nada, le pareció que el escenario había cambiado de alguna manera. Observó el camino que conocía tan bien y se percató de que había algo que no cuadraba. Seguramente con una sensación similar, Shiho se levantó y estudió el entorno con inquietud.

—Oye, mira, allá en el cruce. ¿Ese edificio siempre ha estado ahí?

Kaho volvió la cabeza hacia donde miraba su hermana y vio un semáforo. Justo al lado había un cerezo llorón excepcionalmente alto. El árbol destacaba sobre el resto del paisaje.

—¿Y no es un poco raro ese cerezo? Nunca había visto flores de tantos colores en un mismo árbol, ni siquiera en la tele.

Shiho tenía razón. Y entonces ella lo oyó también. El maullido de un gato. Era un tono serio, como si estuviera suplicando algo o llamándolas. De repente, Kaho notó que su hermana la había tomado de la mano y la estaba guiando hacia la construcción de madera de dos plantas que no había visto jamás en los seis años en que había recorrido aquel camino.

Cuando se acercaron, se hizo evidente que aquello era algún tipo de tienda. En el rótulo escrito en tiza roja y blanca se podía leer la palabra «Sakura». Las hermanas intercambiaron unas palabras mudas, solo con la mirada: «No conocemos esta tienda. No, definitivamente no estaba aquí antes».

—¿Qué hacemos?

—Entrar da un poco de miedo, ¿no?

Pero, antes de que a Kaho le diera tiempo a responder, Shiho ya había abierto la puerta. Después de avanzar de puntillas, Kaho se colocó detrás de su hermana, que había asomado la cabeza al interior, y echó un vistazo a la tienda. En el ambiente flotaba un aroma a café y se oía una melodía al fondo. Era el *Bolero* de Ravel. Lo sabía porque lo habían escuchado en clase de música.

Shiho agarró a su hermana de la muñeca y tiró de ella hacia el interior. De entrada Kaho pensó que era una cafetería, pero luego observó que había estanterías abarrotadas de libros por todas partes. Vio también ramas de cerezo en flor dispuestas en jarrones por todo el establecimiento.

Se armó de valor y se situó al lado de Shiho. Una chica con una blusa blanca y un vestido tipo delantal de color granate se plantó delante de ellas. Era más o menos de su misma estatura y, aunque parecía unos años mayor, no llevaba maquillaje.

Tenía un libro abierto en las manos y estaba leyendo un pasaje:

—«Unos pálidos rayos de luz se deslizaron por las aguas; y luego se oyó un sonido que al mismo tiempo era el más musical y el más

triste del mundo: las sirenas cantando a la luna».

La chica levantó la vista, y una alegre sonrisa se dibujó en sus labios. Su mirada empezó a ir y venir entre Kaho y Shiho.

—¿Qué… qué pasa?

—Oh, es solo que había dado por sentado que nuestras siguientes invitadas eran unas niñas. Un pensamiento muy superficial por mi parte. Las ideas preconcebidas nunca son buenas, ¿no les parece? Les damos la bienvenida, por supuesto. Tomen asiento, por favor.

La chica señaló una mesa para dos personas con un cartel en el que se leía la palabra «Reservado». Y fue como si a las dos hermanas les pasara el mismo pensamiento por la cabeza («¡Pero si no hemos hecho ninguna reserva!»), pero, como no sabían qué otra cosa hacer, se sentaron la una frente a la otra.

La joven colocó una servilleta y un posavasos delante de cada una de las hermanas. Se llevó una mano a la boca, la cerró en un puño y carraspeó con dulzura.

—Muy bien. El libro que estaban leyendo, la historia de Peter Pan, conocido también como el niño que no quería crecer, fue concebido originalmente como una obra de teatro. Cuando se estrenó, en 1904, fue un gran éxito, y no tardó en convertirse en una tradición navideña muy estimada por todos. Ah, por cierto, se dice que la frase «nadie puede volar a menos que haya sido rociado con polvo de hadas» fue añadida tres o cuatro años más tarde a petición del Servicio de Ambulancias de Londres. Corría el rumor de que muchos niños acababan en el hospital después de saltar imprudentemente desde la cama. Y no los culpo por ello. Reconozco que hubo un tiempo en el que incluso yo creía que podía volar.

La chica pasó a sujetar el libro con una sola mano y levantó el dedo índice de la otra.

—La obra fue novelizada por el mismo dramaturgo bajo el título de *Peter Pan y Wendy,* el libro que tenemos aquí. Personalmente, mi parte favorita es el último capítulo. Sobre todo el momento en que Wendy, que ha sido madre, recibe la siguiente pregunta por parte de Jane, su hija: «¿Por qué ya no puedes volar, mamá?». Y esto es lo que le responde.

La chica volvió a abrir el libro, cerró la mano en un puño para acercársela de nuevo a la boca, carraspeó levemente y empezó a leer con una entonación dramática.

—«Porque cuando nos hacemos mayores ya no somos alegres, inocentes e insensibles. Y solo los que son alegres, inocentes e insensibles pueden volar».

Y entonces, con una mirada que decía «¿Y qué pensáis vosotras?», se volvió hacia las hermanas. Pero lo único que ellas fueron capaces de hacer a modo de respuesta fue quedarse mirándola en un silencio perplejo. «¿Qué está pasando aquí exactamente?», pensaron ambas.

—Pues bien, señorita Shiho Fukamichi y señorita Kaho Fukamichi.

«¿Cómo sabe nuestros nombres?», se dijo Kaho, con intención de preguntárselo, pero Shiho levantó una mano y le impidió hablar.

—A decir verdad, fue mi amiga la que las invitó a venir. Creo que ambas ya han oído su voz, pero le gustaría presentarse debidamente.

Cuando la chica terminó de hablar, un gato subió de un brinco a la mesa de las hermanas. Era un gato tricolor con una cola larga e impresionante. Moviéndose con habilidad entre posavasos y servilletas, el felino pasó por delante de las hermanas para instalarse en un lugar relativamente espacioso junto al borde de la mesa. Y entonces se volvió hacia ellas y adoptó la posición de la hogaza.

—Les presento a mi gata, Kobako. En realidad se llama Kōbako, con un «kō» más largo, pero le abrevié el nombre.

La gata bostezó y echó la cabeza hacia atrás, y el movimiento dejó al descubierto su chapa identificativa. En efecto, el nombre escrito en caracteres *kanji* era «Kōbako».

—¿Qué es este lugar exactamente? ¿Tenemos que pedir algo para tomar? O… ¿es una librería?

—Imagino que somos una librería, pero también servimos café. Para explicarlo de forma muy sencilla, es una tienda un poco extraña. Pero da igual si compran algo o no. Lo que sucede es que, por pura coincidencia, ustedes abrieron la misma página del mismo libro que estaba leyendo yo y el pasaje se conectó. Y digo «coincidencia», pero en realidad ha sido algo así como deliberado.

—No entiendo nada de lo que acaba de decir.

La chica levantó el dedo índice y ladeó la cabeza.

—Ya se lo mencioné antes a otro cliente, pero se podría decir que el servicio que ofrecemos es como permitir que la gente gane la lotería incluso sin haber comprado un décimo. El mundo necesita un poco de estas cosas. Y esta también opina lo mismo.

Kobako abrió un solo ojo y emitió un maullido adormilado. Kaho y Shiho miraron a la chica y a la gata.

—Cada una de ustedes tiene algo que desea saber, algo que desea confirmar y, de ser posible, algo que le gustaría confesar a la otra. ¿Es así?

Las hermanas intercambiaron miradas. La boca de Shiho se había quedado abierta en forma de *o*.

—Y si es ese el caso, lo más fácil es que tomen cartas en el asunto. Ah, y que conste que cosas así no pasan todos los días. Aunque también es cierto que en la vida ocurren cosas inesperadas, como las que experimentó el autor de este libro. La inspiración para crear una historia sobre un niño que no crece nunca le llegó después de conocer a cinco hermanos en un parque. Cuando transformó la historia en una obra de teatro, el éxito fue enorme. Más tarde, cuando los padres de esos cinco niños fallecieron trágicamente, él se acabó convirtiendo en el tutor de todos ellos. En este mundo hay más milagros de los que tendemos a creer, ya saben. El hecho de que ustedes dos nacieran gemelas es uno de ellos. —Y, ladeando la cabeza, la chica añadió—: Ver para creer.

Se dirigió entonces a la gata.

—Ahora te toca a ti, Kobako.

La gata tricolor abrió por fin los dos ojos. Se incorporó sobre la mesa y emitió un maullido prolongado.

—Ah, casi se me olvida. Al principio se sentirán un poco mareadas, pero no se preocupen, por favor. No es nada grave.

La voz de la chica se empezó a distorsionar mientras hablaba. Al mismo tiempo, una intensa sensación de malestar se apoderó de Kaho, como si le estuvieran estrujando el corazón. «¿Y esto es "un poco"?», quiso decir. Pero, antes de que le diera tiempo a protestar, notó como si la arrojaran hacia algún lugar lejano.

De pronto, Kaho estaba en un pasillo. A juzgar por el olor, se encontraba en un hospital. «¿Qué está pasando?», pensó, y se volvió hacia Shiho. Pero lo que vio fue realmente inesperado: su hermana era una niña. Ni siquiera tenía la edad para estar en los últimos cursos de primaria, y el hecho de que no llevara todavía gafas era prueba de ello. Con las manos unidas a la espalda, la niña tenía la mirada fija en el suelo de linóleo.

En la puerta de la habitación de hospital que tenían delante había cuatro nombres manuscritos. Uno de ellos era «Shoma Hiiragi». Kaho notó que alguien le estaba dando la mano. Era su madre. Iba vestida con una falda de color azul marino, una blusa blanca y una chaquetita de punto verde. Kaho casi nunca la había visto vestir de una forma tan discreta.

—Ya estamos aquí. Sé que hace mucho tiempo que no veis a Shoma-kun, pero no os dejéis impresionar, ¿entendido? No olvidéis que estamos en un hospital. Y tú, Kaho-chan, no te pierdas paseando por ahí.

Kaho se quedó perpleja. Su madre se había dirigido a su hermana y la había llamado Kaho. ¿Podría ser que Tae-chan no fuera capaz de distinguirlas? Por un momento pensó que tal vez fuera así, pero le parecía imposible. Kaho estudió con atención a la niña que tenía delante, a la que pensaba que era Shiho. Y entonces se dio cuenta. Eso sí lo recordaba bien. Aquella niña llevaba el vestido que Kaho se había puesto aquel día.

«¿Así que estoy dentro del cuerpo de Shiho aquel día? ¿Cómo es posible?». Incapaz de darle sentido a la escena, su mirada vaciló hasta que se encontró con los ojos de la otra niña, la que parecía ser ella. Fue en ese momento cuando comprendió dónde estaba Shiho. Tenía que estar en aquel mismo lugar. Kaho estaba prácticamente segura.

Pero no parecía que su yo actual —la Shiho que acababa de graduarse en la escuela de enseñanza superior— estuviera controlando el cuerpo de la pequeña Shiho. De hecho, contrariamente a las intenciones de Kaho, la pequeña Shiho tiró de repente de la manga de la chaqueta de su madre y dijo:

—Quiero ir a hablar un rato con Shoma-kun. ¿Os parece bien si Kaho y tú me esperáis aquí? Aunque también podríais ir a la sala de espera y ver qué bebidas tienen en la máquina.

En lugar de responder al instante, su madre bajó la vista un momento y se quedó mirándola sin decir nada. Luego dirigió su atención a la pequeña Kaho y le preguntó:

—¿Qué opinas, Kaho-chan? ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Entonces su madre le dio la mano a la pequeña Kaho y las dos se alejaron por el pasillo. La pequeña Shiho se había quedado sola. Y lo único que podía hacer ahora Kaho era «ver» cómo se habían desarrollado los acontecimientos desde el interior del cuerpo de Shiho. Lo único que presentía, si bien con vaguedad, era que la pequeña Shiho había actuado con un propósito firme.

—Hola, Shiho-chan. —Shoma sonrió débilmente cuando ella se aproximó a la cama.

—¿Qué tal te encuentras? No tienes cara de estar muy bien.

—Ni bien ni mal, la verdad. Los mareos van mejorando, eso sí.

—Eso es bueno.

Por el modo en que había empezado la conversación, Kaho dedujo que Shoma debía de haberle contado a Shiho más detalles sobre su enfermedad de lo que ella imaginaba. Y mientras Kaho pensaba eso, Shoma desvió un poco la mirada y dijo:

—He estado pensando sobre el tema, sobre lo que dijo el médico, y… no creo que llegue a vivir mucho más tiempo.

—Calla. Eso no lo sabemos, ¿entendido? Estoy segura de que te pondrás bien.

—Sí… El caso es que quiero decirle a Kaho-chan que me gusta. Antes de que sea demasiado tarde. Pero me pregunto si eso supondría una carga para ella. ¿Qué opinas, Shiho-chan?

Kaho notó que el pecho de Shiho se tensaba dolorosamente, porque aquellas palabras le estaban partiendo el corazón. «¿Qué está pasando?», se preguntó, y la respuesta le llegó de inmediato. Aquello era una muestra de lo muchísimo que lo había amado su hermana. ¿Desde cuándo? ¿Podría ser que ya albergara sentimientos hacia él cuando representó el papel de Wendy? Y mientras todas

esas preguntas le pasaban a Kaho por la cabeza, oyó la voz de la pequeña Shiho.

—Te ayudaré. Nos aseguraremos de que nunca tengas que arrepentirte de nada, ¿de acuerdo? De hecho, esta es precisamente la razón por la que le pedí a mi madre que hoy viniera también Kaho. Así que lo haremos: le dirás lo que sientes por ella.

Cuando acabó de hablar, Shiho apoyó una mano sobre la de Shoma.

Luego salió a buscar a su madre y a la pequeña Kaho. Hizo entrar a su hermana en la habitación, le dio la mano a su madre y se la llevó de allí. «Por eso acabé a solas con Shoma-kun en aquella habitación de hospital». Mientras Kaho recordaba aquello, la pequeña Shiho, que había guiado a su madre hacia las máquinas expendedoras al final del pasillo, se paró en seco. Entonces le dijo a su madre que esperara allí y dio media vuelta.

—Espera… ¡Shiho-chan!

Su madre intentó seguirla. Y sin querer hacerlo, Kaho dejó que las palabras «No pasa nada, Tae-chan» salieran de su boca. La voz que emergió era la de la pequeña Shiho. Kaho supuso que sería debido a que la mente de Shiho ya no estaba presente.

—¿Qué? Shiho-chan, ¿acabas de llamarme «Tae-chan»?

Dejando plantada a su aturullada madre, corrió hacia la habitación. La pequeña Shiho quería conocer desesperadamente el resultado de la confesión de Shoma; Kaho lo percibía con tanta intensidad que la sensación resultaba casi dolorosa.

Pero cuando por fin asomó la cabeza por la puerta de la habitación, la retiró enseguida. Pese a no estar segura del todo, creía haberse cruzado accidentalmente con la mirada de Shoma. Se pegó a la pared del pasillo y escuchó mientras el muchacho seguía hablando.

—Supongo que Shiho-chan y tú me gustáis igual. Si pudiera, me casaría con las dos.

Kaho lo entendió todo de golpe. Shoma sabía que Shiho estaba escuchando. Por eso fingió que no podía elegir entre ellas. Y su hermana lamentaba haberle hecho decir algo semejante.

«¿Por qué tuve que volver?».

El sonido del corazón de Shiho retumbó en su interior, y Kaho percibió los latidos como si fueran suyos.

Y justo en aquel momento fue como si el mundo entero diera una sacudida. Se sintió atrapada por una fuerza imponente y, casi al instante, reapareció en la tienda, donde se encontró sentada delante de Shiho.

Al principio le resultó increíblemente incómodo mirarla a los ojos, y le dio la impresión de que su hermana se sentía igual. Ambas buscaron a su alrededor algo en lo que concentrarse, y al final sus miradas se sincronizaron y acabaron posándose sobre la gata, que seguía en la mesa. La gata abrió un solo ojo y emitió un pequeño maullido.

Shiho rompió el silencio, pero sin mirar a Kaho.

—Estoy segura de que ya lo sabes, pero aquel día estaba en el pasillo, justo al lado de la puerta de la habitación. Volví. Y por eso Shoma no pudo decirte que le gustabas más tú. Quizá se había dado cuenta de lo que yo sentía por él. Siempre quise pedirte perdón por eso.

—No tienes la culpa de nada, Shiho. La que debería pedir perdón soy yo.

—¿Por qué?

—No tenía ni idea de lo que sentías por él. Y me oíste, ¿verdad? Le dije a Shoma-kun que no era más que un niño, que no era un adulto. Si no le hubiera dicho eso, tal vez habría llegado a serlo y…

—¿Qué? Eso que insinúas es ridículo. Le estás dando demasiadas vueltas.

—Lo sé. Pero aun así…

—¿Y todo este tiempo has estado pensando eso?

—Supongo…

—Ojalá me lo hubieras dicho. Pero imagino que no podías, sobre todo a mí.

—No, la verdad es que no.

—Sí…

—Pero ahora debe de sentirse un poco mejor —dijo una voz, interrumpiéndola.

Era la chica del vestido tipo delantal de color granate, que había aparecido de repente junto a la mesa. Su rostro lucía una sonrisa de satisfacción.

—Me parece que ahora estarán bien las dos. De hecho, nunca pensé que tuviéramos nada de lo que preocuparnos. Porque incluso en el caso de que no nos hubiéramos encontrado, estoy segura de que esa espina que tenían clavada en el corazón habría hallado su propia salida. Y de no ser así, habría encontrado la manera de diluirse sin que se dieran cuenta siquiera. Pero supongo que somos parecidas, mi pequeña compañera, esta tienda y yo, a lo que ustedes denominan vendedores ambulantes. Atraemos a nuestros clientes y obramos milagros con ellos.

La chica hizo una reverencia.

—Pues bien, creo que ha llegado el momento de que regresen al mundo del que han venido. Las mañanas y las noches siguen siendo frías. Cuídense, por favor, y procuren no pillar un resfriado cuando se embarquen en su nueva vida de estudiantes. Oh, y, por supuesto, no acepto ningún tipo de pago. Pero si algún día recuerdan por casualidad que esta tienda se llamaba Sakura, me sentiré muy feliz.

Cuando la joven terminó de hablar, pasó un instante antes de que el sonido suave de un libro al cerrarse resonara a lo lejos.

La chica mantuvo la mirada fija en el lugar que habían ocupado las gemelas.

—Encantadoras, ¿verdad? Da la sensación de que comparten un vínculo muy profundo.

Extendió una mano hacia un lado para posarla sobre la cabeza de la gata.

—Yo también tengo a alguien así, alguien que es como mi otra mitad. Bueno, tú también eres especial para mí, aunque de una forma algo distinta.

La gata respondió presionando con firmeza la cabeza contra la mano de la chica.

—Eso es. Tú también la conoces bien, ¿verdad? Significa un mundo para nosotras…

La gata tricolor tenía los párpados entrecerrados. A diferencia de su actitud habitual, ahora ronroneaba con cariño.

En un abrir y cerrar de ojos, las hermanas se encontraron de nuevo sentadas en el banco, a orillas del río. Los pétalos de flor de cerezo flotaban en el aire. «Oh», dijeron al unísono cuando intercambiaron una mirada y se abrazaron. Tenían el pelo cubierto de flores. Agitaron la cabeza y se sacudieron los pétalos. Kaho fue la primera en hablar.

—¿Cuánto tiempo crees que hemos estado en esa tienda?

—Ni idea.

—¿Y qué lugar era ese?

Shiho se encogió de hombros, abriendo a la vez las palmas de las manos.

—Seguramente, justo lo que la chica dijo que era —respondió.

—¿Y eso es…?

—Una librería, una cafetería y una tienda ambulante de milagros.

—¿Una tienda ambulante?

—Sí, eso fue lo que dijo.

—Pero los vendedores ambulantes no tienen tienda fija, ¿no es así?

—¿Esa es la parte que más te preocupa?

Las hermanas se miraron y se echaron a reír. Y entonces Shiho estornudó. ¿Se habría resfriado durante el breve tiempo que habían estado durmiendo? ¿Y habían estado durmiendo realmente? Kaho recordó entonces que había cogido una chaqueta y se la ofreció a su hermana, que la aceptó de inmediato. Mientras introducía los brazos por las mangas, Shiho murmuró:

—Digamos que ambas hemos echado una siestecilla, y dejémoslo así.

Como veía que Kaho seguía sentada en silencio, claramente sin saber qué decir, Shiho continuó:

—Estoy segura de que compartimos los mismos sueños. Al fin y al cabo, somos gemelas.

Kaho esbozó un mohín.

—Es posible —dijo.

Pero, de ser ese el caso, significaría que ambas habían estado dándole vueltas a lo que sucedió en el hospital exactamente al mismo tiempo. «Pero ¿no sería eso un concepto sentimentaloide de lo más trillado?», se dijo Kaho, ruborizándose de vergüenza. Y ambas sabían muy bien que solo había una persona a la que recurrir en situaciones tan incómodas como aquella.

—Tae-chan… —dijeron las hermanas en perfecta armonía.

Las sílabas sonaron impecablemente sincronizadas, tanto que incluso ellas mismas se quedaron sorprendidas.

—Uf… ¿Por qué las gemelas somos así? —dijeron, de nuevo de forma casi simultánea.

—¿Cuánto tiempo piensas que seguirá vistiéndose de esa manera?

—Dudo que vaya a dejar de hacerlo pronto. Aunque sus patas de gallo son cada vez más pronunciadas.

—Pues deberías decírselo, Kaho.

—No pienso decirle eso. Quizá se dé cuenta si la hago abuela, me caso de penalti o algo por el estilo.

—Espera un momento, Kaho. ¿Estás saliendo con alguien? ¿Desde cuándo?

—Es evidente que no. Vivimos bajo el mismo techo; te habrías enterado si saliese con alguien.

—Entonces, ¿por qué has soltado de repente eso de «casarse de penalti»? Casi me da un infarto. Cuando la gente empieza a hablar de hijos y de matrimonio suele haber al menos un novio de por medio, ¿no te parece? ¿Cómo es que te consideras una persona sensata y a mí me tienes por un bicho raro? Me haces reír, de verdad.

«Seguro que me guarda rencor», pensó Kaho. Pero en lugar de eso dijo:

—No te rías de mí.

La expresión de Shiho se volvió seria. Y Kaho sabía muy bien que no era porque la estuviera obedeciendo.

—Si quieres que te sea sincera, ya no entiendo ni qué es el amor ni qué es estar enamorada. Pero estoy segura de que lo que sentí en su momento era real. Era algo que salía de lo más profundo de mi corazón. Sinceramente, lo que deseaba era protegerlo, estar ahí

para él, salvarlo. Pero al final no pude hacer nada, y entonces se fue…

La emoción, aquella sensación de impotencia que había sentido Shiho en el pasillo del hospital, volvió de repente a Kaho.

—Y esa es la razón por la que parte de mí cree que todo eso ya se ha acabado… Por ahora, claro —añadió.

A lo que Kaho replicó:

—Supongo que no podemos predecir el futuro.

Shiho levantó la vista hacia los cerezos en flor.

—Entonces, si te interesa todo ese rollo de casarse y tener hijos, reconozco que es una gran noticia para mí. De hecho, te lo agradecería muchísimo.

Sin saber qué responder, Kaho volvió a decirle que nadie podía predecir el futuro.

—¿Hora de volver a casa?

—Sí. Me está entrando hambre.

Se levantaron. Mientras lo hacían, Shiho empezó a hablar.

—Por cierto, antes he olvidado mencionarte una cosa. Al parecer, existe una teoría que defiende que los humanos también somos neoténicos. ¿Sabes que relativamente tenemos menos vello corporal y la cabeza más grande? Pues esos son rasgos típicos de los mamíferos jóvenes. Lo que me hace pensar que, si la teoría es cierta, las personas que han elegido vivir toda su vida como niños deben de ser los que empezaron a jugar con las palabras. Los que crearon la diferencia entre adultos y niños, los que inventaron un término como «neotenia» y empezaron a analizarse diligentemente tanto a ellos mismos como a otras criaturas. Todo lo cual me ha llevado a decirme: «¿Verdad que es gracioso? Es como una comedia de dimensiones gigantescas, ¿no? O quizá como un chiste malo». Pero sí…, eso es todo, en realidad.

Mientras escuchaba aturdida a Shiho, Kaho pensaba también en sí misma.

«Al final, acabaré olvidando al niño que no tuvo la oportunidad de hacerse mayor —se dijo—. Y aunque tal vez no llegue a olvidarlo del todo, encontraré un lugar para él en algún recoveco escondido de mi corazón y lo mantendré allí encerrado. Pero mi hermana no lo

olvidará. Shiho se prohibirá olvidar. Siempre lamentará el paso del tiempo, y más a medida que Shoma y ella se vayan distanciando en edad. Es trágico para todos. Para mí, para Shiho y, sobre todo, para él».

Durante todo el camino de vuelta a casa, Kaho no se pudo sacar estos pensamientos de la cabeza. La superficie del río estaba salpicada de flores de cerezo. Un banco de pececillos —no eran carpas— brillaba bajo la luz del sol.

En cuanto cruzaron la puerta con un *«Tadaima»,* oyeron el sonido de las zapatillas de su madre sobre el suelo corriendo hacia ellas. Y en lugar de saludarlas con un *«Okaerinasai»,* extendió los brazos y exclamó:

—¡Tachán! ¿Verdad que este modelito es una monada? Me ha llegado hoy. Estaba tan emocionada que he tenido que ponérmelo enseguida.

Su madre lucía un conjunto distinto al que llevaba cuando se habían despedido esa mañana. Esta vez era un traje pantalón con rayas de color rosa claro sobre fondo blanco.

—Shiho-chan, en tu universidad también habrá una ceremonia de inauguración, ¿verdad? Estaba pensando en ponerme esto. ¿Qué opinas?

—Sí, ¿por qué no?

Sorprendida por la fría respuesta de su hermana, Kaho lanzó una mirada gélida a su perfil. Shiho siguió hablando:

—Pero papá me dijo que a mi ceremonia vendría él y que tú irías a la de Kaho. Las fechas son tan seguidas que dijo que sería complicado que los dos pudieseis asistir a ambas ceremonias.

«¿Qué? ¿De dónde ha salido eso?». Sumamente nerviosa, Kaho empezó a decir:

—¿De verdad es así?

Pero su madre la interrumpió.

—¿En serio? ¡Pues a mí no me lo ha dicho! —exclamó.

—Dijo que no tenía otra opción porque «Tae-chan no podría volver sana y salva desde Tokio sola». Y creo que no le faltaba razón, si te digo la verdad.

—Pero tú estarás conmigo, Shiho-chan. De modo que estaré bien.

—Me parece que no has pensado correctamente en la totalidad del plan.

Su madre se quedó pensando. Y al cabo dijo:

—Oh, ya entiendo. Tendría que volver sola, ¿no es eso?

Con un triunfante gesto de asentimiento, Shiho hizo entonces un comentario de lo más ofensivo.

—Además, Kaho te hará abuela pronto, así que quizá quieras empezar a prepararte. Tus modelitos son un tanto excesivos, la verdad.

—¿Qué? Shiho, pero ¿qué estás…?

—¡Oh! Kaho-chan, ¿entiendo entonces que hay un hombre especial en tu vida? No me habías dicho nada.

Su madre hinchó las mejillas y frunció los labios, malhumorada.

«Supongo que Tae-chan… mamá, no cambiará nunca —pensó Kaho—. Y si puede ser como es, es porque papá la cuida con mucho cariño. Me pregunto si llegará un día en el que mi corazón se llene de un amor hacia alguien tan abrumador y casi doloroso como este».

Kaho observó a su hermana por el rabillo del ojo. Shiho había pasado por estas emociones siendo demasiado joven, sin que Kaho se diera cuenta de ello. De repente, sintió un cariño muy profundo hacia ella. Y esa emoción intensa que la inundó contenía extrañamente un rastro de nostalgia.

Al captar la mirada de Kaho, su hermana arqueó las cejas («¿Qué?»), a lo que Kaho respondió solo con la cabeza («Nada»).

Y, poniendo la vocecilla más dulce posible, dijo:

—¿Qué hay para comer, Tae-chan? Estoy hambrienta.

—Tortilla con arroz frito y hamburguesa. Hoy lo he dado todo.

Fue entonces cuando Kaho se fijó en que su madre llevaba guantes desechables. Las hermanas fueron al cuarto de baño para lavarse las manos. Junto a la bañera, el vestido con el lirio blanco que llevaba su madre por la mañana estaba en remojo en el lavabo. Parecía un intento de quitar una mancha; había un rastro de kétchup en la pechera del vestido.

Shiho miró por encima del hombro y dijo:

—Para estas cosas siempre es de lo más organizada, ¿verdad? Se ocupa del tema enseguida.

—Está obsesionada con su ropa —repuso Kaho resoplando—. Aunque creo que quizá sea una cualidad que merecería la pena emular.

—Antes preferiría que me enseñara a cocinar. Pero, espera un momento…

—¿Qué pasa?

—¿Se ha cambiado con los guantes puestos?

—Supongo. Debe de haberse olvidado de quitárselos.

—Pues por eso te digo que no es una cualidad que me apetezca emular. El vestido es nuevo, ¿verdad? Y seguro que los guantes tienen trocitos de carne cruda pegados, de preparar las hamburguesas.

—Quizá por eso se ha puesto lo que lleva ahora, porque el rosa más o menos lo disimula.

Poco después comieron las tres juntas. La salsa *demi-glace* que cubría la tortilla de arroz estaba un poco espesa, justo como a Shiho le gustaba. Su madre, que estaba sentada delante de ellas, preguntó al cabo de un rato:

—¿Qué te apetece para cenar, Shiho-chan?

Por un instante Kaho se cuestionó por qué no se lo preguntaba a ella también, pero enseguida comprendió que a su hermana le quedaba poco tiempo para seguir disfrutando de la comida de su madre. «Mamá debe de ser consciente de que le quedan pocas oportunidades de seguir cocinando para ella», pensó Kaho.

Aquella tarde, Kaho pasó un rato a solas en su habitación.

«Y solo los que son alegres, inocentes e insensibles pueden volar».

En cuanto se tumbó en la cama, la voz de aquella chica resonó en su cabeza.

«Me pregunto si nosotras todavía podemos volar».

«Y si pudiéramos, ¿sería bueno?».

Y así, divagando, Kaho se adormiló un rato. Fue un sueño sin sueños.

Después de cenar, Kaho llamó de nuevo a la puerta del cuarto de su hermana. Cuando Shiho abrió, la habitación le pareció más desnuda incluso que la noche anterior, aunque quizá algo más cálida.

—Creo que esto deberías guardarlo tú, Shiho.

Kaho le ofreció el ejemplar de *Peter Pan.* Su hermana miró el libro y se tocó la montura de las gafas con la punta de un dedo.

—No, gracias. Guárdalo tú. En la habitación de una estudiante de Medicina quedaría un poco fuera de lugar.

Kaho sintió la tentación de replicar, pero se lo pensó mejor.

—De acuerdo. ¿Puedo guardarlo en tu habitación cuando te hayas mudado?

—Imagino que sí.

Shiho le dijo que, cuando se hubiera marchado, podía ponerlo en la estantería que tenía encima del escritorio. Kaho hizo un gesto de asentimiento y le dijo que así lo haría.

—¿Eso es todo? ¿O querías decirme algo más? —preguntó su hermana, recostándose en la silla de su escritorio.

El tono de Shiho sugería que estaría encantada de que su hermana se largase cuanto antes, pero Kaho, en actitud desafiante, tomó asiento en el suelo. Dejó el libro a su lado. Y ya que Shiho acababa de preguntarle si quería decirle algo más, Kaho empezó a pronunciar las palabras que le vinieron a la cabeza y, simultáneamente, se preguntó si ese era, de hecho, el motivo por el cual había llamado a la puerta de la habitación de su hermana.

—Una vez que te hayas ido, es posible que nunca más volvamos a dormir bajo el mismo techo.

—Tengo pensado regresar a casa para las festividades más importantes y cuando tenga vacaciones, de modo que eso que dices no pasará. A menos, claro está, que tengas planes de fugarte con el padre imaginario de tu hijo imaginario. Supongo que también dependerá de lo liada que ande con mis estudios, pero…

—No me estás entendiendo. Lo que estoy intentando decir es que… Bueno…, he pensado que quizá deberíamos… ¿darnos un

abrazo? Para conmemorar esta fecha, o algo así.

—¿Darnos un abrazo? ¿Ahora? ¿Tú y yo?

—Venga, solo esta vez.

—Si insistes… Al fin y al cabo, es una petición de mi hermana pequeña. Lo haré por ti, de acuerdo. —Pero entonces Shiho se cruzó de brazos—. Si vamos a hacerlo, hagamos una apuesta —añadió.

—¿Qué?

—Diría que las probabilidades son ínfimas, ni siquiera una entre un millón, pero, si una de las dos rompe a llorar, pierde.

—De acuerdo. ¿Qué nos apostamos?

—¿Qué tal algo como que, si desaparece tu helado, tendrás que hacer la vista gorda?

—¿O hacerse una foto con uno de los vestidos más elegantes de Tae-chan? Estoy segura de que es una consecuencia que querrías evitar.

—Aunque si Tae-chan se enterara, nos obligaría a las dos a disfrazarnos con uno de sus vestidos.

—Cierto. Pues mejor lo del helado.

Shiho se levantó de la silla y se sentó en el suelo delante de Kaho.

—¿Lista?

—Adelante.

Con movimientos similares, ambas abrieron los brazos y se fundieron en un abrazo. Durante un rato permanecieron así, en silencio. Fue Kaho la primera en hablar.

—Cuídate, ¿vale? Procura comer bien. Y ya sabes que puedes enviarme mensajes en todo momento, ¿de acuerdo?

—Gracias. Cuídate tú también. Ah, y cuida también de Tae-chan y papá.

—Entendido. Y una cosa, hermana mayor…

Kaho se atragantó con sus propias palabras. Su hermana le dio unas palmaditas en la espalda.

—Todavía no se lo he dicho a papá, pero en cuanto tenga mi título de medicina tengo pensado viajar a Estados Unidos para seguir estudiando.

«Vaya, vaya. Mi hermana mayor sigue decidida a volar, después de todo». De pronto, Kaho sintió la necesidad de reír. Y cuando lo hizo

se le saltaron las lágrimas. Notó un leve empujón en los hombros y la cara de su hermana apareció delante de ella. Shiho extendió una mano y le secó las lágrimas con delicadeza.

—Estupendo, yo me pido ese Häagen-Dazs mañana. Un trato es un trato.

Pero mientras hablaba en tono triunfante, Shiho también tenía un brillo húmedo en la comisura de los ojos. Por una vez, sin embargo, Kaho fingió no darse cuenta. Pensó que aquello sería el regalo de despedida perfecto.

Interludio
El principio de todo



La tienda estaba escondida en un lugar inconcebible.

Delante de ella había un misterioso cerezo llorón.

El árbol estaba lleno a rebosar de flores de todos los matices imaginables del rojo y el blanco.

Cuando una ráfaga de viento agitaba las flores en su máximo esplendor, estas se fundían entre sí para luego volver a diferenciarse, creando a menudo un torbellino de colores. Y cuando el espectro de tonos pasaba del blanco al rojo y del rojo al blanco, el árbol latía como la vida misma. Tal vez fuese así como el árbol creaba el flujo del tiempo en aquel sitio.

O tal vez fuera todo obra de los dioses. Fuera como fuese, aquel lugar se encontraba en un mundo lejos del alcance de nuestra comprensión, donde nadie podía conocer la verdad.

Estas eran las palabras que llenaban la hoja de su manuscrito. Pero allí fue donde su mano derecha se detuvo y se negó a seguir escribiendo. La rigidez de su muñeca lindaba ya con el dolor, y él empezaba a ser consciente, además, de una opresión similar que se había instalado en su pecho y también entre sus cejas. Un suspiro profundo escapó de entre sus labios.

Resignado, Kazuhiko Tonami se levantó de la silla e hizo rotaciones de cuello y hombros para relajarlos. Sin embargo, no conseguía librarse de la sensación de que algo se aferraba a él. Lo que quiera que fuese aquello, llevaba allí mucho tiempo.

Kazuhiko bajó la vista hacia su escritorio, donde descansaba la libreta abierta con el manuscrito a medio escribir. Justo detrás había un marco de fotos. En el interior del rectángulo de madera de roble se veía la imagen de una mujer con un vestido tipo delantal de color granate, sonriendo a la cámara y con un gato tricolor de pelo largo en brazos. Una vez más, los ojos de Kazuhiko se vieron atraídos hacia la fotografía y él se sintió incapaz de apartar la mirada de ella. Habían pasado casi diez años desde que aquel se había convertido en el único lugar donde podía verla. Y aun así, deseaba poder escuchar su voz aunque fuera solo una vez más.

Una parte de él quería creer que, mientras no se rindiera, la esperanza no se desvanecería. Pero al mismo tiempo temía que, a menos que aceptara la realidad, él continuaría estancado, incapaz de seguir adelante con su vida. Aquella idea le resultaba inquietante, sobre todo cuando pensaba en su única hija. Le parecía increíble lo mucho que le habían crecido los brazos y las piernas. Ya no era una niña pequeña. De hecho, tenía edad suficiente para empezar a ayudarlo en las tareas del hogar, algo que él ni siquiera había empezado a dominar.

Finalmente, hizo un giro exagerado sobre sí mismo para obligarse a alejarse de su escritorio. Luego empezó a dar vueltas por la estancia, esbozando una expresión incomprensible que oscilaba entre la incertidumbre y la irritación. Kazuhiko no tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido cuando por fin se detuvo junto a la pared del lado oeste de la habitación. Esta estaba totalmente ocupada por una librería con dos puertas correderas de cristal que se podían cerrar con llave. Kazuhiko se quedó allí pensando hasta que se acercó a un cajón de la mesa, cogió un juego de llaves y abrió la librería.

En cuanto las puertas de cristal se deslizaron, un olor a humedad inundó la estancia. Tal vez fuera algo que el paso del tiempo había liberado, algo que había estado atrapado allí dentro hasta aquel momento. Detrás de las puertas de cristal había una colección de libros que parecía llevar allí toda la eternidad. Kazuhiko eligió uno y lo retiró de su estante. Era *La primavera y el Asura,* de Kenji Miyazawa.

Con más intensidad que el instrumento de viento del mediodía,
cuando se vierten vestigios de ámbar,
la amargura de la ira, la tristeza de la ira.

Kazuhiko recorrió los versos con la mirada. Era el poema que más le gustaba a ella. Leyó aquellas líneas una y otra vez, en silencio, murmurando de vez en cuando las palabras. La luz de sus ojos brillaba con desesperación, como si estuviera buscando algo.

Al otro lado de la ventana era primavera. Pétalos de flor de cerezo revoloteaban en el aire, flotando en silencio por el cuadrado delimitado por el marco hasta desaparecer por completo.

Cuatro



«Bajo la luz de la atmósfera de abril».

Kozue Tonami se encontró de repente delante de una tienda.

Un cerezo llorón en forma de campana se alzaba frente a ella. «¿Es realmente un cerezo?», se vio obligada a preguntarse. No parecía artificial, en absoluto, pero tenía algo que lo hacía completamente distinto a las plantas que estaba acostumbrada a ver.

Con su floración en su máximo esplendor, el árbol estaba adornado con flores de todas las tonalidades imaginables del rojo y el blanco. Los colores pasaban con delicadeza de un matiz al siguiente, empezando con las flores de color blanco puro de lo más alto e intensificándose hacia los rojos intensos a medida que la mirada de Kozue se desplazaba hacia abajo. A la altura de sus ojos, las flores parecían estar pintadas con un tono escarlata intenso que recordaba el de la flor de la camelia. Y cuando las ramas se agitaban a merced de la brisa, los colores se retorcían sobre sí mismos y se veteaban para crear un resultado tan magnífico que no existían palabras capaces de describirlo. Superada por tanta belleza, a Kozue casi se le olvida respirar. Estaba segura de no haber visto jamás nada igual, ni en fotografía ni en vídeo, y mucho menos con sus propios ojos.

«Pero, de ser así, ¿en qué lugar del mundo me encuentro?».

«¿Y qué estoy haciendo aquí?».

A punto estuvo de reírse de sus propios pensamientos al darse cuenta de que sonaban como las palabras que pronunciaría un personaje amnésico en algún relato.

Pero no podía evitar hacerse esas preguntas. Todo había sucedido de forma muy repentina. Lo único que era capaz de recordar era su nombre. Y el hecho de recordar, aunque solo fuera eso, le proporcionó cierta sensación de alivio. Solo sabía eso, y que había llegado a un lugar que no reconocía. No tenía ningún recuerdo de lo

que estaba haciendo antes. Era como si la hubieran lanzado a otro mundo. Quizá podría ser que estuviera dormida y de pronto hubiera entrado en un sueño extremadamente realista, pensó.

Poco a poco, Kozue fue recuperando el sentido. Cuando su cabeza empezó a aclararse, ella experimentó una sensación similar a la de despertarse por la mañana. Y entonces comprendió que no había perdido por completo la memoria. Más bien estaba sumida en un estado de confusión como consecuencia de que parecía haber olvidado cómo recuperar sus recuerdos.

Bajó la vista y vio que iba vestida con el uniforme de secundaria: una sosa americana de color gris ala de mosca. La odiaba desde el instante en que la vio. Curiosamente, tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que se la puso.

Observó de nuevo su entorno y vislumbró un edificio detrás del cerezo llorón. Era una estructura de madera que recordaba una casa tradicional japonesa. En la cumbrera del tejado había una veleta de bronce con un gallo que inflaba el pecho para anunciar en silencio hacia dónde soplaba el viento.

Bajó de nuevo la vista. Desde donde se encontraba, un sendero conducía hasta la entrada del edificio. El camino estaba alfombrado con coloridos pétalos de flor de cerezo. Delante de la construcción había un cartel, lo que sugería que se trataba de algún tipo de tienda. Kozue entrecerró los ojos para poder leer las letras. Y, justo en ese momento, la puerta se abrió y salió de la tienda una chica con una escoba y un recogedor. Llevaba un vestido tipo delantal de color granate y una blusa blanca.

La invadió una sensación extraña. Al principio le pareció como si delante de ella hubiera aparecido un espejo. Lo que sentía era similar a cuando observaba su imagen reflejada por las mañanas mientras se peinaba junto al lavabo. Su intuición le decía que la persona que tenía delante era alguien a quien conocía.

Por otro lado, Kozue estaba igualmente segura de que aquella persona no era ella. A juzgar por su aspecto, era un poco mayor que una estudiante de secundaria. Reconoció además su atuendo. ¿Dónde lo había visto?

—Oh…

Pero fue la chica quien habló primero. Después de tomarse su tiempo para examinar a Kozue de los pies a la cabeza, esbozó una sonrisa radiante.

—Oh, qué feliz estoy. Por fin estás aquí.

La chica soltó la escoba y el recogedor y echó a correr hacia Kozue, levantando a su paso una nube de pétalos de flor de cerezo. Extendiendo ambos brazos, tomó las manos de Kozue y las sacudió arriba y abajo con entusiasmo. Ahora que la tenía más cerca, Kozue vio con claridad lo mucho que se parecían.

—Te estaba esperando. Desde hace mucho, muchísimo tiempo. Nada podía empezar a menos que vinieras, ¿sabes?

—¿Qué? ¿Quién eres?

Kozue consiguió hablar por fin. Por suerte, su garganta parecía funcionar perfectamente en ese mundo. La voz que habían captado antes sus oídos era tan similar a la suya que, por un segundo, le resultó imposible saber quién había hablado.

—Si quieres que te sea sincera, estaba empezando a cansarme de esperarte. Y tú también, Kobako, ¿verdad?

Kozue se estremeció al oír ese nombre. La chica se volvió con indiferencia de cara a la entrada de la tienda. Y entonces, a través de la rendija de la puerta entreabierta, Kozue vio un gato. Era un gato tricolor de pelo excepcionalmente largo. En cuanto reconoció la presencia de Kozue, el gato fue directo hacia ella y empezó a frotar la cabeza contra sus pantorrillas. Quizá debido a su gran tamaño, era un gato sorprendentemente fuerte. Y cuando se apretó contra ella, Kozue se vio obligada a plantar los pies en el suelo con firmeza para no perder el equilibrio.

Desde un buen principio había asumido que aquello era un sueño. Pero todo era tan real —la voz de la chica, el calor del gato— que resultaba casi enigmático. Y aun en el caso de que fuera un sueño, se veía obligada a reconocer que su estado de ánimo había mejorado después de recibir una bienvenida tan cordial. A pesar de ello, una parte de Kozue seguía preguntándose si realmente estaba dentro de un sueño.

Fue entonces cuando consiguió distinguir las letras del cartel. El nombre, escrito a mano con tiza roja y blanca sobre una pizarra, era

«Sakura». «Lo sabía», se dijo. Aunque lo que «sabía» no lo tenía muy claro.

Sakura era el nombre de alguien que casi había desaparecido de la memoria de Kozue: su madre.

La madre de Kozue falleció cuando ella tenía solo cinco años. Sin embargo, su muerte no era un recuerdo, por supuesto. Era algo que había sabido a través de sus oídos, de las historias que los demás le habían contado. Kozue era tan pequeña por aquel entonces que no recordaba cómo se había sentido cuando la persona que amaba desapareció de repente de su vida.

Desde que Kozue perdió a su madre, justo en el momento en que empezaba a tomar conciencia del mundo, el modo en que se la imaginaba había estado conformado a partir de una fotografía que su padre tenía en su despacho. En ella, su madre llevaba una blusa blanca y un vestido tipo delantal de color granate. Y sujetaba en brazos una gata tricolor de gran tamaño. La gata parecía bastante indiferente, quizá porque la habían cogido en contra de su voluntad. Pero incluso así se veía que estaba relajada, que confiaba totalmente en la madre de Kozue.

La gata era de su madre y se llamaba Kōbako. Eso era algo que a Kozue también le habían contado, pero de lo que no tenía recuerdo. Al parecer, su madre la llamaba simplemente «Kobako», sin la «kō» alargada. Según su padre, Kobako se comportaba como la hermana mayor de Kozue desde que la niña nació. A veces, incluso le pedían a la gata que la vigilara, y esta se instalaba en un lugar desde donde poder supervisar la cuna y adoptaba lo que se conoce como la postura de la hogaza. Y permanecía inmóvil en esa posición hasta que le pedían que hiciera otra cosa.

Otra fotografía que Kozue conocía bien era la de su madre con ella recién nacida en brazos. A menudo deseaba poder recordar cuándo y dónde se había tomado esa imagen, aunque sabía que no era razonable esperar un recuerdo así de un bebé.

Cuando se observaba en la fotografía, con la cara arrugada y el cuello aún poco firme, no era capaz de distinguir cuáles de sus rasgos eran de su madre y cuáles de su padre. Sin embargo, en la época en la que inició sus estudios de secundaria toda la familia

había empezado a decirle que era igual que su madre. Siempre que recibía esos comentarios, el rostro de su padre esbozaba una expresión que no era ni de felicidad ni de tristeza.

Kozue tampoco sabía cómo era la voz de su madre. Lo que sí sabía era que adoraba los libros, igual que su padre. Y que también adoraba los gatos, claro está, y el *Bolero* de Ravel. Y, dado el origen de su nombre, quizá fuera asimismo natural que sintiera debilidad por las flores del cerezo.

Siempre que le parecía oportuno, su padre compartía este tipo de historias con Kozue. Parecía la señal de que, aunque muy lentamente, su padre estaba empezando a recuperarse o, como mínimo, a recuperarse lo suficiente como para poder contarle a Kozue cosas sobre su madre. Pero, aun así, una parte de él debía de estar conteniendo su dolor por el bien de una hija que se iba haciendo mayor.

Consciente de que su padre se esforzaba por mantener sus emociones bajo control, Kozue fingía no darse cuenta de nada. Y así, incluso habiendo oído hablar a otros adultos sobre los días más oscuros de su padre, era incapaz de llegar a comprender por completo todo lo que habría tenido que pasar.

Detrás del cartel, la puerta de la tienda estaba abierta. Kozue percibió el aroma a café que emanaba del interior, junto con el sonido de una música que le resultaba familiar. Era una melodía singular y audaz, aunque no abrumadora; podría haberla definido como majestuosa, aunque tampoco era la palabra más correcta. Lo que sí sabía con total seguridad era que se trataba del *Bolero* de Ravel. La composición que tanto le gustaba a su madre, según le habían contado. Desde que lo supo, Kozue la había escuchado infinidad de veces.

—Venga, entremos. Necesito que le eches un buen vistazo a la tienda. Te prepararé un café: invita la casa. Y también tenemos muchos libros.

La chica parecía de lo más animada, pero Kozue estaba inquieta. Cuando respondió con un nervioso gesto de asentimiento, aquel gato enorme presionó la cabeza contra su pierna, como si estuviera instándola a entrar. A regañadientes, Kozue pasó junto al cartel con

el nombre de su madre y cruzó la puerta. Y al hacerlo, se encontró mostrando sus respetos con un educado *«Ojamashimasu».*

El interior de la tienda era ecléctico. Tenía el ambiente de una cafetería, pero estaba lleno a rebosar de libros. Las paredes estaban cubiertas de estanterías, y las mesas y el mostrador tenían también pequeños estantes repletos de libros. A Kozue le recordó una antigua posada tradicional renovada constantemente por capricho de su propietaria. Los jarroncitos con flores de cerezo repartidos por todas partes contribuían a la atmósfera laberíntica del espacio.

—Por favor —dijo la chica, indicándole una mesa con un cartel de «Reservado».

En cuanto Kozue tomó asiento, la chica colocó delante de ella un posavasos y una servilleta. Luego, el gato enorme se encaramó de un brinco a la mesa, se plantó en un espacio vacío y ocultó hábilmente las patas delanteras bajo su cuerpo para adquirir una posición de la hogaza perfecta. Todo se desarrolló con tanta facilidad que daba la impresión de que estaban siguiendo un proceso ensayado.

—Asegúrate de observarlo todo con la máxima atención posible, hasta el más mínimo detalle —le dijo la chica a Kozue con una sonrisa luminosa.

—¿Qué? —Fue todo lo que ella fue capaz de decir a modo de réplica, pero la chica parecía completamente indiferente mientras se ocupaba de preparar el café y servírselo. A continuación, apartó la silla que había delante de Kozue y tomó asiento. De nuevo, esta tuvo la sensación de estar mirándose en un espejo. Y mientras los nervios tensaban el cuerpo de Kozue, la chica, perfectamente relajada, apoyó los codos en la mesa y descansó con delicadeza la barbilla sobre sus manos entrelazadas.

—Siempre he querido hablar contigo así —dijo—. Nunca he dejado de creer que un día vendrías.

No era precisamente lo que Kozue esperaba oír de alguien a quien acababa de conocer. Sin embargo, por alguna razón, no le parecía fuera de lugar. Quizá porque sus caras eran casi idénticas, incluso parecía algo que la propia Kozue había deseado.

—¿También te gusta Kenji?

Mientras la chica hablaba, Kozue se dio cuenta de que tenía un libro en la mano: *La primavera y el Asura,* de Kenji Miyazawa. Lo había cogido de la colección de su padre.

—¿Qué? —repuso por instinto.

¿Cómo era posible que durante todo aquel rato no se hubiera dado cuenta siquiera de que lo tenía en la mano? Tampoco era posible que el libro hubiera aparecido allí de repente. Incapaz de encontrarle sentido a nada, levantó la cabeza. La chica esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Te habías olvidado del libro? Si has podido llegar hasta aquí ha sido porque lo estabas leyendo. El libro nos ha abierto una puerta. Para que alguien de tu mundo sea invitado aquí, ese alguien debe estar leyendo el mismo pasaje del mismo libro que esté leyendo yo, exactamente en el mismo momento y en el mismo día, y también en la misma estación. Y no solo eso: además tiene que ser un día soleado de primavera, bajo los cerezos en flor en su máximo esplendor.

¿Podía ser verdad eso que estaba diciendo? Pensándolo bien, justo antes de encontrarse de repente en aquel lugar, estaba quizá —otra vez «quizá»— leyendo *La primavera y el Asura.* No se podía descartar del todo.

—Voy a decírtelo una vez más, así que escúchame con atención y recuerda lo que te digo: tienes que leer el mismo pasaje del mismo libro, exactamente en el mismo momento y el mismo día, y también en la misma estación. Y tiene que ser un día soleado de primavera, bajo los cerezos en flor en su máximo esplendor.

Cuando la chica acabó de repetir sus palabras, fue como si Kozue hubiera caído bajo la influencia de algún tipo de hechizo. «Eso es», pensó. Había entrado en el despacho de su padre justo en el momento en que él estaba sacando el libro de aquella estantería que solía tener cerrada con llave. «Papá y yo estábamos leyendo juntos mientras contemplábamos los cerezos en flor del exterior. Eso tiene que ser… Pero ¿de verdad he hecho eso?».

Su cabeza daba vueltas, incapaz de encontrar una salida. Sin embargo, Kozue quería responder adecuadamente a la pregunta

inicial de la chica. De manera que, eligiendo con cuidado sus palabras, abrió la boca para hablar.

—No estoy segura de poder decir que me guste. Pero mi padre siempre comenta que no ha habido nunca, ni lo habrá, otro escritor capaz de manipular la lengua japonesa del modo en que lo hacía Kenji Miyazawa. Pero aún no tengo ni idea de qué quiere decir con eso. Empecé a leerlo porque deseo entenderlo.

—¿Y qué opinas?

—Mmm… La verdad es que cuando empecé a leerlo dije «¡Guau!». Me quedé boquiabierta. Tengo la sensación de que lo entiendo, aunque sé que no es así. Pero incluso sabiendo que no lo entiendo, lo entiendo. Nunca he sido capaz de expresar en palabras lo que me hace sentir; es como si dentro de mi pecho todo empezara a retumbar.

—Como si, mientras lo estás leyendo, pudieras decir: «Ahí: justo ahí es donde se ha movido mi corazón». ¿Verdad? Pero te resulta imposible explicarlo. Y cada vez que lo lees tienes la sensación de estar haciéndolo por primera vez.

—¡Sí, sí! Es exactamente eso.

Kozue se emocionó tanto al ver que compartían la misma experiencia que no pudo evitar inclinarse hacia delante. La chica, que seguía sentada frente a ella, había relajado las manos y tenía ahora la espalda erguida. Cerró el puño para colocarlo delante de su boca y carraspeó levemente.

—Kenji Miyazawa es la personificación de lo «inigualable». No encontrarás otro escritor como él. Pero, sorprendentemente, en vida solo publicó dos libros: *La primavera y el Asura* y *El mesón con muchos pedidos.* Y, lo que es más, ambos libros fueron autopublicados.

—¿En serio?

La chica hizo un gesto de asentimiento.

—Sus obras se podrían haber perdido para siempre con facilidad. Pero, antes de morir, Kenji confió todos sus manuscritos a su hermano menor. Quizá lo hizo porque intuía su muerte. Después de su fallecimiento, personas profundamente conmovidas por la belleza de *La primavera y el Asura* viajaron desde muy lejos para visitar a su

hermano y empezaron a publicar su trabajo. Y así fue como vieron la luz sus obras más famosas, como *El tren nocturno de la Vía Láctea* y *Sin perder contra la lluvia.*

Cautivada por la historia, Kozue se inclinó aún más sobre la mesa para escuchar mejor a su interlocutora. El gato la observaba con los ojos entrecerrados, como si estuviera vigilándola. La chica siguió hablando.

—Kenji corregía sus obras una y otra vez, hasta el punto de que a menudo se hacía difícil identificar el borrador final. Además, algunos de sus manuscritos se quemaron parcialmente en un pequeño incendio, y hay incluso un relato corto del que nunca se llegaron a encontrar las primeras líneas. A pesar de todos estos obstáculos, hoy estamos aquí leyendo juntas las obras de Kenji Miyazawa, lo que ya de por sí es un milagro. Las palabras entretejidas por Kenji han seguido conmoviendo a la gente incluso después de su fallecimiento.

La chica entrecerró los ojos. La ternura de su expresión hizo palpitar el corazón de Kozue y la llenó de una inesperada sensación de nostalgia.

—Lo más asombroso es el hecho de que, gracias a la publicación de sus obras, algunos términos inventados por él, como «Ihatov» y «tren galáctico», hayan arraigado en este mundo. Naturalmente, son palabras sin forma física. Aun así, mucha gente las conoce hoy en día y comparte la idea de su significado. En este sentido, son palabras que «existen» en su propia forma.

La chica miró a Kozue a los ojos.

—Lo cual es muy similar a nuestra forma de «existir» —añadió—. Kobako y yo estamos aquí, pero eso no significa que «existamos como seres físicos». Pero «estamos» aquí, y eso es una verdad absoluta. De no ser así, no estaría aquí sentada ahora hablando contigo.

El tono de voz de la chica se volvió más solemne cuando siguió hablando:

—Y tú eres la que tiene la llave: tú eres el principio de todo. Necesitamos tu ayuda, Kozue-chan.

Como si quisiera mostrar su conformidad, la gata levantó la cabeza y emitió un maullido. A pesar de que la chica había

mencionado de repente su nombre y, por lo tanto, era al parecer su gata, Kozue lo aceptó sin dudar. De hecho, la única pregunta que quería hacer era la que había ocupado su cabeza desde el principio. Y sabía que por fin había llegado el momento de formularla en voz alta.

—Hay algo que me gustaría saber antes. ¿Qué tipo de lugar es este? Y… eeh… ¿podría ser que tú fueras… mi madre?

De repente, una brisa entró en la tienda. Las ramas de cerezo en flor se agitaron en sus jarrones. O quizá lo que se estremeció en ese momento fue todo aquel mundo en el que vivían la chica y la gata.

La madre de Kozue y su querida gata desaparecieron un día gélido de principios de primavera. Fue en algún momento entre el mediodía y el atardecer. La tierra tembló y el mar rugió con violencia.

Aquel día, la madre de Kozue había ido a la ciudad para llevar a la gata al veterinario. Debía de estar conduciendo por la carretera de la costa hacia esa hora, y fue entonces cuando su padre perdió el contacto con ella. Supuestamente, el coche fue engullido por el feroz oleaje. Pero, para la familia y todos sus seres queridos, aceptar esa explicación como la realidad fue harina de otro costal.

El padre de Kozue, que se ganaba la vida como escritor, fue incapaz de volver a escribir después de aquello.

La razón por la que el padre de Kozue había decidido en su día mudarse con la familia a la región de Tohoku fue porque se estaba planteando escribir una novela basada en la obra de Kenji Miyazawa. Le emocionaba la idea de poder «respirar el mismo aire que Kenji» mientras llevaba a cabo su investigación. Por su parte, Sakura, su madre, no compartía su entusiasmo, sobre todo porque Kozue era todavía muy pequeña. Cuando su padre insistió en la mudanza, ella solo estaba convencida a medias.

De manera que, cuando sucedió lo que sucedió, el arrepentimiento del padre de Kozue fue inconmensurable. Incapaz siquiera de sentarse delante de su mesa de trabajo, abandonó la escritura.

Incluso así, de vez en cuando, gente del mundo editorial se desplazaba desde Tokio para visitar la casa en la que vivían Kozue y su padre. Ella intuía que apreciaban sinceramente su obra. Y no había sido hasta muy recientemente cuando, a través de conversaciones con esas personas y con los pocos parientes que tenía, Kozue había conseguido reconstruir los hechos en torno a la muerte de su madre.

«¿Podría ser que tú fueras… mi madre?».

Kozue examinó una vez más a la chica que tenía enfrente. Por lo que había visto en la fotografía de su madre, suponía que de joven podía haber sido así perfectamente. Aunque si alguien le hubiera dicho que aquel sería su aspecto de aquí a unos años, Kozue también se lo habría creído.

Una sombra cruzó el rostro de la chica en el momento en que abrió la boca para responder.

—Mmm… La respuesta a tu pregunta es un poco complicada —dijo, rascándose la nuca con timidez—. Eres lo bastante mayor para entenderlo… Es decir, ya sabes a qué se dedica tu padre, ¿no?

Kozue hizo un gesto de asentimiento y respondió:

—Mi padre escribe novelas. Me explicó que empezó a hacerlo porque su aspiración era llegar a ser como Kenji Miyazawa. Oh, pero creo —añadió, tapándose la boca con una mano— que sería mejor decir que escribía novelas. Me parece que ahora estamos viviendo de sus ahorros.

—¿Soléis hablar sobre esto?

—Oh, no, él nunca me lo diría. Pero ya me entero de esas cosas.

—Debes de estar preocupada por el dinero.

—Sí, supongo que sí, pero… Mmm… —dijo Kozue, presionando las puntas de los dedos junto a su cara. No fue hasta mucho después cuando se dio cuenta de lo similares que eran sus movimientos a los que hacía la chica que tenía delante—. Disfruto muchísimo leyendo los libros de mi padre. Sus historias tienen una narrativa sutil, casi silenciosa. Pero luego están esos momentos en los que te sientes como si te levantaran de golpe del suelo, como si flotaras en el aire. Es algo que me gusta mucho de su obra. Como admiradora suya, me lleva a pensar: «Me apetece de verdad leer otro de sus libros». Y

saber que eso no es del todo imposible me hace desearlo incluso más. Ojalá pudiera hacer algo por ayudarlo.

Kozue había dicho todo aquello casi sin respirar. La chica esbozó una amplia sonrisa.

—Caramba. Eso sí que es leer en profundidad. Asegúrate de decirle a él todo lo que me acabas de contar. Le encantará.

—Mmm…

«Decirle eso me resultaría imposible, me sentiría tremendamente incómoda», pensó Kozue, pero no lo expresó en voz alta.

—¿No crees, sin embargo, que sus libros son un poco complicados para una estudiante de secundaria?

—Lo son, aunque no tanto en comparación con la obra de Kenji Miyazawa.

—Me pregunto si tu padre se alegrará de oír eso. Tal vez se lleve una decepción.

Kozue ladeó la cabeza y se quedó pensativa.

—Supongo que sería un poco de ambas cosas —dijo entonces.

—Coincido contigo.

Las dos estallaron en una carcajada. Kozue entendió de pronto lo bien que conocía a su padre y su obra la persona que tenía enfrente, quizá incluso mejor que él mismo. Y eso la hizo muy feliz.

—Yo también me siento muy feliz por lo que he visto hasta ahora. Oye, Kobako, ¿crees que eso cuenta como autocomplacencia? ¿Qué opinas?

La chica se volvió hacia la gata. Cuando Kozue ladeó la cabeza de nuevo, preguntándose qué habría querido decir, la chica le devolvió la mirada y entrecerró los ojos con una expresión amable.

—No te preocupes. El próximo libro de Kazuhiko Tonami será publicado muy pronto. Te lo aseguro.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, el hecho de que nosotras, mi gata y yo, estemos aquí es prueba más que suficiente.

Kobako gruñó satisfecha. Y esta vez Kozue tuvo la impresión de que la gata estaba participando totalmente en la conversación.

—Para cuando seas mayor del todo, la nueva novela de tu padre ya será una realidad. Y la cosa no acabará ahí, puesto que la obra

tendrá una amplia acogida y su éxito se prolongará en el tiempo. El autor Kazuhiko Tonami creará un personaje basado en su esposa desaparecida y escribirá una historia sobre ella. El libro llevará por título *Una tienda llamada Sakura.* Pero el personaje no solo reflejará a su esposa, sino que será también su hija; es decir, tú influirás mucho en cómo moldea el personaje. Y es por eso por lo que yo soy tu madre y, al mismo tiempo, soy tú. Imagino que no me estoy explicando muy bien, pero esencialmente se trata de eso.

Mientras Kozue permanecía allí sentada, atónita, la chica volvió a entrecerrar los ojos y sus rasgos se suavizaron hasta adoptar una expresión de enorme ternura. Fue entonces cuando Kozue se dio cuenta. Era la expresión que solo una madre podría mostrar hacia una hija. Por eso la hacía sentirse tan nostálgica.

—Cuando el libro vea por fin la luz, mi gata y yo podremos existir aquí. Y no se trata de una metáfora ni de nada por el estilo, sino que lo digo en sentido literal: las palabras entretejidas por tu padre ya han comenzado a fluir en el tiempo de este mundo. Claro que aquí el tiempo fluye de manera completamente distinta a como lo hace en el tuyo. Este lugar no es la realidad. Pero imagínalo como un mundo apegado con gran firmeza a la realidad. Para resumir: las palabras de tu padre nos darán a Kobako y a mí un lugar al que pertenecer.

Después de decir eso, la chica se acercó una mano a la cara, la cerró en un puño y carraspeó levemente.

—Es decir, esto es un ejemplo de cómo el poder de la imaginación humana puede a veces trascender incluso lo que denominamos «imaginación».

Pero entonces la chica frunció el ceño. La gata soltó el aire por la nariz.

—El caso es que, a pesar de que tu padre ha logrado por fin ponerse a escribir, de repente ha dejado de hacerlo. Entiendo que es natural que le esté costando un esfuerzo, pero si la cosa no cambia tendremos un problema.

Aquello era una novedad para Kozue. Su padre nunca sacaba a relucir el tema de su trabajo con ella.

—Y es por eso por lo que necesito que le transmitas a tu padre un mensaje de parte de Kobako y de mí. Dile, por favor, que necesita serenarse. De lo contrario, nunca podremos veros aquí. Y ya hemos esperado demasiado tiempo.

—¿Qué? No entiendo nada.

—Si no retoma su escritura, nunca podremos existir. Por eso decidimos invitarte a venir, para poder ponerlo todo en marcha. ¿No es así? —le dijo la chica a la gata, y esta respondió con un ronroneo.

—Oh, bueno… —dijo Kozue intentando ordenar sus pensamientos —. Pero, si el manuscrito de mi padre está incompleto y, por lo tanto, vosotras no existís, ¿cómo se explica la situación en la que nos encontramos en este momento? Lo que quiero decir es que ¿cómo es posible que me hayáis invitado a venir si no existís todavía? Me parece contradictorio, como si la causa y el efecto funcionasen totalmente al revés. No, la verdad es que ni siquiera sé si soy capaz de aceptar todo eso que dices de que solo podéis existir gracias a los escritos de mi padre.

Kozue se sentía perdida en un laberinto de palabras que había creado ella misma. Cuanto más hablaba, más confusa estaba. Pero entonces la chica levantó el dedo índice delante de su cara y negó con la cabeza. Era como si estuviera imitando a un detective a punto de señalar un fallo crucial en la coartada de alguien.

—Como ya he dicho, aquí el tiempo no fluye de la misma manera que en tu mundo. Puede serpentear y puede ir marcha atrás. A veces lo encuentras fluyendo por el camino principal y entonces, de repente, te das cuenta de que se ha desviado hacia los caminos secundarios. Y en este momento, mientras estás escuchando esta explicación, es probable que estés imaginando el tiempo dando vueltas hacia un lado y hacia otro, o yendo hacia atrás, por mucho que nunca antes hayas «visto» el fluir del tiempo. Esto es precisamente lo más asombroso de la imaginación humana. Se podría decir que, al imaginárnoslos, esos flujos de tiempo cobran vida. Las palabras y la imaginación humana son así de poderosas.

A medida que hablaba, la voz de la chica se iba volviendo cada vez más apasionada.

—Veamos otro ejemplo. En este mismo instante, debe de haber en el mundo millones de personas que entienden lo que es una «paradoja temporal» y en cuyas cabezas dan vueltas infinitas teorías y preguntas. Sin embargo, ninguna de ellas, ni una sola, ha experimentado jamás nada parecido. Y es por eso por lo que no puedo evitar formularme la siguiente pregunta: ¿es posible afirmar que realmente existe esa «paradoja temporal» que visualizan mentalmente todas esas personas? Esa es la esencia de la existencia sin forma física.

La chica, cuyos ojos brillaban de puro entusiasmo, pareció recuperar el sentido de repente. Su rostro se tornó serio, se llevó de nuevo el puño a la boca y volvió a carraspear. Esta vez, sin embargo, solo intentaba disimular su turbación.

—Bueno… El caso es que esta es básicamente la razón por la que Kobako y yo estamos aquí, en esta tienda. En primer lugar, tu padre terminará de escribir nuestra historia. En cuanto esté publicada y sea leída por mucha gente, cada uno de los lectores la visualizará a su propia manera. Y así será como esta tienda cobrará vida. Naturalmente, la razón por la que la tienda puede existir es porque está en este lugar, y este es el único lugar donde la tienda puede existir.

Lo que decía parecía tener sentido, aunque al mismo tiempo resultaba totalmente incomprensible para Kozue. Sin embargo, el tono de urgencia que transmitía su voz era imposible de ignorar. Cuando Kozue hizo un gesto de asentimiento, la chica se quedó satisfecha.

—Supongo que más o menos lo entiendes. Y sí, tienes razón: este es un lugar extraño. Y es precisamente por eso por lo que hay tantas condiciones que se deben cumplir antes de viajar entre los dos mundos. Quiero asegurarme de que tu padre lo deje muy claro en su libro.

La chica enderezó su postura antes de continuar.

—Estas son las condiciones que debe cumplir cualquier persona de tu mundo para que sea invitada a visitar este lugar: tiene que estar leyendo el mismo pasaje del mismo libro que esté leyendo yo, exactamente en el mismo momento, el mismo día y en la misma

estación del año. Además, tiene que ser un día soleado de primavera y debe estar leyendo bajo los cerezos en flor en el momento de su máximo esplendor. Asegúrate, por favor, de repetírselo exactamente así a tu padre.

Kozue asimiló las palabras de la chica e hizo un solemne gesto de asentimiento. Le pareció que era lo que tenía que hacer. La expresión de la chica se suavizó, aliviada.

—Aunque debo reconocer que la que elige el libro es Kobako. Una vez seleccionado, yo busco un pasaje que me llame la atención y lo leo en voz alta. Y, al mismo tiempo, alguien en tu mundo elige el mismo libro y lee el mismo pasaje. Cuando esto sucede, se abre la puerta. Como reza un viejo dicho, un libro es «una puerta a un mundo desconocido».

Ahora fue el turno de Kozue de ladear la cabeza, asombrada.

—De modo que, una vez que el libro de papá esté publicado… Si voy y leo un libro, y tú casualmente abres el mismo libro al mismo tiempo, ¿podré volver aquí?

—Eso no lo sé. Me temo que es algo que ni siquiera yo puedo afirmar con seguridad. Los milagros son caprichosos.

La chica miró de reojo a la gata.

—Tú, Kobako, debes de ser la que tiene la clave de esto, ¿no?

Pero la gata la ignoró y miró hacia otro lado. La chica suspiró.

—Si quieres que te sea sincera, todavía no entiendo qué es esta gata. Pero si en el futuro consideras que necesitas un milagro, y si casualmente abres el mismo libro en el mismo momento que yo, quizá la puerta se vuelva a abrir. Kobako se asegurará de que sea así, creo.

La chica entrecerró los ojos, esta vez incluso más.

—Aunque a estas alturas, supongo, ya debes de saber lo siguiente: los humanos tienen el poder de crear milagros. Lo que sucedió con la obra póstuma de Kenji Miyazawa es un ejemplo perfecto de ello. Sus palabras podrían haber acabado en un almacén o en el bolsillo interior de un viejo baúl, olvidadas y podridas. Solo de pensarlo me dan escalofríos. De haber sucedido eso, no sería exagerado decir que el mundo que hoy conocemos habría sido un lugar muy distinto. Algunas de las películas más famosas podrían no

haber sido creadas jamás, y tu padre quizá no habría llegado nunca a ser escritor. Y, de haber sido ese el caso, tal vez tú no habrías llegado a nacer.

«¿Podría tener razón? —se dijo Kozue—. Quizá sí. Quizá, hace mucho tiempo, antes de que yo existiera, fueron las palabras de Kenji las que unieron a mi padre y a mi madre. Tal vez no de forma directa, pero sin duda es posible que sus palabras desempeñaran un papel en todo ello. Pensándolo bien, nunca he oído la historia de cómo se conocieron. Confío en que papá me la cuente algún día. Solo cuando esté preparado para hacerlo, por supuesto. Y espero que ese día acabe llegando».

«Que estés viva ahora ya es en sí mismo un milagro».

La frase tomó forma de repente en la cabeza de Kozue. De entrada pensó que era la chica quien la había dicho, pero no era así. Desvió la vista y cruzó su mirada con la de la gata. Y en aquel momento experimentó una sensación de familiaridad, como si eso ya lo hubiera vivido mucho tiempo atrás. Cuando estaba en la cuna, aquellos mismos ojos redondos la habían vigilado, le habían hablado con suavidad. Y mientras Kozue seguía mirándola fijamente, le pareció que la gata hacía un leve gesto de asentimiento. Aunque quizá todo fueran imaginaciones suyas. La gata, que no había abandonado la postura de la hogaza, bostezó con calma.

—Muy bien —dijo la chica—. Ya es hora de que nos pongamos a trabajar un poco.

Se levantó. Como si hubiera estado esperando esas palabras, la gata cambió de posición y se sentó erguida. Pero entonces, los dos seres de la misteriosa librería se quedaron paralizados mirando a Kozue. Era casi como si estuvieran intentando imprimir su imagen en su retina. Cuando la chica se puso por fin en movimiento, se acercó a Kozue y le acarició la mejilla con delicadeza.

—Mira, sé perfectamente lo que te he dicho antes, pero quiero volver a verte. No lo olvides. Y ahora, Kobako, es hora de ponerse a trabajar.

—Perdón… ¿Trabajar? —se descubrió preguntando Kozue. Por alguna razón, la chica mostraba una expresión de orgullo.

—Sí. Somos algo así como vendedoras ambulantes de milagros. Tenemos una buena colección de libros, y servimos café, pero este no es nuestro negocio principal. Hay quien pensará que teniendo una tienda no podemos ser vendedoras ambulantes. Pero es inevitable. Lo nuestro es algo que solo se puede hacer en este lugar y que, además, no es factible sin la presencia de mi gata.

»Te sentirás un poco mareada, pero no te preocupes. Te pondrás bien.

Cuando la chica terminó de hablar, Kobako emitió un maullido algo prolongado. Y entonces, de repente, Kozue se sintió como si alguien le hubiera metido una mano entre los pulmones y el estómago y le estuviese retorciendo las entrañas. «¿Qué es esto? —pensó—. ¡No estoy bien!». Dispuesta a protestar, miró a su alrededor en busca de la chica.

En aquel instante, alguien le tomó la mano. Y cuando la calidez se filtró en su interior, se empezó a sentir más aliviada. Le pareció oír una voz susurrándole al oído, una voz que parecía más madura que la de la chica, y que le decía en un susurro: «Cuida de tu padre por mí».

Pero la visión de Kozue estaba completamente distorsionada. La tienda, la chica y la gata no se veían por ningún lado. El mundo que tenía delante presentaba una textura jaspeada, como remolinos de arcilla de colores que le recordaban la escena creada por el cerezo llorón.

Kozue se dio cuenta al instante de que estaba en el despacho de su padre. Este tenía los ojos clavados en la superficie del escritorio, pero no en la hoja en blanco del manuscrito que descansaba allí. Su mirada se dirigió entonces hacia las figuras estáticas de la fotografía que había detrás. Como prueba de que no estaba escribiendo, su mano permanecía totalmente inmóvil.

Cuando se situó tras él, Kozue percibió el agradable aroma de su pelo. Justo en aquel momento, los hombros del padre se agitaron con brusquedad, sobresaltado a buen seguro por la presencia de Kozue.

—¿Qué haces aquí, Kozue? ¿Cuánto tiempo llevas ahí detrás?

—Oh, creo… creo que estaba leyendo *La primavera y el Asura* contigo.

Su padre la miró con perplejidad. Kozue se vio obligada a pensar con rapidez. «¿He aparecido aquí de repente? Quizá me han lanzado directamente al despacho, igual que me encontré de súbito delante de aquella tienda». Pero, de ser ese el caso, no existía manera lógica de explicarlo. Inspiró hondo y se armó de valor para contarle a su padre todo lo que recordaba.

—Papá…, es que… es que creo que he visto a mamá.

Su padre hizo girar la silla para quedarse de cara a ella. Su expresión se había endurecido y la mirada era excepcionalmente seria. Pero Kozue mantuvo la compostura y empezó a hablarle del lugar del que acababa de llegar y de sus residentes. Con el recuerdo aún fresco en la memoria, se explicó con fluidez, tanta que incluso se preguntó si la chica estaría hablando a través de su boca. «No me sorprendería que la chica y yo estuviéramos conectadas de esta manera», pensó.

Kozue recordó también las condiciones que había que satisfacer para conectar los dos mundos: leer el mismo pasaje del mismo libro que estuviera leyendo la chica, en el mismo momento, el mismo día y en la misma estación del año. Un día soleado de primavera, bajo los cerezos en flor en su máximo esplendor.

El padre escuchó a Kozue sin interrumpirla hasta que acabó de hablar. Y entonces dijo simplemente:

—Entiendo. —Permaneció un rato sentado con los brazos cruzados, pensativo. Y al cabo sacó una hoja de papel de un cajón y se la entregó a su hija—. ¿Puedes leer esto? —le pidió.

En la hoja había unas cuantas líneas manuscritas.

> La tienda estaba escondida en un lugar inconcebible.
>
> Delante de ella había un misterioso cerezo llorón.
>
> El árbol estaba lleno a rebosar de flores de todos los matices imaginables del rojo y el blanco.
>
> Cuando una ráfaga de viento agitaba las flores en su máximo esplendor, estas se fundían entre sí para luego volver a diferenciarse, creando a menudo un torbellino de colores…

Cuando terminó de leer, Kozue levantó la vista y descubrió que su padre la miraba con una sonrisa tímida.

—¿Es esa, entonces, la escena que has visto?

Kozue respondió con un gesto de asentimiento. Su padre suspiró. Jamás lo había oído hacerlo con tanta fuerza.

—Escribí esto hace unos años, pero no lo he tocado desde entonces. La idea de esta historia me vino a partir de algo sobre lo que tu madre y yo solíamos hablar de jóvenes. Un sueño tonto, en realidad. De vez en cuando, fantaseábamos con la posibilidad de dirigir una tienda como esa. Tendríamos en ella una colección con los libros que más nos gustaban, y Sakura siempre decía que, además, podríamos servir café.

El padre de Kozue sacudió la cabeza con tristeza. A ella se le encogió el corazón al verlo así.

—La otra cosa que decía era que sería imprescindible tener un cerezo delante de la tienda. No ha sido hasta muy recientemente cuando he podido recuperar por fin estos recuerdos. Supongo que es porque ya ha pasado tiempo suficiente. Y por eso intenté conservar el sueño de tu madre de la única forma que sé. Pero después de escribir esto no pude continuar. Algo me decía que no debía hacerlo.

Lo que quería decir su padre, imaginó ella, era que seguir escribiendo esa historia significaría aceptar definitivamente la muerte de su esposa. Y aunque era probable que supiera que la realidad era esa, lo más seguro era que no quisiera reconocerlo y expresarlo en voz alta.

Sin embargo, a menos que las cosas cambiaran, su padre no conseguiría salir adelante. Además, si no terminaba su historia, ni la chica, ni la gata ni la tienda lograrían existir. Eso si lo que había dicho la chica era cierto, claro está. Pero, por alguna razón incomprensible, Kozue tenía la intuición de que debía creerla.

«Tengo que hacer algo al respecto. Esa chica, mamá, que vive dentro de ella, confía en que lo haga».

Decidida, Kozue le dijo a su padre:

—Oye, papá, me encantaría saber qué pasa después de esto. Imagino que no te habrás dado cuenta siquiera, pero he leído algunos de tus libros. Podría decirse que soy tu fan. Además…

Sin saber si debía continuar o no, Kozue se interrumpió un instante. Pero decidió seguir adelante:

—Estoy segura de que mamá y su gata, Kobako, lo están esperando. Creo que llevan mucho tiempo esperando esa tienda.

Su padre abrió mucho los ojos, sorprendido, y luego miró a Kozue con confusión. Al cabo murmuró:

—Sí, puede que tengas razón.

A partir de aquel día, el padre de Kozue empezó a llamarla con frecuencia a su despacho. Quería conocer más detalles sobre la tienda. Ella le explicó minuciosamente todo lo que recordaba: los gestos de la chica, el impresionante pelaje de la gata, los títulos de los libros que vio. Sin embargo, lo que más picaba la curiosidad de su padre era el cerezo llorón.

—Veamos. Los colores se fusionaban entre sí, incluso cuando no soplaba el viento. Era una auténtica belleza. Pero los pétalos eran… monocromos, creo que se dice. Los pétalos que había esparcidos por el suelo tenían tonalidades distintas, pero cada uno de ellos era de un color consistente.

—Entiendo.

—La chica no me dijo nada al respecto, pero creo que el árbol podría ser el responsable de la creación del flujo del tiempo en aquel lugar. Era como etéreo. Cuando lo vi, casi se me corta la respiración.

—Mmm… Sí, eso podría funcionar.

De tanto en cuanto, Kozue intentaba imitar la manera de hablar de la chica. Cada vez que lo hacía, en el rostro de su padre se dibujaban emociones en conflicto, seguramente porque le recordaba a su madre. Kozue, por su parte, comprendió que, como había dicho la chica, esa era la forma en que tanto ella como su madre acabarían moldeando el personaje principal de la historia.

Ni Kozue ni su padre se referían nunca con la palabra «sueño» al mundo que ella había experimentado. Aunque ninguno de ellos sabía por qué.

Varios meses después, su padre le entregó a Kozue el manuscrito.

La tienda estaba escondida en un lugar inconcebible.

Delante de ella había un misterioso cerezo llorón.

El árbol estaba lleno a rebosar de flores de todos los matices imaginables del rojo y el blanco.

Cuando una ráfaga de viento agitaba las flores en su máximo esplendor, estas se fundían entre sí para luego volver a diferenciarse, creando a menudo un torbellino de colores. Y cuando el espectro de tonos pasaba del blanco al rojo y del rojo al blanco, el árbol latía como la vida misma. Tal vez fuese así como el árbol creaba el flujo del tiempo en aquel sitio.

O tal vez fuera todo obra de los dioses. Fuera como fuese, aquel lugar se encontraba en un mundo lejos del alcance de nuestra comprensión, donde nadie podía conocer la verdad.

Las tranquilas residentes de la tienda eran una gata y una chica.

La chica llevaba casi siempre consigo un libro, una colección de poemas.

De vez en cuando abría el libro, y cuando un pasaje le llamaba la atención, se lo leía en voz alta a la gata.

Con más intensidad que el instrumento de viento del mediodía,
cuando se vierten vestigios de ámbar,
la amargura de la ira, la tristeza de la ira.

El mundo en el que existía la tienda estaba «bajo la luz de la atmósfera de abril».

Solo hay una manera de llegar a esta tienda.

Debemos leer el mismo pasaje del mismo libro que esté leyendo la chica, exactamente en el mismo momento, el mismo día y en la misma estación del año.

Y debe ser además un día soleado de primavera, bajo los cerezos en flor en su máximo esplendor.

Después de esta introducción había varias historias, todas ellas protagonizadas por Sakura y los extraños sucesos que ofrecía a los clientes de la tienda. El padre de Kozue le puso por título *Una tienda llamada Sakura.* A Kozue le pareció que era su manera de expresar el deseo que albergaba para su madre: que pasara toda la eternidad en la tienda que llevaba su nombre, en compañía de su amada gata y rodeada de todas sus cosas favoritas.

Cuando el editor leyó el manuscrito final, sugirió presentar el relato acompañado de ilustraciones, en un formato similar al de un

libro ilustrado. El padre de Kozue se mostró encantado con la idea. El proyecto siguió adelante y, pasado un tiempo, recibió la noticia de que habían encontrado una ilustradora deseosa de trabajar en el libro. Justo cuando se produjo el cambio de estación, llegó a casa una copia de las ilustraciones finales que acompañarían el texto.

El padre se mostró muy satisfecho con los suaves dibujos que recordaban una acuarela. Y Kozue, por su parte, se quedó pasmada. Las tonalidades de los cerezos en flor, el sendero, la disposición de la tienda e incluso el color del vestido tipo delantal de la chica eran exactamente tal y como los recordaba. Pero lo que más le impactó fue el pelaje de la gata. El relato se limitaba a mencionar que era «tricolor», pero los colores y su distribución eran calcados: la oreja derecha era básicamente negra, la izquierda era marrón y el pelaje era blanco desde el hombro derecho hasta el pecho.

Una explicación lógica sugeriría que su padre había proporcionado a la ilustradora la fotografía de su madre y la gata a modo de referencia, y también era muy probable que ella hubiera recibido notas detalladas de las descripciones que Kozue había hecho de la tienda. Pero Kozue nunca preguntó a su padre ni al editor si lo habían hecho. Se imaginaba a la chica diciendo: «¿Lo ves? La gente crea milagros más fácilmente de lo que piensas». Y en parte deseaba creer que a ella le había sucedido ese milagro.

Una tienda llamada Sakura se maquetó con las ilustraciones en color, se imprimió y se encuadernó, y luego comenzó a distribuirse puntualmente en librerías con la llegada de la primavera. Las críticas favorables no tardaron en sucederse, haciendo gala de comentarios como «Su ternura y su *pathos* llegan al corazón», o «Las ilustraciones capturan a la perfección el tono de la historia y me han llenado de una inesperada sensación de amor». Kozue se sentía feliz ante tan buenas reseñas.

Con el paso de los años, el libro floreció a la par que Kozue, casi como si la acompañara en su maduración. Luego empezaron a llegar ofertas para que el texto se tradujera a infinidad de idiomas a fin de comercializarlo en todo el mundo. Cuando Kozue se imaginaba a la chica hablando en su tono animado de siempre, pero en una lengua distinta, una extraña emoción la embargaba. «Los maullidos de

Kobako sonarán seguramente igual dondequiera que esté», pensaba, lo que solo servía para que la situación le pareciera incluso más surrealista. Pero ella estaba convencida de que el mundo en el que vivían su madre y la gata se haría más resiliente cuanto más se difundiera su historia. Lo creía con firmeza.

Al final, la primavera se convirtió en una estación muy especial para ellos. Cada año, Kozue se sentía agradecida por poder admirar en compañía de su padre la belleza de los cerezos en flor. Pero saber que nunca podría compartir aquellos momentos con su madre era algo que llevaba dentro, junto con una emoción que era una combinación de rencor y de añoranza, aunque sin llegar a ser del todo ninguna de las dos cosas. Sabía que eso, probablemente, nunca cambiaría en su vida.

Por desgracia para Kozue, no volvió a tener otra oportunidad para visitar a la chica, la gata y la tienda. Por muchas veces que abriera las páginas de *La primavera y el Asura,* nunca pasaba nada. Especialmente esperanzada cuando los cerezos en flor estaban en su máximo apogeo, lo intentó una y otra vez, pero el deseo nunca le fue concedido.

«¿Y si existiera una regla que dijera que la segunda vez tienes que elegir otro libro?». Kozue se planteó esa posibilidad un día que estaba sola en el despacho de su padre. Abrió la librería. A pesar de su desesperación, en ningún momento había dudado que la chica y la gata estuvieran todavía actuando como vendedoras ambulantes de milagros en cualquier otra parte. Pero después de intentarlo y fracasar por enésima vez con otra lectura, cerró el libro, lo devolvió a su lugar en la estantería y cerró la puerta con llave. «Volveremos a encontrarnos», se dijo, antes de darle la espalda a la librería. Y justo en ese momento, por impulso, decidió sentarse delante del escritorio de su padre. Al otro lado de la ventana pasó flotando un solitario pétalo de flor de cerezo.

Fue entonces cuando oyó el suave sonido de un libro al cerrarse.

«Gracias».

Era la misma voz que le había susurrado «Cuida de tu padre por mí». O eso le pareció. O quizá fuera el sonido de un gato.

—¿Estás bien, mami? ¿No dormiste bien anoche?

Un par de ojos redondos la miraron en cuanto abrió los párpados. «¿Qué?», se dijo Kozue, antes de recordar rápidamente. Habían planeado una salida en familia y, como debían partir antes del mediodía, había estado preparándose desde primera hora de la mañana. Su marido había ido a buscar a su padre, que vivía cerca. Entretanto, y como de costumbre, su hija, Sakura, le había pedido que le leyese *Una tienda llamada Sakura.*

La niña adoraba aquel libro. No solo estaba protagonizado por una chica que se llamaba como ella, sino que además era un motivo de orgullo. Y era comprensible, ya que lo había escrito su abuelo. Aunque, al no ser un libro dirigido al público infantil, Kozue no sabía muy bien hasta qué punto lo entendía la pequeña. Aun así, y por mucho que el autor no estuviera muy satisfecho en ese sentido, Kozue estaba obligada a reconocer que el libro era increíblemente efectivo para hacer dormir a su hija.

Aquel día, sin embargo, había sido Kozue la que se había quedado dormida mientras leía. Miró el reloj y vio que solo habían transcurrido diez minutos desde que su marido saliera de casa. Sin embargo, tenía la sensación de haber dormido una eternidad. Incluso notaba la espalda un poco rígida.

Aliviada al ver que su madre estaba despierta, la niña dijo que tenía hambre y salió corriendo hacia la nevera.

—¡Ve con cuidado de no mancharte la ropa! —gritó Kozue, y salió de inmediato en su persecución.

Pero, tal y como había temido, su hija había abierto la puerta del frigorífico con fuerza y un bote de salsa había caído al suelo. Alguien no lo había guardado bien. ¿Sería su esposo el culpable? ¿O quizá ella misma? En cualquier caso, suspiró aliviada al ver que la tapa se había mantenido intacta.

Su hija, que aún no era lo bastante alta como para alcanzar los estantes, empezó entonces a gritar *«¡Purin, purin!»* y a dar brincos delante de la nevera. Kozue se agachó para recoger el bote de salsa.

Al hacerlo, recordó que llevaba un traje de chaqueta gris que le recordaba el uniforme del instituto. «¿Por qué habré elegido otra vez

esta ropa?», se preguntó. Pero entonces sonó el timbre y aquel pensamiento se esfumó al instante.

—¡Ya estoy aquí! —dijo una voz desde la puerta de entrada.

—¡Es papá!

La pequeña empezó a saltar y a dar vueltas, olvidándose por completo del *purin.* «¡Qué niña! ¿Acaso no puede estarse quieta ni un segundo?», pensó Kozue.

—Ya está aquí tu padre. Nos espera en el coche.

—Gracias. Déjame un momento para ir a comprobar que he apagado la estufa. Y ya me encargo yo de cerrar. ¿Puedes ocuparte tú de Sakura? Enseguida salgo.

—Ningún problema.

Sakura empezaría pronto primaria y el padre de Kozue había tenido la idea de plantar un cerezo para conmemorar la ocasión. Cuando se trataba de su nieta, la generosidad del famoso escritor Kazuhiko Tonami parecía no tener límites. Kozue se había enterado de que anualmente —a principios de marzo— se celebraba en la ciudad un acto cuyo objetivo era plantar cerezos, y aquel año habían decidido participar. Asistirían también algunos familiares y unos cuantos invitados procedentes de Tokio.

Los invitados del padre de Kozue eran gente del mundo editorial, y entre ellos estaba la artista que en su día había creado las ilustraciones de su famoso libro. Al parecer, estaba de visita en la ciudad porque debía realizar una gestión allí. Y a pesar de que Kozue estaba emocionada ante la idea de conocerla, le incomodaba que una artista tan ocupada como ella les dedicara parte de su tiempo. Aun así, Kozue llegó a la conclusión de que el detalle de la ilustradora no era otra cosa que fruto de la buena reputación de su padre.

Por suerte era un día soleado, pero, al ser el principio de la primavera, el ambiente seguía siendo frío. En cuanto bajara el sol, la temperatura caería en picado. Cuando Kozue se instaló en el asiento del acompañante, se preguntó si la gente que venía de Tokio habría pensado en vestirse con prendas abrigadas. En el asiento de atrás, su hija le estaba pidiendo a su abuelo un estuche nuevo de lápices de colores.

—No la mimes tanto —intervino Kozue.

Miró por el retrovisor y vio que su hija hinchaba las mejillas. Y en aquel momento pensó: «¡Qué feliz soy!».

Llegaron al lugar indicado una hora antes del comienzo de la ceremonia. Los árboles que se habían plantado los años anteriores se alzaban en hileras ordenadas, pero sus brotes todavía no habían empezado a salir. Kozue se preguntó si habrían llegado demasiado temprano, pero los invitados empezaron a aparecer poco a poco y ella tuvo tiempo para ir saludándolos uno a uno. Al cabo de un rato, su padre le presentó a la artista.

—Esta es la señorita Mio Kisanuki. Es la creadora de las maravillosas ilustraciones del libro.

Kozue inclinó la cabeza para saludarla.

—Encantada de conocerla. Gracias por todo lo que ha hecho por nosotros. Soy Kozue, su hija. Y mi apellido, ahora que estoy casada, es Shimaoka. Siempre he querido darle las gracias personalmente, y me alegro mucho de que por fin hayamos podido conocernos hoy.

—Oh, no hay de qué. Lo que de verdad es maravilloso es el trabajo de su padre.

Kozue se enteró de que Kisanuki-sensei había iniciado su trayectoria profesional haciendo colaboraciones en revistas de manga mientras estudiaba en la universidad, y que durante mucho tiempo había estado publicando una serie de manga. Y que, justo cuando se estaba planteando explorar otros tipos de trabajos, había recibido la invitación para encargarse de las ilustraciones de la novela. Le explicó que el libro le había abierto muchas puertas y le había permitido acceder a más oportunidades en el mundo del diseño de cubiertas.

—Por lo tanto, la que debe estar agradecida soy yo.

El chal morado que la ilustradora llevaba sobre los hombros parecía bastante cálido. Justo cuando una oleada de alivio inundaba a Kozue al comprobar que aquella mujer iba bien abrigada, alguien llamó a su padre. Después de disculparse, este se alejó. Kozue miró a su alrededor y vio a su marido dándole la mano a su hija o, mejor dicho, a su hija arrastrando a su padre hacia una zona de espacio abierto.

Kozue se quedó a solas con Mio Kisanuki. Había más gente alrededor, pero nadie parecía prestarles atención. Era ahora o nunca, pero las palabras brotaron de su boca incluso antes de que la idea cobrara forma en su cabeza.

—Hay algo que quería preguntarle desde hace mucho tiempo. ¿Cómo fue capaz de dibujar la tienda de un modo tan preciso? Y también a la chica y a la gata. La ropa, incluso la distribución del color en el pelaje de la gata…

Kisanuki-sensei abrió los ojos de par en par, sorprendida, y entonces, después de esbozar un pequeño mohín, respondió:

—Lo dice como si hubiera estado en ese lugar.

La intensidad de su mirada llevó a Kozue a dudar un segundo. Pero supuso que no tenía ningún sentido mentirle.

—Creo que he estado allí, solo una vez. Hace mucho tiempo.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, Kozue se preguntó por un momento si lo que estaba diciendo sería verdad. ¿Tanto tiempo hacía? «Antes, cuando me he quedado dormida en el sofá mientras le leía a mi hija el libro de mi padre, he tenido la sensación de haber estado mucho tiempo soñando. ¿Podría ser porque…?», reflexionó.

Pero en cuanto Mio Kisanuki empezó a hablar, esos pensamientos se le borraron de la cabeza.

—Yo también estuve allí una vez. Justo después de que mi madre muriera. Es por eso por lo que conocía todos los detalles.

Fue el turno de Kozue de abrir los ojos como platos. Quería hablar, pero no le salían las palabras. Sus piernas dieron una sacudida repentina: su hija acababa de saltarle encima.

—¡Te encontré, mamá!

«No recuerdo que estuviéramos jugando al escondite». Pero antes de que aquel pensamiento terminara de formarse en su cabeza, Mio Kisanuki le preguntó:

—¿Es su hija?

—Sí. Se llama Sakura. Sa-ku-ra en caracteres *hiragana.*

—Sí, entiendo. Un nombre precioso. —La ilustradora sonrió a la pequeña. Y entonces, inclinando la cabeza, dijo—: Hasta pronto.

Dio media vuelta y se dirigió al lugar donde estaba el padre de Kozue con los invitados de la editorial. La hija de Kozue seguía

agarrada a sus piernas.

—Oye, Sakura, hoy es tu gran día. Eres la protagonista principal. Así que no te caigas por ahí y llores, ¿entendido?

—¡No me caeré, ni lloraré ni nada!

—¿Seguro?

Mientras intercambiaba estas palabras con su hija, Kozue se preguntó si su madre le hablaría así cuando ella era pequeña. Y entonces, apoyando una mano en la cabeza de su hija, levantó la vista hacia el cielo. «Un día, cuando estos árboles jóvenes maduren y se conviertan en una hilera de flores maravillosas, espero que mamá y Kobako las contemplen desde dondequiera que estén», pensó.

El sol caía sobre ellas. A pesar de la brisa fría que soplaba, la luz que las envolvía conservaba toda la calidez de la vida.

Epílogo



La chica llevaba un rato mirando el tocadiscos. El mismo disco, con su etiqueta roja en el centro, seguía girando. Tenía el ceño levemente fruncido, y sus labios habían empezado a esbozar un mohín. Sus ojos permanecían clavados en el disco cuando, de repente, la aguja se deslizó por la superficie de vinilo. La aguja, que hasta el momento se había estado moviendo gradualmente hacia el centro, había empezado a hacerlo de pronto hacia fuera. El cambio se había producido en un instante fugaz, sin siquiera un sonido chirriante ni una interrupción en el tempo. El compás ternario de tres por cuatro seguía sonando y la melodía constante inundaba sin interrupción la tienda.

—¿Lo ves? Lo sabía.

De pie ante el tocadiscos, la chica soltó el aire por la nariz con expresión triunfal y a continuación, cruzándose de brazos exageradamente, hizo un dramático gesto de asentimiento. Separó de nuevo los brazos y se peinó el cabello hacia atrás con la mano izquierda.

—Sabía que algo no iba bien. Lleva mucho tiempo importunándome.

El aroma a café impregnaba el ambiente y las ramas de cerezo en flor dispuestas en jarroncitos decoraban todos los rincones de la tienda. Había libros de todos los tamaños por dondequiera que se mirara: en las estanterías que flanqueaban las paredes, en las mesas más grandes y sobre el mostrador de la cocina. En esta misteriosa tienda llamada Sakura, los libros servían de puerta al otro mundo,

pero solo durante la estación de los cerezos en flor. La chica se volvió hacia la gata tricolor, la otra residente de la tienda.

—¿Has visto, Kobako? Este disco no para de saltar para volver de nuevo al solo de flauta, justo antes de que la pieza alcance su clímax, y por eso el *Bolero* nunca deja de sonar. Me parecía extraño.

La gata abrió un ojo y bostezó sonoramente. Kobako se sentó encima de una mesa y, como su nombre indicaba, adoptó la posición *kobako-zuwari,* la postura de la hogaza. Era como si la gata quisiera hacer realidad el dicho «el nombre representa la naturaleza de cada uno» sirviéndose de su propio cuerpo. Su *kobako-zuwari* era impecable, digna de ser exhibida al resto del mundo. De hecho, si existieran unas Olimpiadas gatunas, Kobako ganaría a buen seguro la medalla de oro en la categoría *kobako-zuwari.*

—Y, por cierto, no lo he olvidado. Tú fuiste la que rayó el disco. ¿Lo hiciste a propósito? ¿Es posible eso?

La chica había empezado a alterarse, pero la gata permanecía impasible. Quizá para fingir que no la estaba escuchando. A juzgar por cómo movía los bigotes, no estaba dormida del todo. La joven miró a la gata y se dijo: «A lo mejor sí que es capaz de hacer una cosa así. Al fin y al cabo, se trata de Kobako. Además, los milagros se producen más a menudo de lo que nos imaginamos, ¿no?».

Había momentos en los que la chica se sentaba y empezaba a preguntarse sobre el significado de todo y sobre el porqué de su existencia: la suya, la de la gata y también la de la tienda. Y decidía que la respuesta a esas preguntas carecía de importancia. Pensaba: «Lo importante es que estamos aquí esperando por si alguien en el mundo necesita nuestra tienda o necesita el poder de los milagros. De vez en cuando, abriremos nuestros libros favoritos y leeremos unas líneas en voz alta, tal y como hemos estado haciendo. Con eso será suficiente, ¿no es así?».

—¿Verdad, Kobako? Eso es lo que venimos haciendo como vendedoras ambulantes de milagros.

La chica se volvió hacia la gata a la espera de una respuesta. Esta abrió mínimamente los ojos y emitió un breve maullido, como queriendo decir: «¿Acaso necesitas preguntarlo?».

Al otro lado de la ventana, los colores del misterioso cerezo temblaban con suavidad a pesar de que ni siquiera soplaba una mínima brisa. Su movimiento era indescriptible, ni lento ni rápido, pero nunca se mantenía por completo inmóvil; era un destello que parecía no tener principio ni fin. Nadie sabría jamás si un determinado patrón se repetía alguna vez.

Observando el árbol por el rabillo del ojo, la chica se quedó pensativa. ¿Existe el tiempo en este lugar? ¿Acaso las cosas tienen aquí principio y fin? Este es un mundo que acepta la impermanencia dentro de la eternidad; un mundo confinado, pero a la vez ilimitado en su capacidad de conexión. La chica y la gata existían en un espacio de estas características, extraño e inconmensurable. Un mundo que, mientras se cumplieran las condiciones, era capaz de conectar con cualquier lugar y con cualquier momento en el tiempo.

Y la verdad es que no es necesario buscar mucho para encontrar un mundo así. Basta con observar el interior de un libro. Del mismo modo que surgió la tienda de la chica y la gata, cualquier cosa puede cobrar vida dentro de un libro. Cientos de páginas encuadernadas entre la portada y la contraportada, cada una de ellas repleta de filas y filas de esos símbolos impresos conocidos como letras. Con la ayuda de la imaginación humana, un libro da vida a cosas que nadie ha visto jamás: un príncipe procedente de un asteroide diminuto, un niño que nunca llegará a hacerse mayor, un lirio que tarda cien años en florecer.

Y eso no es todo. Con solo escribir la palabra «eterno» en un libro puedes evocar un lapso de tiempo infinito, mientras que la palabra «infinito» disuelve todos los límites. Las palabras poseen un poder inmenso. Un libro es una puerta a lo desconocido; acoge con cariño a quienes entran en él y los transporta a todo tipo de épocas y lugares.

Y ahora que estás a punto de acabar este libro, la chica del vestido tipo delantal granate y su compañera, la gata tricolor de pelo largo, deben estar ya en tu cabeza. E incluso mientras lees estas líneas es posible que estén hojeando las páginas de su libro favorito en esa tienda, esperando con ansia la llegada de la temporada de los cerezos en flor. Quizá estén rebosantes de ilusión a la espera de

que tú leas el mismo pasaje del mismo libro, exactamente en el mismo momento que ellas.

Así pues, la historia regresa allí donde empezó.

La tienda llamada Sakura está escondida en un lugar inconcebible. Delante de ella, un cerezo llorón lleno a rebosar de flores maravillosas ejerce su dominio sobre el tiempo y los milagros.

La puerta que da acceso a este mundo solo se abre durante la temporada de la floración de los cerezos, cuando sus flores alcanzan su máximo esplendor.

Nota de la traductora del japonés

La imaginación del lector es lo que da vida a un libro, quizá más incluso en el caso de una traducción. Si bien como traductora tengo la responsabilidad de garantizar que el lector nunca se sienta perdido, como si su avión se hubiera estrellado en medio del desierto, intento no dejar de ser consciente de la crucial diferencia que existe entre decirle a un lector que vea una boa constrictor digiriendo un elefante y guiarlo con delicadeza para que la vea por sí mismo. Aun así, aunque espero de todo corazón que la experiencia del lector haya sido completa sin necesidad de estas explicaciones, me gustaría profundizar en algunos matices que podrían enriquecer la comprensión del texto.

Muchos lectores sabrán que Japón es famoso por la *sakura,* la flor del cerezo. Japón es también la cuna de un idioma rico en homónimos (misma pronunciación y ortografía, pero diferente significado). Un idioma que, además, se escribe en tres tipos de caracteres distintos: *hiragana, katakana* y *kanji.* Desde una perspectiva fonética, la tienda, la madre de Kozue y la hija de Kozue comparten el mismo nombre: Sakura. La tienda, que recibe su nombre en honor a la madre de Kozue, está escrita en *kanji:* 咲良. El carácter 咲 significa «florecer», y 良 se asocia con «bondad». El nombre de la hija de Kozue está escrito en *hiragana:* さくら. Sakura, escrito en *kanji* y cuando significa «flor de cerezo» o «cerezo», sería normalmente 桜. Independientemente de cómo esté escrita, la palabra *sakura* siempre evoca la flor del cerezo. La chica podría considerar esto un pequeño milagro, pues no suele ser el caso para todas las palabras japonesas.

El apodo «Kobako» de la gata tricolor está escrito en *katakana:* コバコ. Su nombre real, Kōbako (香箱), proviene de su magistral ejecución de la postura de la hogaza, o *kōbako-zuwari* («sentado en forma de incensario»). La diferencia de sonido podría parecer

insignificante, y por lo que se refiere al nombre de un gato, supongo que lo es. Pero mientras escribo esto me está pareciendo oír a Kobako maullándome porque, bueno, no lo es. De hecho, la diferencia es lo bastante notoria como para que, sin una explicación previa, uno no pueda asociar nunca «Kobako» con el significado de *kōbako.*

Otro hecho que se debe destacar del idioma japonés es que no existe un equivalente al «hola» informal. El saludo varía según la situación. Si entras en la casa o la propiedad de alguien, dirías educadamente *ojamashimasu,* cuyo significado literal es «perdón por molestar» (capítulo cuatro). Cuando vuelves a casa dirías *tadaima,* y la persona que te recibe diría *okaerinasai* (capítulo tres).

El libro presenta diversas costumbres exclusivas de Japón, pero existe una tradición en particular de la que me gustaría hablar. Se trata de la conservación del cordón umbilical. En el primer capítulo, Mio descubre su cordón umbilical y el de su hermano en la caja de recuerdos de su madre. Japón posee una larga tradición de conservar una parte del cordón umbilical del bebé cuando nace. Se seca y se guarda en una cajita especial. No recuerdo el momento exacto en que tuve conocimiento de esta costumbre, pero sí recuerdo que mi madre me enseñó el mío. No existe una explicación definitiva de cuándo empezó esta tradición, pero sigue en boga hoy día.

En Japón, la primavera está profundamente vinculada a los nuevos comienzos. Marca el inicio del curso escolar y del año fiscal; es cuando los recién graduados entran en el mercado laboral y cuando las empresas anuncian traslados y ascensos. Naturalmente, la fugaz temporada de los cerezos en flor simboliza las transiciones de la vida o *shinseikatsu* (literalmente, «nueva vida»). Si bien a menudo se asocia con momentos agridulces de despedida, se suele celebrar como un momento alegre en el que la gente se reúne para celebrar pícnics y fiestas a la sombra de los cerezos en flor. No obstante, debemos recordar también aquel día de primavera de 2011 en el que un terremoto y un tsunami catastróficos golpearon la región de Tohoku, donde Kenji Miyazawa pasó la mayor parte de su vida.

Para quienes deseen explorar más allá de los límites de la imaginación, la traducción al inglés de la obra de Kenji Miyazawa es relativamente fácil de encontrar, aunque no está disponible en su totalidad y puede ser complicado conseguir una copia impresa de su colección de poesía *La primavera y el Asura*. Si el lector no sabe por dónde empezar, *El tren nocturno de la Vía Láctea,* Satori Ediciones, Gijón, 2012, ofrece una interesante introducción tanto a su vida como a su obra. Se han publicado asimismo varias ediciones de las obras de Natsume Sōseki, entre ellas *Diez noches de sueños,* Chidori Books, Valencia, 2014, *Kokoro,* Impedimenta, Madrid, 2014, y *Soy un gato,* Alianza Editorial, Madrid, 2023.

Me gustaría aprovechar la oportunidad para dar las gracias a todos los que han contribuido a la publicación de esta traducción, entre ellos a Charlotte Ledger y Kara Daniel de One More Chapter; Shiho Onodera y Risa Matsushita de HarperCollins Japan; Koji Chikatani de Trannet; a mis amigas Shiori y Kaori; a mi madre, mi padre, mi hermana, mi cuñado y mis dos sobrinas; a mi esposo, Moritaka, y, finalmente, a mis tres gatos, Soba, Mugi y Kin-chan, que, en muchos sentidos, son mi Kobako.

Preguntas para Club de lectura

1. Después de la muerte de su marido, la madre de Mio se apoyó mucho en ella. ¿Cómo interpretas la carga emocional que soportaba Mio y de qué modo moldeó su carácter?

2. El profundo amor que le inspiran a Shingo los trenes y las rutinas es una parte fundamental de su carácter, pero su historia se centra en su difunta esposa. ¿Hubo en la vida de Shingo un equilibrio entre las pasiones personales y la conexión emocional?

3. El olvido suele proporcionar consuelo, pero puede percibirse también como una pérdida. ¿Crees que una parte de Shingo encontró consuelo en su pérdida de memoria?

4. Shiho y Kaho se criaron en el mismo entorno, pero tienen personalidades muy distintas. ¿Cómo refleja su relación el debate actual entre naturaleza *versus* crianza?

5. Si tuvieras que encontrar un libro en la librería de los cerezos en flor que pudiera ayudarte a comprender o sanar algo de tu vida, ¿cuál sería?

6. En la novela, conocemos al autor ficticio de *La librería mágica de los cerezos en flor.* ¿Cómo afecta este giro hacia la metaficción tu percepción del relato y de los personajes de Sakura y Kobako?

7. Si fueras a visitar la mágica librería de los cerezos en flor, ¿hay algún recuerdo o escenario ficticio que te gustaría conocer? ¿Qué esperarías obtener de ese viaje?

8. Sakura, la misteriosa propietaria, y su gata tricolor, Kobako, actúan como guías emocionales. ¿Qué crees que simbolizan sus roles y cómo crees que influyen en el viaje de sus visitantes?

9. ¿Crees que los momentos de claridad y paz que se ofrecen a los visitantes de la librería de los cerezos en flor son temporales, o pueden conducir hacia un cambio duradero?

10. ¿Cuál es la historia que más te ha conmovido y por qué? ¿Qué revelan estos viajes acerca de afrontar el dolor o dejar atrás el pasado?